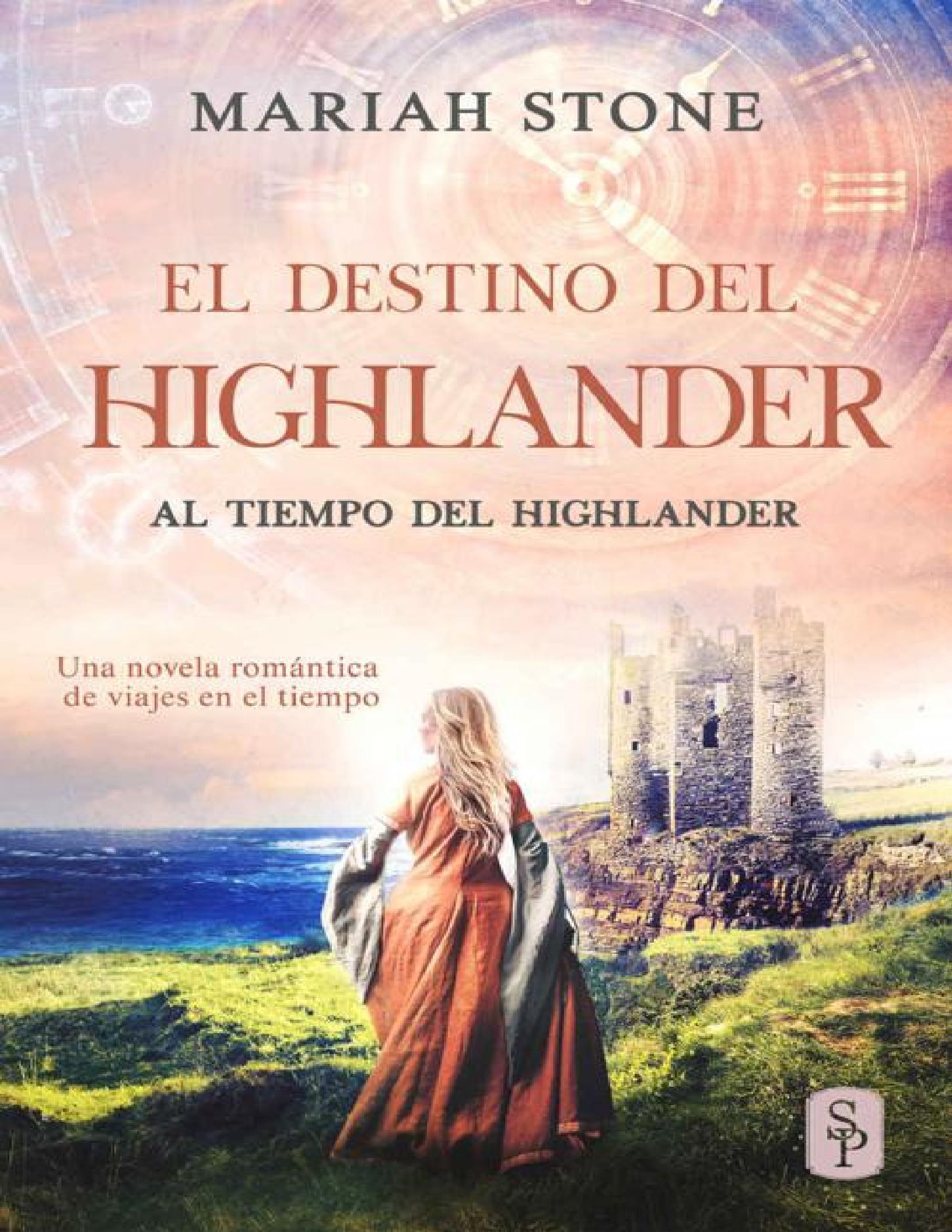




MARIAH STONE

EL DESTINO DEL
HIGHLANDER

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER

Una novela romántica
de viajes en el tiempo



EL DESTINO DEL HIGHLANDER
AL TIEMPO DEL HIGHLANDER
LIBRO X



MARIAH STONE

Traducción:
CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2023 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Highlander's Destiny* © 2022 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

[Estás invitado](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[Glosario de términos](#)

[Acerca del Autor](#)

ESTÁS INVITADO

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER

Sineag

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

[El amor del highlander](#)

[La navidad del highlander](#)

[El deseo del highlander](#)

[La promesa de la highlander](#)

[La novia del highlander](#)

[El protector de la highlander](#)

[El reclamo del highlander](#)

El destino del highlander

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

En Inglés

DUKES AND SECRETES (REGENCY ROMANCE)

[All Duke and Bothered](#)

[Her Rake Fiancé](#)

[Project Duke](#)

[Betting Against the Scoundrel](#)

CALLED BY A VIKING SERIES (TIME TRAVEL):

[Viking's Temptation \(prequel\)—grab for free!](#)

[Viking's Desire](#)

[Viking's Claim](#)

[Viking's Bride](#)

[Viking's Love](#)

[Viking's Captive](#)

FATED (URBAN FANTASY):

[Age of Wolves](#)

[Age of Ice](#)

[Age of Fire](#)

A CHRISTMAS REGENCY ROMANCE:

Her Christmas Prince

«Una persona es, entre todo lo demás, una cosa material, que se rompe fácilmente pero que no es fácil recomponer».

—Ian McEwan, *Expiación*

PRÓLOGO



CASTILLO DE BERWICK, territorio escocés ocupado por Inglaterra, noviembre de 1306

LAS PEORES HERIDAS JAMÁS SANARÍAN; NO DEJABAN CICATRICES FEAS EN EL CUERPO —DE ESAS también tenía muchas—, en cambio, desfiguraban el alma de un hombre.

El brasero proyectaba una luz anaranjada sobre las ásperas paredes de piedra de la celda de Colum MacDonald. Las sombras se ocultaban en los huecos que había entre las piedras como si fueran pequeños demonios. A su alrededor, no había más que eso.

Los mismos pequeños demonios residían en las heridas que llevaba en la piel. Eran los demonios con los que había vivido durante los últimos cinco meses, en la prisión de piedra de dos metros cuadrados que se encontraba en las entrañas del castillo de Berwick.

¿Por qué razón le había sanado la herida de lanza que le habían hecho en el hombro para terminar viviendo en esa cueva húmeda y putrefacta? La salida se encontraba en algún punto detrás de los barrotes de hierro, en algún punto detrás del brillo del brasero.

De pronto, se oyó el crujido de la cerradura de hierro de la puerta que conducía a las mazmorras, y Colum alzó la mirada desde el banco duro de madera. El hombro le dolía siempre que hacía algún movimiento. El sonido de unas pisadas aceleradas le confirmó que se aproximaba un centinela. La luz se intensificó a través de los barrotes y le hizo entrecerrar los ojos. Las siluetas de dos centinelas le quemaron la vista.

—Llévate las manos a la espalda —le ordenó uno con tono de aburrimiento—. Acércate a la puerta de espaldas.

Algo iba mal. Por lo general, le llevaban un trozo de pan y un poco de agua. El curandero había dejado de ir a verlo hacía seis semanas. La última vez que había tenido una visita había sido la del príncipe de Gales en persona, el futuro Eduardo II, el hijo del rey Eduardo I. El príncipe había intentado persuadirlo para que se uniera a los ingleses, pero sus intentos habían sido en vano. Hacía cinco meses, lo había tomado de rehén en la batalla de Methven, una batalla que había destrozado la esperanza de Roberto I de Escocia de convertirse en el rey de un reino independiente.

Por supuesto que Eduardo quería que se cambiara de bando. La información que le podía brindar el *highlander* no tenía precio. Varios clanes de las Tierras Bajas y de las Tierras Altas luchaban para los ingleses. Si Colum y, a lo mejor también todo el clan MacDonald, se cambiaba de lado, sin dudas ayudaría a los ingleses a encontrar a Roberto para matarlo.

También tomarían ventaja de la fuerza naval de los MacDonald. Inglaterra se encontraba debilitada en el mar, pero con el clan de su lado, podría volver a dominarlo.

Por eso Eduardo necesitaba a Colum.

—¿Qué sucede, muchachos? —les preguntó.

Las palabras se sintieron extrañas en su boca; tenía los músculos de la lengua y la mandíbula duros por la falta de uso. La única interacción que había tenido en el transcurso de las últimas semanas había sido con el carcelero, que le llevaba las raciones de comida y bebida diarias y se llevaba la bacinilla para vaciarla.

—Acércate a la puerta de espaldas y dame las manos —le repitió el centinela—. Vendrás con nosotros.

—¿A dónde? —le preguntó.

—A cenar con el príncipe —le respondió el otro. Era más alto y fornido. Colum los podía ver con más claridad ahora que los ojos se le habían ajustado a la luz. Eran centinelas nuevos que no había visto antes—. Un honor que no te mereces.

Cenar con el príncipe... La mera idea le llenó de bilis el estómago vacío y tuvo que reprimir las arcadas para no vomitar. El príncipe que había tomado un hacha y decapitado a los miembros de su clan y a sus hermanos de espada Rob, Ianatan y Frangan... sus amigos de toda la vida. Y que acto seguido, había ordenado que otro hombre ejecutara a seis *highlanders* y *lowlanders* más que Colum había conocido mientras servía en el ejército de Roberto. Nueve honorables guerreros y caballeros habían sido ejecutados sin juicio alguno y sin demanda de rescate previa, algo que iba en contra del código de caballería.

Colum soltó un bufido.

—No, gracias.

Ambos hombres se rieron e intercambiaron una mirada de entretenimiento.

—Es evidente que el salvaje necesita que alguien se lo explique —señaló el más bajo—. Permíteme planteártelo de otra manera. O vienes aquí con las manos tras la espalda o entramos y te sacamos a rastras con lo que te quede en ese cerebro revuelto.

Colum los fulminó con la mirada. No tenían ni idea de que no les temía ni a ellos ni a la posible buena golpiza. De hecho, la idea de terminar inconsciente y con los sesos desparramados por el suelo le resultaba atractiva.

Sus nueve amigos y hermanos de armas habían sido descuartizados, decapitados y habían terminado con las entrañas esparcidas por los campos y las aldeas, mientras que a él le habían permitido vivir. A pesar de lo mucho que había suplicado que se le pudriera la herida del hombro y acabara con su vida, la lesión se había empeñado en sanar.

Desde ese día, algo oscuro y mortal le había ido creciendo en lo más profundo de la psiquis. Algo enfadado y venenoso. Algo que aguardaba bajo una gran tapa de hierro fundido.

Ese ente hecho de sombras y recuerdos lo llevó a levantarse del banco y caminar hacia la puerta de espaldas a los centinelas y con las manos en la espalda.

—El salvaje tiembla de miedo, muchachos —les dijo—. Dense prisa. Vamos a cenar con el príncipe Eduardo.

Cuando le pusieron los grilletes y abrieron la puerta, Colum les echó un vistazo por encima del hombro. La posición del primer centinela era de lo más favorable. Llevaba armadura y una espada envainada que se encontraba muy lejos de su alcance. El segundo centinela se encontraba alerta y cubierto por la armadura de pies a cabeza.

La serpiente oscura y enfadada que residía en su interior iba a tener que aguardar un poco más. Si iba a cenar con el príncipe Eduardo, podría tener la oportunidad de atacar más tarde. Por todos sus amigos que habían sido víctimas de una muerte injusta. Por Escocia. Por su rey, que había sufrido una emboscada antes de poder recuperarse.

Recorrieron los oscuros pasillos iluminados por unas antorchas sujetas de las paredes, y las llamas saltaban con cada paso que daban. De uno de los pasillos de la prisión, provenían unos llantos de mujer que hicieron que se le retorciera las entrañas.

Giraron en una intersección, y las sombras que se proyectaban contra las paredes de piedra de la prisión hicieron que se le subiera la bilis a la garganta.

Los gritos provenían de una silueta que se encontraba debajo de un hombre grande con los hombros tan anchos como un tronco. Al lado de él, se encontraba el príncipe Eduardo.

Con la estructura ósea pronunciada de un ángel, el príncipe era atractivo, alto y musculoso. Tenía un rostro que constituía el ejemplo perfecto de belleza masculina: los ojos bien proporcionados, la nariz recta y la boca perfecta bajo la barba corta. El cabello rizado y rubio le caía sobre las orejas.

Eduardo observó a las figuras que se retorcían con evidente desdén y fascinación. A su lado, una niña de unos once años sollozaba y temblaba. Casi tenía la edad de la prima de Colum, Anna, la hija bastarda de Roberto 1 que llenaba de alegría el castillo de Dunyvaig. ¡Por Dios, cómo echaba de menos a su clan y su hogar!

Al principio, Colum no se dio cuenta de quiénes eran las siluetas sobre la mesa, pero la intuición de proteger a la mujer hizo que se le formara un nudo en el estómago. Siguiendo un acto reflejo, jaló de las manos para liberarse de los centinelas.

Los grilletes resonaron, y Eduardo alzó la mirada hacia él.

—Oh, aquí está el MacDonald que vivió.

—Basta —gritó la mujer bajo la sombra gigante—. ¡Por favor!

Sosteniéndola contra la mesa, el hombre alzó el brazo y le levantó la falda del vestido. Avergonzado, Colum vio un trasero redondeado y una pierna desnuda. Cuando el hombre se volvió a mirarlo, reconoció a *sir* Henry de Bohun, uno de los caballeros más destacados de Eduardo. El hombre era famoso por aplastar a cualquier oponente.

—¡Detente! —gritó Colum.

Se debatió contra los captores, pero lo sujetaron con mucha fuerza.

—¡Suéltala, bastardo! —exclamó.

Sin importar quién fuera la dama, no podía tolerar el abuso que estaba a punto de ocurrir delante de sus ojos.

El príncipe Eduardo lo miró fijo y le ofreció una sonrisa.

—Oh, no quieres que la violen, ¿eh?

Allí había algo extraño. A la muchacha al lado de Eduardo le temblaba la pequeña espalda mientras sollozaba contra las palmas de las manos. La mujer apretada contra la mesa y el hombre grande que se ceñía sobre ella... Colum sintió náuseas al ver que los pantalones del hombre caían y el trasero le quedaba al descubierto. Con una mano en el miembro, movió la pelvis mientras buscaba un punto entre las piernas de la mujer y le apoyaba el otro brazo sobre la espalda.

Cuando la mujer volvió la cabeza hacia él, se congeló horrorizado.

Tenía un rostro claro, con la frente baja y unas cejas delgadas. Llevaba el cabello rubio oscuro enmarañado. Colum había visto esa misma cabeza con una corona hacía tan solo nueve meses. Era la reina Isabel, la esposa de Roberto 1 de Escocia.

Sentimientos de pánico y humillación le oscurecían los ojos. Se apresuró a cerrarlos para no verlo. La pequeña muchacha al lado de Eduardo debía ser Marjorie, la hija del primer matrimonio de Roberto. Colum sabía que Christina, la hermana de Roberto, también había sido tomada de rehén. ¿Se encontraría en alguna parte de Berwick?

En ese momento, lo único que importaba era que su reina se encontraba allí y que el hombre que se ceñía sobre ella estaba a punto de violarla. Soltó un rugido y se retorció con toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo, pero los grilletes no cedieron.

El rostro de Eduardo se iluminó con una sonrisa de satisfacción.

—Oh, veo que entiendes la situación.

Colum inhaló el profundo olor a sudor y temor que pendía en el aire. En marzo de ese mismo año, les había jurado lealtad al rey y la reina de los escoceses. Pero incluso desde antes, desde el momento en que había nacido, le debía su lealtad a su clan.

—Jura lealtad a Inglaterra y nos detendremos —le dijo Eduardo—. La reina y Marjorie serán llevadas a un sitio seguro y vivirán en buenas condiciones como cualquier dama noble. Nos aseguraremos de que estén a salvo.

No. Debería decir que no. Debería proteger a su clan. Si le juraba lealtad a Inglaterra, algo se rompería en su interior. Pero ¿qué sería de su reina? ¿Y de Marjorie, que apenas era una niña?

Los reyes de Escocia solo llevaban unos ocho meses en el trono. ¿Qué ocurriría con el espíritu del país si el enemigo violaba y deshonoraba a su reina?

Al sentir que el alma se le desgarraba en dos, se estremeció. Había dedicado su vida al honor. A la lealtad. A su clan. A su país. ¿Qué era más importante? ¿Acaso tenía elección alguna en esa situación? Las dos partes de su alma se debatieron en una batalla. Debía escoger entre la promesa a su clan, a su familia... Y el honor de la reina. Y de su país entero.

La bilis se le removió en el estómago. Comenzó a temblar tanto, que los grilletes emitieron ruidos metálicos.

Nunca antes deseó que lo hubieran matado como en ese momento.

—Deténganse —gruñó.

Sonaba agresivo. Puro enfado, pura furia.

—Ay, no seas así —ronroneó Eduardo—. No te queremos roto. No hay nada de malo en jurarle lealtad a Inglaterra. Los MacDougall lo han hecho. Los Cadwell también. Al igual que los Comyn y casi todos los clanes de las Tierras Bajas...

—Que se pudran en el infierno entonces —rugió.

A esa altura, le quedaba muy poca humanidad contra el ente oscuro y venenoso que había empezado a crecer en su interior desde que lo cautivaron. El salvajismo se había ido colando por entre los huecos de su autocontrol como el agua que traspasaba un tamiz. Lo único bueno de esa furia enloquecedora era que el hombre que estaba a punto de violar a Isabel se había dejado de mover y lo miraba fijo. Isabel dejó de sollozar. Y la princesa Marjorie lo observaba con una mezcla de sorpresa y temor, como si fuera un gato salvaje.

La expresión de engreimiento se desvaneció del rostro de Eduardo.

—Bueno. —El príncipe dio un paso hacia atrás—. Necesitamos que tomes una decisión. De lo contrario, tendremos que continuar.

Sir Henry lo miró.

—¿Y bien? —le preguntó Eduardo—. ¿Qué escoges, MacDonald? ¿Quieres que él viole a tu reina o prefieres jurarme lealtad?

Colum se estremeció. Se le hundieron los hombros. Sintió como si una ráfaga de viento le hubiera apagado la luz en gran parte del alma.

—De acuerdo —respondió.

La voz no le pertenecía a él. El cuerpo que acababa de aceptar jurarle lealtad al enemigo no le pertenecía a él.

—No... —exclamó la reina—. ¡No!

Eduardo le alzó la mandíbula y lo miró con desprecio.

—Arrodíllate, besa el anillo del rey y júrame lealtad.

Como si eso ya no fuera humillante... El príncipe lo quería empujar al límite.

Se quedó de pie y se limitó a mirar al príncipe.

—Ya he accedido a... —gruñó.

—Pero eso no me basta. De rodillas. —Estiró la mano, y el anillo de rubí destelló bajo la luz de las antorchas como una gota de sangre—. Besa el anillo del rey y jura que le servirás a Inglaterra.

Como para hacer hincapié en las palabras del príncipe, *sir* Henry sacudió a la reina y luego cogió un trozo de tela de la espalda del vestido y lo cortó con una daga. El sonido de la tela al desgarrarse bramó como un trueno. La reina Isabel volvió a sollozar, y Marjorie rompió a llorar.

—Bastardo —gruñó Colum—. Hijo de perra...

Eduardo dio tres zancadas y le golpeó la cara con el anillo. El puñetazo le hizo volver el rostro a un costado, le produjo un corte profundo en la mejilla y una explosión de dolor en la cabeza.

—Eso es por insultar a mi madre, la reina Leonor de Castilla, maldita lacra escocesa.

Colum se volvió hacia él con detenimiento. El odio le hervía en las entrañas. La sangre caliente le recorría la mejilla.

—Me puedes golpear todo lo que quieras. Me puedes desfigurar y me puedes matar, pero nada de eso me hará traicionar mi honor.

—Pero sé qué lo hará... —le dijo Eduardo—. Ya has aceptado. Lo único que debes hacer es arrodillarte, besar mi anillo y jurarle lealtad a Inglaterra.

—Por favor, *sir* —susurró Marjorie con los ojos abiertos de par en par y llenos de lágrimas. El corazón se le rompió.

Le recordaba a Anna. Como eran media hermanas, había una similitud en sus rasgos. Si Anna se hubiera encontrado delante de él en esa posición, rota, aterrada y traumatizada, no lo hubiera dudado. Tampoco debería dudar por esa muchacha. Ni por la mujer a la que estaban humillando y tratando como un trozo de carne mientras le quitaban la humanidad.

Debería haber muerto al lado de sus hermanos de armas. Ese destino era peor que la muerte. Al mismo tiempo estaba traicionando su esencia y le estaba dando poder a Eduardo sobre él. Porque una vez que le jurara lealtad a Inglaterra, no rompería su promesa. No podría hacerlo.

Se obligó a mover las piernas y se arrodilló delante de Eduardo. El silencio reinó en la habitación, excepto por el sonido de la madera que crujía apenas audible en los braseros. Eduardo acercó la mano al rostro de Colum, que clavó la mirada en el condenado rubí. Pudo ver su propia sangre manchando el borde de oro.

Ignorando la humillación y la repulsión, se inclinó y besó el anillo.

—Júralo —le ordenó Eduardo.

El triunfo frío en la voz le hizo hervir la sangre.

Sin embargo, enderezó los hombros. Nunca volvería a ser el mismo. El viejo Colum, el muchacho de oro del clan, el muchacho al que todos amaban y respetaban, moriría.

—Juro servirle a Inglaterra —dijo.

Las palabras se sintieron como una soga alrededor del cuello. Dejó caer la cabeza. Al oír los pasos que se movían anunciando que Eduardo se había marchado, se quedó arrodillado sintiéndose vacío y hueco.

¿Quién era ahora que había traicionado a su clan, que era lo más sagrado que tenía? ¿Cómo podría vivir consigo mismo ahora que era un traidor?

CAPÍTULO 1



EN LAS CERCANÍAS del castillo de Stirling, junio de 2022

LAS VASTAS TIERRAS DE BANNOCKBURN SE EXPANDÍAN MÁS ALLÁ DE LA CIMA DE LA COLINA sobre la que se encontraba Danielle Field. Era agradable respirar el aire fresco que olía a árboles, césped y flores. Reconoció los brezos, las campanillas escocesas y las florcitas blancas de los perifollos verdes que cubrían la colina verde.

El pueblo de Bannockburn, con sus tejados grises y anaranjados, se extendía sobre una amplia zona. En la actualidad, era parte de la ciudad de Stirling, aunque en la Edad Media, había sido el sitio en el que se luchó la famosa batalla de Bannockburn. La recreación de la batalla tendría lugar en un campo cubierto de césped sobre en el que se habían erguido tiendas de campaña triangulares y redondeadas, así como también algunos pabellones. En el lugar, se veían decenas de personas en prendas medievales que entrenaban con espadas, disparaban flechas y formaban filas bajo las órdenes de algunos jinetes. Alrededor del perímetro, había muchas personas observando los ensayos de la recreación, que ocurriría el veintitrés de junio.

A Jamie le encantaba la historia tanto como a Danielle le encantaban las plantas.

—¿Ves la estatua de Roberto 1? —le preguntó Jamie al tiempo que se inclinaba sobre Danielle y señalaba la estatua que se encontraba cerca del centro de información turística de Bannockburn. Jamie trabajaba en el museo del castillo de Stirling y estaba entusiasmada con ser una de las coordinadoras de la recreación de la batalla por primera vez.

A su lado, se hallaba un guerrero medieval. Llevaba puesta una cota y una cofia de malla y observaba el entrenamiento con una expresión de ensueño. Liam era un actor local y, sin dudas, era perfecto para el papel con el cabello pelirrojo que le caía hasta las orejas y la barba corta.

Cuando Danielle llegó a la oficina de información turística para visitar a su hermana, Liam se había ofrecido a acompañarlas en el paseo. A juzgar por las miradas que intercambiaban Liam y Jamie, llegó a la conclusión de que estaba pasando algo entre él y su hermana menor. De inmediato, se le dispararon las alarmas en la mente. ¿Podía confiar en que ese sujeto tratara bien a su hermana menor? Lo estudió buscando cualquier indicio de algo malo. Pero parecía un sujeto normal al que le interesaba mucho la historia.

—Sí, la veo —respondió Danielle. Era una estatua de bronce grande que mostraba a Roberto 1 montado sobre un caballo en la cima de un pedestal.

—Bueno, un hecho curioso —comenzó Jamie con los ojos celestes cristalinos destellando— es que la construyó Pilkington Jackson para el conde de Elgin en 1964.

Liam asintió con la cabeza con seriedad. Danielle se rio y abrazó a su hermana por los

hombros. Era tan alta como ella, y las dos tenían una textura similar: caderas angostas, una cintura apenas visible y el pecho plano. Las chicas malas de la secundaria solían decir que Danielle era un palo.

—Solo a ti te parece curioso —señaló Danielle.

Liam la miró anonadado. Era evidente que a él también le parecía curioso.

Danielle sonrió.

—Te eché mucho de menos. Es bueno tomarse un respiro del trabajo.

Jamie la miró.

—Sí, hablando del trabajo... Has venido de visita de forma muy repentina. ¿No tienes alguna misión importante o algo por el estilo?

Danielle se cruzó de brazos y cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra. La mejor manera de arruinar el ánimo era hablando de trabajo.

—Sí, bueno, eso se acabó.

—¿Dónde trabajas? —le preguntó Liam.

—En el Servicio de Seguridad, el MI5 —le contó Jamie con complicidad.

Liam parpadeó y la estudió durante unos largos instantes.

—¿Tú? ¿Eres una espía?

Danielle se obligó a sonreírle. Ese era el motivo exacto por el que se alegraba de no conocer a mucha gente fuera del trabajo, sino tendría que mentir acerca de lo que hacía o tendría que lidiar con ese tipo de reacción. Le había pedido a Jamie y a sus padres que no le dijeran nada a nadie, pero por supuesto que no le hacían caso.

—No soy espía. Soy investigadora.

Liam soltó un silbido.

—Una James Bond femenina en carne y hueso.

—¡Sí! —exclamó Jamie.

«No, Jamie». A su hermana debía gustarle mucho Liam, ya que no dejaba de asegurarse de que estuviera impresionado.

—No soy como James Bond, Liam —señaló Danielle—. Ayudo a prevenir ataques cibernéticos y me paso el día sentada frente a una computadora. En realidad, es bastante aburrido.

Por lo general, eso solía apagar la curiosidad en las personas que hacían demasiadas preguntas, como Liam.

—Pero ¿no tenías una operación especial en Venezuela... o Colombia? —insistió Jamie.

Danielle se puso tensa. Jamie no debía saber tanto. Estaba bajo investigación en el trabajo y bien podrían despedirla en menos de una semana. Sí, había tenido una operación en Venezuela. Su informante, Juan, había estado desaparecido. Por fortuna, lo habían encontrado y ya estaba en el Reino Unido, donde le estaban brindando ayuda psicológica. Danielle estaba suspendida mientras sus jefes llevaban a cabo una investigación. En cinco días, tenía una audiencia, y por la mañana tenía que ir a Londres para acudir a la primera entrevista. A decir verdad, había cometido un error de juicio.

El objetivo de la misión había sido prevenir un ataque cibernético a gran escala por parte de unos piratas informáticos que querían irrumpir en los sistemas de seguridad de los bancos del Reino Unido para robar información privada y dinero. Juan había ido a encontrarse con un famoso pirata informático al que las autoridades estaban buscando. Y jamás había regresado.

A pesar de que el ataque cibernético había ocurrido, se las habían ingeniado para evitar que se transfiriera dinero. Pero el criminal seguía suelto. Al cabo de un mes de la desaparición,

habían encontrado a Juan, que sufría trastorno de estrés postraumático. ¿Y quién sabía qué les había dicho a los criminales? Al fin y al cabo, trabajaban con una pandilla local que se encargaba de aleccionar a cualquiera que los traicionara.

—Tesoro —le dijo Danielle—, ya sabes que no puedo discutir los detalles de las misiones con nadie.

Liam se apoyó las manos en la cadera.

—Jamie Field, ¿qué otros secretos escondes? —Tras decir eso, negó con la cabeza al tiempo que una sonrisa de admiración le asomaba al rostro.

Sin dudas, al sujeto le gustaba Jamie. Los instintos de protección le hicieron cerrar los puños a Danielle.

Sin embargo, la expresión de Liam se tornó confusa cuando la miró.

—Aguarda... Field... —Frunció el ceño, y a Danielle se le hizo un nudo en el estómago—. Danielle Field, ¿no?

Danielle tragó con dificultad. Había conectado todo demasiado rápido.

—Eres esa chica, ¿no? —Dudó—. ¿Eres la chica que ese psicópata secuestró y retuvo en un sótano?

El rostro de Jamie adquirió una expresión preocupada.

—Eh... —dijo.

Danielle abrió las manos.

—Sí, Liam, soy esa chica.

—Oh, diablos. —La miró con otros ojos ahora. Reflejaban sorpresa, pena y la sospecha de que algo podría estar muy mal en ella. Eran las típicas emociones que reflejaban los rostros de las personas cuando descubrían quién era—. ¿Cómo estás?

Le ofreció una sonrisa falsa.

—Como puedes ver, estoy bien. Estoy viva.

Bueno, eso se podía debatir. Estaba viva, pero no tenía vida. Ni amigos, ni relaciones, ni novios. Pero así estaba mejor. Al fin y al cabo, la confianza era lo que la había llevado al sótano de ese bastardo. Hacía dieciséis años, le habían enseñado una lección muy preciada: jamás debía confiar en nadie.

Por eso, su trabajo era perfecto. Se trataba de mantener la distancia y de observar y estudiar patrones. Y como de cualquier manera no quería ninguna relación, le venía bien.

—Está bien —le respondió Jamie con una sonrisa nerviosa.

—Cielos, me acuerdo de esa historia —añadió Liam—. Estaba en todos los canales de noticias. Todo el pueblo te estaba buscando, ¿no? No solo la policía. Y todo el tiempo habías estado en la puerta de al lado, en la casa del vecino. Recuerdo que le dije a mi madre que quería ir a ayudar en la búsqueda. Pero por supuesto que no me dejó. Tú estabas en Londres, y yo en Stirling. Pero cuando te encontraron, todos los periódicos escribieron artículos sobre ti.

Danielle asintió con la cabeza y apretó los labios. No todas las personas del Reino Unido recordaban esa historia, pero al parecer Liam sí.

—Sí —respondió intentando concentrarse en los grupos de personas que marchaban en formaciones a través del campo—. Así es. Oye, Liam...

Estaba a punto de decirle que no quería hablar más del tema, pero el móvil de Jamie sonó fuerte.

—¿Hola? —respondió aliviada de no tener que seguir hablando del secuestro de Danielle—. Oh, sí, iremos de inmediato.

Colgó y miró a Liam.

—Debemos regresar. —Le apretó la mano a su hermana—. Disculpa, tesoro. Tienes la llave de mi apartamento, te veré allí después del trabajo. Iremos al *pub* a cenar.

Liam se veía avergonzado.

—Me gustaría ir con ustedes si les parece bien.

A Danielle no le parecía nada bien. Su hermana era su mejor amiga, y anhelaba pasar tiempo con ella.

—Genial —respondió.

Jamie sonrió encantada. Danielle sabía que Liam era importante para su hermana. En ese caso, eso le daría una oportunidad de conocer mejor a ese sujeto.

—Hasta luego —le dijo Jamie y la besó antes de emprender el camino de regreso por la pendiente. Danielle los observó mientras iban desapareciendo en la distancia y luego se dio vuelta. Mientras habían estado hablando, el cielo se había oscurecido mucho. De pronto, se levantó viento, y unas gotas de lluvia le cayeron en el rostro.

A unos ciento cincuenta metros de donde estaba había una arboleda. Recogió la bolsa y se apresuró a protegerse del temporal. Mientras corría, la lluvia comenzó a caer a baldazos, y al llegar a la protección de los árboles, inhaló el aroma a lluvia. Las gotas caían contra las hojas por encima de su cabeza. A pesar de que no tenía paraguas, ese claro bajo las espesas ramas de los árboles no estaba nada mal.

Caminó hasta una roca y se sentó. Al mirar alrededor, vio que había varias piedras grandes allí y unos restos apenas distinguibles de argamasa antigua entre ellas. ¿Por qué Jamie no le habría mencionado nada de ese lugar? Por lo general, le hubiera hecho un monólogo acerca de ese sitio del siglo IX... o de cuando fuera.

Danielle miró la cortina grisácea más allá de la línea que formaban las copas de los árboles. Decidió aguardar allí a que pasara la lluvia e ir al apartamento de Jamie. Intentaría ser más comprensiva y confiada cuando se tratara de Liam.

Paseando la mirada alrededor, notó una especie de tallado sobre una de las piedras. Con curiosidad, se acercó. La piedra era muy antigua y se estaba desmoronando, pero distinguió el tallado de una mano. Los otros tallados parecían arrugas en la superficie.

Colocó la mano sobre la piedra y la sintió fría y suave. Una vibración la atravesó como un pequeño terremoto, y los tallados comenzaron a brillar. Apartó la mano y se puso de pie. ¿La piedra estaba brillando?

De pronto, percibió el aroma profundo a césped y lavanda y, de la nada, apareció una mujer al lado de la piedra. Danielle la miró fijo buscando con detenimiento cualquier indicio de peligro.

La mujer le sonrió alegre. Tenía el aspecto simpático de la típica vecina de al lado, con un rostro redondeado y en forma de fresa, una nariz puntiaguda y unos grandes ojos verdes. El cabello de color caoba le caía bajo la capucha, y llevaba puesto un vestido medieval que se entreveía bajo la capa verde.

—¿Has venido de la práctica de la recreación de la batalla? —le preguntó Danielle.

La mujer se rio.

—Se podría decir. —Tenía un marcado acento escocés y una voz melódica.

¿Eso era un sí o un no? Quizás era una amiga de Liam o conocía a Jamie.

—Ya veo —repuso—. Bueno, al parecer estaremos varadas aquí por un rato.

—No necesariamente. Me llamo Sineag, y acabo de abrir el túnel del tiempo para ti. Deberías cruzarlo.

Danielle se rio.

—¿Qué has dicho?

—¿Has visto la piedra brillar?

—Sí.

—Eso quiere decir que el túnel está abierto para ti. Si colocas la mano contra la piedra, cruzarás el río del tiempo. Y al otro lado hay una persona destinada para ti.

Danielle no podía creer lo que oía. A lo largo de su vida, había oído muchas historias y explicaciones descabelladas, pero nada tan absurdo como los viajes en el tiempo, los túneles que cruzaban un río del tiempo y las parejas destinadas.

Se cruzó de brazos.

—De acuerdo. Y, dime, ¿quién es esa persona?

—Colum MacDonal. Un guerrero de las Tierras Altas. Un hombre de honor. Un hombre en el que puedes confiar.

Danielle arqueó una ceja.

—Tú no confías en nadie, ¿no? —le preguntó Sìneag mirándola con los ojos entrecerrados—. Ni siquiera en ti misma. Por eso has permitido que ese hombre te llevara y te retuviera prisionera.

El rostro de Danielle perdió cualquier expresión.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso te lo contó Liam? Jamie jamás me hubiera hecho algo como esto...

Sìneag le sonrió.

—Lo veo en tu corazón, cariño. Estás sola. Colum también está solo. Juntos, son dos partes de un todo. Se pueden ayudar a sanar.

Danielle negó con la cabeza y soltó un bufido.

—Mira... es una historia de lo más interesante, pero vamos. Las dos somos adultas.

—¿No me crees? —Los ojos de Sìneag destellaron reflejando travesura—. No confías en mí.

—No, por supuesto que no.

—En ese caso, ¿cuál es problema con intentarlo? Demuestra que me equivoco. Demuestra que son cuentos de niños. Toca la piedra.

Danielle se quedó congelada. Los instintos le decían que no lo hiciera. De hecho, se le formó un nudo en el estómago. Como cuando tenía dieciséis años y Sebastián, el vecino joven que se acababa de mudar y del que creía que estaba enamorada, la había invitado a jugar al ajedrez con él para demostrarle que podía derrotarlo. Al cabo de un mes, la rescataron de la casa en una camilla bajo la protección de la policía y la llevaron hacia una ambulancia.

Sin embargo, la parte lógica de la mente le dijo que todo eso era imposible. ¿Una mujer a la que jamás había visto se le aparecía para decirle que su alma gemela se encontraba en el pasado?

—Qué tontería —le dijo—. De acuerdo, pero luego de que toque la piedra, ¿dejarás de hablar de almas gemelas, viajes en el tiempo y todo eso?

Sìneag le sonrió, y no le gustó ni un ápice el destello que le vio en los ojos.

—Sí, muchacha.

Danielle se arrodilló al lado de la piedra y volvió a sentir el extraño jaleo de antes. «¡No lo hagas!», le gritaban sus instintos. Pero ¿qué sabían sus instintos si no había señal alguna de peligro? No confiaba en sí misma. Al menos en eso, la desconocida tenía razón.

Colocó la mano contra la huella. Pero no tocó la piedra bajo la palma, sino que sintió el aire frío y algo que la succionaba. Luego se cayó y se sumergió de cabeza en la oscuridad. El pánico le ciñó el estómago, y la conmoción la azotó como una ola gélida. Sus instintos estaban en lo cierto. Sin importar lo que estaba ocurriendo, jamás debería haber tocado la piedra.

Pero antes de que pudiera pensar en más nada, se perdió en la oscuridad.

CAPÍTULO 2



EN LAS CERCANÍAS DE STIRLING, junio de 1314

CUANDO DANIELLE ABRIÓ LOS OJOS, YA HABÍA DEJADO DE LLOVER. SE INCORPORÓ Y SINTIÓ QUE la cabeza le pesaba, le daba vueltas y le dolía.

Se encontraba cerca de las ruinas. Bajo los árboles reinaba la paz; las hojas se mecían con el viento y las aves cantaban. Unas ovejas pastaban en la distancia, y pudo oler el estiércol. Se estremeció y sacudió la cabeza.

¿Qué diablos había pasado? Recordaba haber hablado con Jamie y Liam y que luego se largó a llover y... Oh, cierto. Esa mujer, Sìneag, le había dicho que había abierto un túnel que cruzaba el río del tiempo. Y que, si lo atravesaba, viajaría en el tiempo y conocería al amor de su vida... ¿Cómo dijo que se llamaba? Colum MacDonald.

Su maldito cerebro nunca se olvidaba de nada.

Danielle soltó un suspiro y se puso de pie. ¿Por qué había tenido la necesidad de demostrar un punto tocando una piedra? Era evidente que no había viajado en el tiempo, a pesar de que había ocurrido algo extraño cuando terminó palpando aire en lugar de una piedra. Había experimentado la sensación de que se caía... Y al final se desmayó.

Todo era de lo más extraño, pero podría haber sido una ilusión u otra cosa...

Miró alrededor en busca de su bolsa, pero no la encontró. Debería regresar al apartamento de Jamie. Quizás podría comprar algunas provisiones en el camino y algo para comer en el tren a Edimburgo al día siguiente. Luego tendría que tomar el tren a Londres.

Regresó andando por la colina verde en la que había hablado con Jamie y Liam hacía una media hora probablemente.

El sonido de los balidos era más intenso ahora, y vio la primera oveja más allá de la curva de la pendiente que bajaba. Ciertamente, se había parado allí a observar los preparativos de la recreación de la batalla de Bannockburn. Tanto Stirling como el pueblo de Bannockburn se veían a lo lejos, así como también las casas pequeñas y los caminos que apenas se distinguían.

Excepto que no vio ninguna casa pequeña. Ni ningún camino. Tampoco había ningún cuadrado o rectángulo de granja que rodeara a Stirling. Lo único que se veía era el bosque y los campos de césped. El castillo de Stirling se alzaba en la distancia sobre una colina de piedra, pero no había ninguna ciudad que lo rodeara. Tan solo una pequeña aldea.

La única señal de vida que había era el sitio de la recreación. Sin embargo, no era en un campo abierto, sino que parecía estar oculto entre los árboles. El bosque New Park, como recordaba que Jamie lo había llamado, se veía mucho más grande que cuando se detuvo sobre la

cima de la colina a observarlo con su hermana y Liam. Las tiendas de campaña parecían parches blancos en los claros. Había muchísimas. Y muchos más hombres... En un gran claro, hacían formaciones y se reunían en círculos o cuadrados tensos alzando las picas en el aire como si fueran un puercoespín gigantesco.

Recordó también que Jamie le había contado que esas formaciones se llamaban *schiltrons*. Roberto I de Escocia había pasado muchos meses entrenando a sus hombres para que crearan esas formaciones de anticaballería y se movieran con la velocidad que necesitaban porque sabía que Eduardo contaría con una fuerza de caballería inmensurable.

—Pero ¿qué diablos sucede? —masculló.

El pánico le produjo un nudo en el estómago. ¿Se encontraría en el lugar adecuado? ¿Qué le había hecho esa piedra? ¿La habrían drogado?

Debía averiguarlo. Con las piernas temblorosas, corrió por la colina y esquivó a las ovejas que pastaban y, al asustarse, salían corriendo. Una de ellas echó a correr entre sus piernas, y la hizo tambalearse y bajar rodando la colina hasta que se golpeó los hombros y la espalda contra el suelo duro. Rodó sobre algo blando e intentó detenerse, pero no lo logró.

Cuando el césped y el cielo por fin dejaron de rodar y yació sobre el suelo, el dolor le invadió todo el cuerpo. Y se dio cuenta de que olía horrible.

Oh, no, por favor, por favor, que eso blando no se tratara de estiércol de oveja. Se sentó y... por supuesto. Tenía la chaqueta de denim cubierta de mierda. Hasta tenía un poco en la cola de caballo rubia.

—¡Pero, qué asco! —Se retorció para quitarse la chaqueta intentando no tocarla y la arrojó al suelo antes de ponerse de pie. Con la camiseta musculosa negra, sintió un poco de frío. Por suerte, no se había manchado ni los vaqueros ni las zapatillas.

Clavó la mirada en la chaqueta y no se convenció de llevarla. Extrajo una servilleta de papel del bolsillo del vaquero y se limpió el cabello lo mejor que pudo.

—Se pueden quedar con la chaqueta, amigas —les dijo a las ovejas que la observaban con detenimiento desde la colina—. Debo averiguar qué está pasando. Y dónde diablos estoy.

Avanzó por el bosque hacia el campamento. Debieron de transcurrir diez minutos hasta que comenzó a oír los gruñidos de varios hombres y unos sonidos metálicos. Oyó hombres que hablaban, mientras que otros soltaban gritos de guerra. Varios caballos relincharon.

Eso debía de ser parte de la recreación. Quizás se había desmayado más tiempo del que había creído. Quizás alguien la había golpeado para hacerle perder la consciencia o la había drogado y, de alguna forma, la había terminado arrastrando hacia otro sitio, aunque ese se le pareciera bastante. De solo pensar que alguien hubiera hecho eso en contra de su voluntad, como lo había hecho Sebastian, se estremeció.

Sin embargo, se deshizo del sentimiento. Necesitaba pensar con lógica y no ceder ante los miedos. Además de las ruinas, la colina sobre la que se había parado y el castillo de Stirling, no había ningún indicio de que se encontrara en el mismo lugar. A lo mejor, ni siquiera estaba en Stirling. Podía tratarse de otro castillo.

Salió del bosque y se adentró en el campamento pasando por delante de algunos hombres que entrenaban con espadas, picas y hachas. Algunos se detuvieron a verla con miradas extrañas. Iban vestidos como Liam, con túnicas y unos abrigos largos y acolchados. Observó que solo algunos llevaban puesta una cota de malla. Todos se veían más desalineados que Liam, con barbas largas y el cabello enmarañado.

Sintió que el estómago se le retorció como si se encontrara en peligro.

—¿Has perdido la ropa, muchacho? —le preguntó un hombre con el cabello largo y rubio y

una contextura musculosa como la de un toro.

Muchacho... ¿Acaso creía que era un hombre? ¡Qué osadía! No tenía grandes senos ni las curvas más pronunciadas del mundo. Y tenía músculos bien definidos porque entrenaba mucho. Pero ¿asumir que era obvio que era un hombre?

¿A quién le importaba? Tenía frío, y la chaqueta había caído trágicamente en la batalla contra el estiércol. De modo que se limitó a asentir con la cabeza. El hombre revolvió un cofre que había al lado de una tienda de campaña y le dio una túnica.

Mientras se la ponía, le preguntó:

—¿Has venido a unirme al ejército de Roberto? Acepta a cualquiera: muchachos de granjas, pastores y carniceros. Claro que deberías entrenar, no es demasiado tarde.

La túnica se le deslizó por la cabeza y le cayó hasta las rodillas.

—¿También has perdido la cofia? Y veo que tampoco tienes cinturón. —Le entregó las prendas.

No estaba segura de querer ponerse nada más que no le perteneciera, pero sin lugar a dudas, sería mejor camuflarse teniendo en cuenta que allí pasaba algo extraño. Asintió con la cabeza y aceptó las prendas.

Se sujetó el cinturón alrededor de la cadera y se colocó la simple cofia de lino. Nada de lo que llevaba era nuevo, pero al menos estaba limpio.

—¿Sabes a dónde ir para encontrar a los comandantes? ¿A *sir* Keith, James *el Negro* Douglas, Aulay MacDonald y el resto?

En respuesta, negó con la cabeza.

El hombre señaló la tienda de campaña más cercana al centro del campo.

—Esa es la tienda de Roberto. Alguien te dará una espada y un escudo allí.

En agradecimiento, asintió y se puso en marcha. Algo iba muy mal. Todo era de lo más sospechoso. El hombre se estaba tomando demasiado en serio eso de la recreación... ¿Qué había dicho? «Roberto acepta a cualquiera...». Y encima le había dado prendas a una completa desconocida. Sin dudas, tenía que ser uno de los actores de la recreación y quería asegurarse de que tuviera el vestuario adecuado.

Mientras avanzaba entre las tiendas de campaña y las formaciones de hombres que entrenaban, se dio cuenta de que todo era muy primitivo. Muchas de las tiendas eran refugios hechos con ramas de pinos y palos de madera simples. Algunas estaban hechas con lona. La gente cocinaba en los calderos que habían apoyado sobre las fogatas. No había ni una sola cosa que se pudiera ver en un campamento moderno: ni estufas, ni frijoles enlatados, ni ningún otro indicio de la vida moderna. La única explicación razonable era que la gente era muy detallista.

El gran pabellón era muy parecido al que había visto organizar a Jamie en el sitio de la recreación. Y se encontraba a unos diez metros de distancia, pero divisó a un grupo de ocho hombres que se dirigían al mismo sitio. Iban vestidos como el resto de los hombres que había visto. Quizás, la única diferencia era que tenían mejores espadas, basándose en el estado de las fundas y las empuñaduras. Los abrigos acolchados también estaban en mejor estado que la mayoría que había visto. Los hombres andaban con un aire de liderazgo y poder. Pero todos tenían barba y el cabello largo hasta las orejas o el omóplato, al igual que ella.

—Su Alteza —dijo uno—. Somos seis mil hombres ahora, pero necesitamos más hombres y mujeres para cazar, recolectar e intercambiar productos con los locales para alimentar al ejército.

—Roberto, tiene razón —acordó un hombre gigante de unos cincuenta años. Era muy atractivo y tenía unos hombros que parecían peñascos—. Déjame ir a las aldeas y pedirle a la gente que contribuyan para que los liberemos de los ingleses en dos semanas.

Roberto... Su Alteza... ¿Acaso el hombre al que le hablaban actuaba de Roberto I de Escocia? Danielle entrecerró los ojos y estudió al hombre. Iba vestido como el resto, sin corona, ni joyas, ni ningún otro indicio de que pudiera pertenecer a la realeza. Era alto, musculoso y claramente orgulloso y tenía un aire de autoridad. El cabello oscuro le caía hasta los hombros y tenía unos mechones grises; no llevaba la barba acicalada. Tenía un rostro agradable con pómulos altos.

—Sí, Aulay, de acuerdo —repuso el hombre al que llamaban Roberto—. Hazlo, no podemos permitir que nuestros hombres pasen hambre.

Luego desaparecieron dentro del pabellón. Todos sus instintos de espía le decían que todo lo que necesitaba saber se encontraba allí dentro. El corazón se le aceleró. Hasta ese momento, no había encontrado nada que explicara qué estaba ocurriendo o dónde se encontraba. Por el contrario, toda la evidencia parecía indicar que se encontraba en el campamento de Roberto I de Escocia antes de la batalla de Bannockburn. Eso no parecía tratarse de una recreación en lo más mínimo.

Una voz venenosa le recordó que Sìneag le había asegurado que, si tocaba la piedra, aterrizaría allí... y la había tocado. Pero ¿qué persona racional creería que había viajado en el tiempo?

Miró alrededor. Nadie le prestaba atención. Se acercó al pabellón y se sentó en el suelo para escuchar. Por fortuna, las paredes eran de lona, y las voces solo estaban un poco amortiguadas.

Los hombres presentaron reportes del progreso del entrenamiento. Alguien le dijo a Roberto que el ejército de Eduardo estaba casi completo en Berwick y que pronto comenzarían a avanzar hacia Bannockburn para luchar. A continuación, discutieron acerca del terreno y los puntos forzosos de paso. Unos sujetos que se llamaban Craig Cambel y Angus Mackenzie hablaron un montón. Todo sonaba muy auténtico. Si fueran actores en una recreación, Danielle hubiera esperado que hablaran de otras cosas, como por ejemplo de los guiones o cuánto tiempo faltaría hasta la pausa para almorzar. Hasta quizás se cuestionarían si lo que estaban haciendo sería una representación histórica veraz. Pero no oyó nada por el estilo, y la sangre se le enfrió.

—¿Qué haces? —le preguntó una voz masculina a sus espaldas.

Danielle se sobresaltó y se giró.

Encima de ella, se encontraba el hombre más hermoso que había visto y bloqueaba el pequeño trozo de cielo azul que asomaba entre las copas de los árboles. Tenía el rostro tan apuesto, que los ángeles tuvieron que haber llorado cuando le crearon los pómulos altos, los ojos afilados y algo sesgados y el mentón cuadrado y entallado cubierto por una barba corta. Tenía el cabello oscuro sujeto en una cola de caballo en la nuca.

En la mirada, llevaba escrita su muerte.

Y tenía la punta de la espada a un centímetro de su nariz.

CAPÍTULO 3



EL HOMBRE la tomó del cuello y la arrastró lejos del pabellón como si no fuera más que una bolsa de patatas. Danielle pataleó y se retorció para intentar apartarse de él. ¿Cómo podía ser posible que ese sujeto fuera tan fuerte como para arrastrarla así?

Pero el pensamiento quedó interrumpido cuando recordó que era muy posible. Hasta un hombre que no pareciera fuerte en lo más mínimo podría ejercer poder sobre una persona incauta.

Una ola de pánico que no había sentido en mucho tiempo la embargó. El pánico a una habitación oscura, una puerta cerrada, el olor a moho, piedra y sábanas viejas y húmedas. «Sé fuerte. No cedas...».

—¡Suéltame! —exclamó mientras pateaba e intentaba incorporarse.

El hombre perdió el amarre, y Danielle echó a correr. Sin embargo, no llegó lejos; apenas recorrió cinco metros entre las tiendas de campaña y los refugios antes de que un peso enorme le cayera encima y la dejara sin aliento. El hombre se sentó sobre su espalda y le apretó el rostro contra el suelo. Saboreó el barro en la lengua.

—¿Quién eres, hombre? —le preguntó una voz fría.

Danielle soltó un gruñido mientras intentaba escurrirse de entre sus muslos, que la tenían atrapada. Él también pensaba que era un hombre. ¿Qué le pasaba a esa gente? ¿Serían los vaqueros? Eso jamás le había pasado en Londres.

Le apretó el brazo contra la espalda.

—¿Y por qué estabas espionando a mi rey?

—¡Esto está yendo demasiado lejos! —gruñó con el poco aire que le quedaba en los pulmones—. Ya me cansé de jugar a esto. ¡Suéltame!

De repente, el peso y la presión se aflojaron, y el sujeto la dio vuelta para que observara a su asaltante al rostro. La volvió a aprisionar apretándole los muslos contra las costillas.

—¿Qué has dicho?

Cielos, era muy difícil no mirarlo embelesada. Antes había visto que era muy apuesto, pero ahora estaba hipnotizada. Tenía las cejas espesas unidas para formar una perfecta línea de furia, y la fulminaba con los ojos por encima de la nariz derecha. Una cicatriz extraña y curvada le recorría un pómulos y bajaba hasta la barba con la forma de un gancho plateado. De repente, no pudo respirar y se olvidó de cómo moverse. No esperaba que ese hombre que la había maltratado la afectara tanto. Tenía unos hombros anchos bajo el abrigo largo y acolchado, y la doblaba en tamaño mientras se ceñía sobre ella como una montaña.

—¡Te he dicho que me sueltes! —Volvió a patear, pero fue en vano. Con los muslos la sujetaba con una firmeza tal que no logró sacar un brazo. Podía utilizar una técnica de

autodefensa y atacarlo en sus partes masculinas; al fin y al cabo, las tenía en el pecho. Pero no podía. Maldita sea—. Voy a llamar a alguien que me ayude. Voy a llamar a la policía. Jamie está a cargo aquí. ¡Llama a Jamie!

El hombre se quedó quieto, y la expresión de animosidad que llevaba en el rostro dio paso a una de asombro.

—¿Quién es Jamie?

—¡Ay, me estás tomando el pelo! —exclamó.

—Jamie... ¿Hablas del *Negro* Douglas? —le preguntó—. ¿Lo conoces?

Danielle se retorció más y, antes de perder los estribos, recordó que él pensaba que era un hombre.

—Esto es increíble. En serio, cansa que la gente asuma que las mujeres solo pueden verse de una forma y que solo tienen ciertos nombres. ¿Cómo te llamas *tú*?

El hombre no la dejaba de observar anonadado.

—Colum MacDonald —respondió algo pasmado.

Colum MacDonald... el nombre le sonaba, pero no tenía tiempo de pensar por qué. Era evidente que estaba distraído. Era el momento perfecto para atacar. Exhaló profundo para vaciarse los pulmones. Acto seguido, alzó las caderas y, con el movimiento, elevó al hombre de noventa kilos y su propio torso. Gracias a sus rutinas de entrenamiento diario, logró liberar los brazos para darle un puñetazo en la entrepierna con toda la fuerza que tenía. El hombre soltó un gruñido, relajó los muslos y la liberó. Danielle se retorció debajo de él, pero en cuanto logró incorporarse, la sujetó del brazo. Se dio vuelta para darle una patada, pero el sujeto se agachó rápido. Liberó el brazo y retrocedió varios pasos agitada mientras intentaba recuperar el aliento.

—Me largo. Y puedes tener en claro que le mencionaré tu comportamiento a Jamie. Acabas de atacar a una visita.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Eres inglés.

—Sí, y tú eres escocés. ¿Eso qué importa?

El hombre tomó la espada del suelo y se la apuntó. Por todos los cielos, ¿por qué se tomaba el papel tan en serio?

—Estabas espionando, ¿no es cierto? —le preguntó.

Danielle se dio cuenta de que no interpretaba el papel de caballero como Liam. Estaba preparado para matarla. ¿Acaso sería así como se había sentido Juan cuando fue al encuentro y acabó prisionero?

—Solo intento entender qué está ocurriendo —le respondió.

—Claro, para poder llevarle información al bastardo de tu rey. —Le apretó la punta de la espada contra la caja torácica. La punta fría y afilada del arma le hizo sentir una ola de terror recorriéndole las venas—. Camina.

Danielle estaba temblando. De repente, recordó el momento en que clavó la mirada en el cañón de una escopeta, la que estaba registrada para dispararles a los platos en el aire y asignada para la caza de venados, la que Sebastian había usado para obligarla a entrar en el sótano. Recordó la gota de sudor fría que le recorrió la columna vertebral.

«Oh, por Dios. Oh, por Dios. Oh, por Dios». Para tratarse de una recreación, el sujeto estaba llevando las cosas demasiado lejos. No había nadie ladrando órdenes. Ni ninguna persona controlando la seguridad. Ni generadores eléctricos, o cables, o estufas o calefactores. Las armas se veían demasiado reales, y eso la alarmaba.

Tragó con dificultad. Necesitaba largarse de allí. La última vez que alguien le había apuntado

un arma, la habían mantenido prisionera.

—Mira, no hace falta que actúes así conmigo. Como si todo esto fuera real. Estás exagerando bastante.

Los ojos se mostraron fríos. Había visto ese tipo de ojos en la gente que había conocido la verdadera oscuridad. En los sobrevivientes de guerra. En las víctimas de tortura... Y en el reflejo del espejo.

—Camina —repitió.

Danielle avanzó. Tenía la punta de la espada apretada contra la espalda. Casi podía sentir que le atravesaba la piel, le desgarraba los músculos y le producía una herida de la que manaba sangre. Caminó a lo largo de la pared del pabellón y cuando llegó a la entrada, el sujeto le ordenó:

—Entra.

Abrió la entrada de la tienda de campaña, y varios hombres le clavaron la mirada cuando ingresaron. Roberto, de Escocia, el que se llamaba Aulay y seis más estaban parados alrededor de una mesa con un mapa grande abierto sobre ella. Todos llevaban la armadura que había visto antes y tenían rostros sombríos que habían visto muchas batallas con expresiones anonadadas al reparar en ella.

Como buena espía, Danielle sabía que debía dejarlos hablar primero para ver si lo que decían la ayudaban a orientarse.

—Es un espía inglés —les informó Colum.

«¡Ay, qué desastre!». Ese era exactamente el tipo de situación mala en la que se podía encontrar un espía. Danielle sabía lo suficiente acerca de historia como para saber que ser una inglesa en un campamento escocés durante las Guerras de Independencia no era nada bueno. Como era la espía del enemigo antes de la batalla decisiva, sabía que actuarían como si estuvieran furiosos con ella.

«Por favor, que esto sea una suerte de *cosplay* extremo». Se tuvo que obligar a no prestarle atención al instinto que le decía que algo iba muy mal.

—¿Quién eres? —le preguntó el que interpretaba a Roberto.

—Nadie —respondió—. Solo vine a visitar a Jamie.

—Aquí está Jamie. —Colum señaló a un hombre de unos treinta años—. James *el Negro* Douglas. —Claro, esa debía de ser otra figura histórica famosa. El hombre en cuestión era de estatura promedio y tenía los hombros anchos de un guerrero. Una barba castaña le enmarcaba el rostro, y el cabello enmarañado del mismo tono le caía hasta los hombros—. ¿Conoces a este hombre, James?

El hombre que interpretaba a James Douglas se acercó para mirarla. Por unos instantes, sus ojos aterrizaron sobre el pecho de Danielle, y se congeló. ¿Acaso uno de ellos la vería como mujer al fin? Pero la túnica holgada ocultaba cualquier indicio de feminidad.

—No —repuso el actor que interpretaba a Douglas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el que hacía de rey.

Todos asumían que era un hombre. Al menos eso la ayudaría a tener alguna suerte de identidad falsa. No estaba segura de si ser mujer allí empeoraría las cosas para ella.

—Daniel —respondió.

—Sí, es un *sassenach* —señaló un hombre con ojos de francotirador.

—Tienes razón, Craig —añadió Roberto—. Es el acento. Aunque habla gaélico bien...

Danielle se congeló. «¿Gaélico?». Pero por todos los cielos, todos habían estado hablando en gaélico durante todo el tiempo. ¡Y ella también! ¿Cómo podía explicar eso?

—Miren —comenzó—. Sé que se supone que soy el enemigo en su guion, pero ¿podemos detenernos por ahora? De verdad no tengo ganas de jugar a esto. Solo quiero encontrar a Jamie y largarme de aquí.

—¿Quién es ese Jamie del que tanto hablas? —le preguntó otro guerrero rubio, alto y atractivo.

—Yo soy Jamie —añadió James Douglas—, pero no creo que el muchacho me conozca. Deben ser dos, Owen. Debe haber otro espía en el campamento.

—Sí, busquen al espía, muchachos —ordenó el hombre que interpretaba a Roberto—. Y tú, Colum, lleva a este a la celda.

—Sí, Su Alteza.

—¿Colum?

—¿Sí?

—Has hecho un buen trabajo, muchacho. —El rey le apretó el hombro.

A continuación, Colum la tomó del codo y la arrastró afuera de la tienda de campaña.

CAPÍTULO 4



EL PRISIONERO FULMINÓ a Colum con la mirada a través de los barrotes de madera de la celda. Bien que el cerdo inglés se merecía estar allí por haberse colado en el campamento para espiar.

El muchacho debía tener unos dieciséis años a juzgar por la falta de barba y la voz, que era bastante aguda para tratarse de un hombre. No tenía los hombros anchos, pero era alto, y no estaría cómodo en la celda baja con gruesos barrotes de madera. El compartimiento no era grande, apenas lo suficientemente alto como para que se sentara y lo suficientemente ancho como para dormir ovillado. En el medio del campamento, había varias celdas similares, bajo las copas de los árboles del bosque New Park. Las habían preparado para albergar a rehenes ingleses, siempre había nobles o caballeros importantes a los que capturar... Siempre y cuando resultaran victoriosos en la batalla venidera.

A pesar de la figura delgada del muchacho, había demostrado gran resistencia y fuerza. Tenía unos ojos grandes y azules que reflejaban furia, y el pecho le subía y le bajaba acelerado mientras se sentaba con la espalda apoyada contra la celda, las piernas largas flexionadas y los pies clavados en la tierra.

El muchacho se veía un poco femenino. Hasta sus movimientos estaban llenos de gracia. Tenía el rostro bonito para ser un joven, con las pestañas largas, los pómulos altos y unos labios carnosos y sensuales. A decir verdad, eso no era nada inusual. Colum había visto a varios muchachos como él. Hasta él mismo había sido delgado y esquelético hasta que logró desarrollar músculos. A pesar del aspecto femenino, había algo feroz acerca del muchacho: una fuerza que no podía evitar respetar.

Pero el muchacho era un espía inglés y un mentiroso. Era el enemigo. Servía al rey cruel que había asaltado las tierras de Colum y atacado a personas inocentes. El rey que comandaba a hombres que violaban, asesinaban y robaban. El rey que lo había obligado a traicionar a su clan en el 1306: el rey Eduardo II. Daniel le servía a ese bastardo.

Un centinela joven hacía guardia afuera de la celda. Colum observó al prisionero, que no dejaba de fulminarlo con la mirada. No cedía. Los ojos celestes eran como hojas de acero.

Tendrían que incrementar la guardia en el campamento. El espía inglés había entrado andando como si nada. ¿Habría ido andando desde Berwick? ¿Y dónde estaba su compañero, el tal Jamie?

Una sombra se apareció al lado de Colum y, cuando miró al costado, vio a Roberto que estudiaba a Daniel.

—Su Alteza —lo saludó.

—Colum. —Roberto asintió y se cruzó de brazos—. ¿Ha dicho algo?

—No le pregunté nada.

—Entonces, hazlo, pero ten cuidado. Por cómo te mira, no me sorprendería que te arranque la mano de un mordisco.

Colum asintió y dio un paso hacia adelante. El muchacho alzó el mentón.

—¿Cuántos ingleses hay en el ejército de Eduardo? —le preguntó Colum.

Daniel no dijo nada durante varios instantes, sino que se limitó a fulminarlo con la mirada.

—No lo sé —respondió al cabo de varios minutos.

—Eduardo debe avanzar pronto —le dijo Roberto a Daniel acercándose. Los ojos oscuros del monarca destellaron—. Solo faltan dieciséis días hasta el día de San Juan Bautista, la fecha en la que el castillo de Stirling será liberado por los ingleses o caerá en mis manos. ¿Acaso Eduardo está esperando a alguien más?

Daniel negó con la cabeza. Las cejas rubias se le juntaron sobre el puente de la nariz recta.

—¿Eres consciente de los problemas en los que te estás metiendo? Jamie te va a matar.

Matar a Roberto...

A Colum se le erizó todo el vello. Roberto se quedó petrificado a su lado. Y cuando intercambiaron una mirada, vio el mismo pensamiento en el rostro del rey.

—Jamie es un asesino —señaló Colum sin perder la calma—. Ha venido a matarlo, Su Alteza.

Colum apoyó la mano sobre la empuñadura de la *claymore* y miró alrededor. Incrédulo, Daniel negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Si todavía quieren jugar a esto...

Colum se acercó a la celda. El muchacho lo siguió con la mirada, tenía una expresión estoica en el rostro. Cuando Colum se agachó al lado de la celda, su rostro quedó a unos centímetros del de Daniel. Pudo oler el extraño aroma floral del muchacho y le resultó demasiado agradable para tratarse de un granjero, pero estaba mezclado con el de estiércol, que era más apropiado. Tenía la piel demasiado suave, sin cicatrices ni imperfecciones, aunque tenía manchas de barro en el rostro. Al encontrarse tan cerca, pudo ver las pestañas largas, rubias y curvadas que le daban un aspecto femenino.

—¿Dónde está este Jamie del que tanto hablas? —le preguntó.

—No lo sé. Si me das un teléfono, lo averiguo.

—Un «teléfono...». ¿Qué es eso? —le preguntó.

Daniel se mordió el labio inferior como para evitar sonreír, y a Colum se le curvó el labio superior en una mueca.

—Tonto y arrogante. —Sujetó los barrotes de la celda y los sacudió. El sonido de la madera agrietada lo llevó a soltarlos—. Como todos los ingleses, crees que los escoceses no conocemos sus palabras sofisticadas, ¿no? Crees que somos unos analfabetos, unos salvajes.

La sonrisa se evaporó del rostro de Daniel, y sus ojos reflejaron temor durante un momento, pero el muchacho terco alzó el mentón.

—No quiero tener ningún papel en la recreación —le dijo pronunciando cada palabra despacio.

¿Recreación? ¿Qué diantres era eso? Era como si estuvieran hablando diferentes idiomas, aunque los dos se comunicaban en gaélico.

Roberto apoyó la mano pesada sobre el hombro de Colum.

—Muchacho —le dijo—. No permitas que te afecte. Está intentando confundirnos y lo está logrando.

Colum se puso de pie echando humo. Daniel lo observaba con una ferocidad salvaje. Colum se las había ingeniado para darle un susto de muerte. Y que así fuera, se alegraba mucho de eso.

El *highlander* y Roberto se alejaron del alcance auditivo de Daniel.

—Vienen aquí, nos espían, envían a un asesino... —masculló Colum y de pronto se quedó quieto como una estatua cuando se le vino una idea a la mente.

Si Eduardo podía enviar espías y asesinos al campamento escocés, y lograban entrar con tanta facilidad, ¿qué impedía que Roberto hiciera lo mismo? Eduardo estaba reuniendo un ejército enorme. Quizás hasta más grande que el que su padre, Eduardo I, al que denominaban «el martillo de los escoceses», había reunido en toda su vida.

—Su Alteza —comenzó—. Si Eduardo ha enviado a un asesino para matarlo, debe estar alerta.

—Sí, lo sé.

—Pero también significa que puede mandar a un asesino para que lo mate a él antes.

Roberto guardó silencio.

—Colum, no hablas en serio.

—Sí, envíeme a mí.

Roberto suspiró.

—Es una misión suicida. No te enviaré a una muerte segura.

Tenía razón. Sería demasiado peligroso. Pero no tenía nada que perder. Su clan aún desconfiaba de él porque había traicionado la cosa más preciada de un *highlander*: su clan. Su honor. Hasta su propia alma.

El caso era que no sabían por qué lo había hecho. No sabían que había vivido todos los días de los últimos ocho años con el alma desgarrada. Y no le podía contar a nadie el verdadero motivo por el que había roto su promesa. No podía infligirle semejante vergüenza a la reina; nadie podía enterarse la situación comprometida en la que se había encontrado. Si Eduardo no le hubiera hecho eso a la reina Isabel, si no hubiera estado dispuesto a permitir que una muchacha joven e inocente observara cómo violaban y golpeaban a su madrastra mientras su padre, el rey, estaba desaparecido y quizás muerto... Colum hubiera muerto de buena gana antes de jurarle lealtad a Inglaterra. Pero había destinos peores que la muerte.

—Su Alteza —insistió—. Ya sabe lo que tuve que hacer en Berwick.

Le había contado a Roberto lo que había visto en Berwick porque el rey debía saber que su esposa y su hija estaban a salvo. También quería que tuviera la información para tomar la mejor decisión al respecto. Roberto le había pedido que guardara el secreto para proteger el honor de la reina.

—Sí. Y jamás dejaré de agradecerte lo que has hecho por mi esposa y mi hija.

—Y lo volvería a hacer. No se lo digo para pedirle gratitud. Lo que quiero decir es que los conozco. Viví con ellos durante casi un año. Me puedo escabullir...

A Roberto se le dilataron las fosas nasales.

—Colum, no.

Colum le echó un vistazo a la celda. Daniel estaba sentado con la mirada clavada en los dos hombres, los brazos envueltos en las rodillas y jugueteando con un trozo de césped. Desde la distancia, la túnica holgada parecía una bolsa de patatas sobre el cuerpo delgado. Casi podía sentir el veneno que manaba de los ojos del muchacho.

A su alrededor, el campamento estaba vivo. Se oían los sonidos de las espadas de madera de los hombres que entrenaban, los gritos de los comandantes que instruían a diez formaciones militares, los relinchos de los caballos, los leñadores que cortaban troncos para las fogatas y las flechas que pasaban volando y se ensartaban contra objetivos de paja. Era una calurosa tarde de junio, y el aire se sentía pesado por la humedad del suelo y el césped.

A cierta distancia, oyó el grito de guerra de su propio clan.

—¡*Clann Domhnaill!* ¡*Clan Domhnaill!* —Eso quería decir que seguían entrenando, pero no bajo su comando. El caso bien podía ser que jamás lo aceptarían como su siguiente *laird*.

Pero eso no era lo que lo preocupaba de toda la situación, sino el dolor profundo que llevaba en el alma. La necesidad de ser perdonado. La necesidad de volver a ser parte del clan. De servirle a su gente, a su comunidad. A su familia.

—Su Alteza, es el único que sabe qué pasó. Cuando mi clan llegó al castillo de Berwick dispuesto a matar y a morir por mí, me encontraron vestido con armadura inglesa y un tapado con tres leones dorados. Arriesgaron su vida y algunos incluso murieron... ¿Y todo por qué? Por un traidor.

Roberto soltó un largo suspiro y clavó la mirada en los pies. Se pasó los dedos por el cabello oscuro y ondulado y, por último, lo volvió a mirar.

—Lo sé, muchacho. Aprecio mucho que guardes silencio. Yo mismo te pedí que no dijeras la verdad. La única persona a la que se la conté fue a tu tío Aulay, y sé que moriría antes de contarle ese secreto a nadie.

—Sí. Yo no se lo hubiera contado a nadie por voluntad propia. El honor de la reina es más importante para mí. Pero si me puedo redimir, lo haré. Déjeme ir a Berwick y matar a Eduardo. Así podremos evitar esta batalla. Todos sabemos cuántas vidas podremos salvar. La suya está en riesgo. Considerando los ocho años de guerra y adversidades y los miles de vidas que se perdieron para mantenerlo en el trono... Todo eso está en riesgo ahora. Déjeme hacer esto por usted.

El rostro de Roberto permaneció ilegible. Tenía los ojos pequeños y oscuros clavados en Colum y parecían dos grosellas brillantes. Luego negó con la cabeza y le apretó el hombro.

—Está en las manos de Dios, Colum. No hay nadie más leal y más valiente que tú. Pero no te puedo enviar a una muerte segura cuando podemos ganar juntos. Nos hemos estado preparando durante muchos meses. Podemos ganar.

Colum abrió la boca para asegurarle que no sería una muerte segura y que no le importaría morir por su país, su clan y su rey, pero Roberto lo interrumpió.

—No, Colum. Te ordeno que te quedes en el campamento.

La sensación de derrota le hizo hundir los hombros. Observó a Daniel durante varios minutos. Su rey era demasiado honorable, demasiado leal. Por esa misma razón lo respetaba y estaba dispuesto a morir por él. Pero sabía que tenía razón en esa oportunidad. Si Eduardo era lo suficientemente sucio como para enviar a un espía y un asesino, Roberto debería hacer lo mismo.

Por eso, decidió liberar al rey de tomar la decisión difícil. Debía desobedecerlo por el bien mayor. Si Eduardo II estaba muerto, la batalla podría no ocurrir. Sin dudas, habría caos y peleas, y si Colum hacía el trabajo bien, quizás podría hacer que los nobles ingleses se enfrentaran entre ellos para descubrir quién había asesinado al rey.

Vio a Roberto a los ojos y le tuvo que mentir a su rey por primera vez en la vida.

—De acuerdo.

Roberto asintió y le volvió a apretar el hombro.

—Muy bien. Así será mejor.

Mientras el rey se alejaba, Colum miró alrededor. Excepto por el centinela que cuidaba a Daniel, no había nadie alrededor. Colum asintió y se dirigió al otro lado de la celda para asegurarse de que no lo oyera. Se arrodilló y llamó a Daniel con un dedo. El muchacho frunció el ceño y se acercó.

—Daniel, ¿quieres que te libere? —le preguntó.

Los ojos del muchacho se abrieron de par en par por la sorpresa.

—Sí, por supuesto.

—En ese caso, vendrás conmigo a Berwick y me dirás todo lo que sabes del campamento inglés.

CAPÍTULO 5



AL CAER LA NOCHE, el campamento se sumió en silencio, y Colum avanzó sin hacer ni el más mínimo ruido entre los refugios y las tiendas de campaña blancas en la oscuridad. Un búho ululó en algún punto de las sombras oscuras del bosque que rodeaba el campamento. Varios hombres roncaban. El aroma a leña pendía en el aire, y las fogatas que habían encendido los centinelas nocturnos destellaban en tonos anaranjados.

Cuando Colum se acercó a la celda de Daniel, vio a otro centinela joven haciendo la guardia. Estaba apoyado contra su lanza y apenas lograba mantener la cabeza erguida. Daniel se acercó a la puerta de la celda y se aferró a los barrotes.

—Te relevo, muchacho —le informó Colum al centinela.

Al joven se le abrieron los ojos de par en par.

—¿De verdad? —le preguntó esperanzado.

—Sí. Me dijeron que tengo que relevarte y hacer la guardia esta noche.

El centinela miró alrededor.

—¿De verdad? Pero acabo de empezar el turno...

—Has trabajado mucho hoy —le dijo—. Tu comandante me ha dicho que necesitas descansar. Yo haré la guardia.

El muchacho suspiró aliviado.

—Gracias. Oh, no me molestaría recostarme en una cama. —Tras decir eso, le entregó las llaves de la celda y se marchó.

Cuando el joven quedó fuera de la vista, Colum extrajo la bolsa de viaje que había escondido detrás de una tienda de campaña de camino allí. Luego avanzó hacia la celda con la llave en la mano y miró a Daniel a los ojos.

—¿Recuerdas el acuerdo que hicimos? Te dejaré salir. Vendrás conmigo a Berwick y me dirás todo lo que deba saber para entrar al campamento.

—Sí —repuso Daniel—. Me acuerdo. Anda, déjame salir.

Colum extrajo unos grilletes que había encontrado antes.

—Acerca las manos a los barrotes.

Daniel clavó la mirada en los grilletes.

—¿Qué? ¡No! No permitiré que me pongas los grilletes.

—Es la única forma que tienes de salir de la celda. Puedo marcharme solo y dejar que te pudras aquí.

—¡Has perdido la razón! —exclamó el muchacho en un susurro—. Gritaré y le diré a todos que me quieres soltar.

Eso era tan extraño viniendo de un soldado, que tomó a Colum desprevenido. Al cabo de

unos instantes, se repuso. Ese muchacho tenía que ser un espía inglés. No había otro motivo por el que se encontrara en ese campamento. Además, sin dudas parecía dispuesto para asesinar a alguien.

—Si lo haces, te quedarás en esta celda para siempre.

La boca de Daniel formó una línea derecha y enfadada al tiempo que se le dilataron las delicadas fosas nasales mientras tomaba aire y lo soltaba.

—Okey.

Colum frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

—De acuerdo. —Daniel sacó las manos por el hueco que había en la celda—. Patán desquiciado.

Colum soltó un bufido al oír el insulto. Era gracioso y no lo había oído antes. Mientras colocaba los grilletes sobre las muñecas del muchacho, se maravilló de lo delgadas y refinadas que eran. Era muy joven.

Recordó el momento en que le habían quitados los grilletes a él. Fue luego de que se arrodillara delante de Eduardo. El juramento acorazado que le había hecho lo había amarrado más fuerte que cualquier herramienta de restricción física. En ese momento, había creído que serviría a Inglaterra el resto de su vida y había deseado que fuera corta. ¿Cómo podría alzar una espada contra sus compatriotas? Y, peor aún, ¿cómo podría algún día atacar a su propio clan?

La respuesta le llegó pronto. Al cabo de ocho meses, el castillo de Berwick había sufrido un ataque durante la noche. Al igual que los otros guerreros, Colum se había despertado por los gritos y los sonidos metálicos de las espadas. Se había incorporado de la cama de un salto, puesto la cota de malla y la sobrevesta. Sin perder tiempo, había tomado la espada y el escudo y se había marchado de las barracas para dirigirse a la batalla con pesar en el corazón, sabiendo que los escoceses tenían que ser los atacantes del castillo. Tenía que ser el rey al que había amado y a quien ya no servía.

Cuando salió corriendo al patio interno, las sombras de los guerreros en batalla que proyectaban las llamas de las flechas que salían disparadas se veían como demonios oscuros en un baile salvaje. Las hojas metálicas destellaban en tonos anaranjados y rojizos. En la penumbra, era imposible ver de qué clan eran esos hombres. Un guerrero alto que acababa de liquidar a un inglés con la espada de doble filo, se volvió y alzó el arma para atacarlo.

Colum soltó un rugido para invocar a lo poco que le quedaba del honor destruido para que le sirviera. Con algo de suerte, moriría bajo esa *claymore* que le apuntaba al cuello. Alzó la espada, listo para atacar.

Cuando el hombre se encontraba a tres pasos de él, Colum se quedó petrificado. Al ser alumbrado por la luz de una antorcha cercana, vio el rostro del hombre. Era un rostro que había conocido toda su vida, el rostro del hombre que le había enseñado a blandir la primera espada, a navegar un *birlinn*, a correr por las Tierras Altas y acechar al enemigo como un lobo. El tío Aulay.

Al parecer, había una promesa que Colum no podía romper. Una promesa que era más profunda que cualquier cosa que le hubiera jurado a Eduardo. Hacía varios meses, habían trasladado a la reina Isabel y Marjorie a otro castillo, y Colum no sabía qué les había ocurrido a ellas o a la hermana de Roberto, ni siquiera sabía si estaban vivas.

Al reconocerlo, su tío también se detuvo. Lo recorrió con la mirada como si no pudiera creer lo que veía. Como si estuviera intentando asegurarse de que lo que veía en el atuendo de Colum eran los tres leones ingleses, y lo que sostenía en la mano era una espada inglesa.

De repente, Colum se arrodilló por segunda vez en su vida, le entregó la espada a su tío y se quitó la cota de malla que le cubría la cabeza para dejar el cuello al descubierto.

—Hazlo, tío —le pidió—. Hazlo.

Pero Aulay no lo hizo. Y ahora Colum se encontraba allí.

De modo que, al igual que Daniel, conocía la desesperación de ser capturado y encerrado por el enemigo. Mientras introducía la llave en el cerrojo, se dio cuenta de que el enemigo lo había convertido en quien era en ese momento. Al girar la llave y oír el sonido metálico de la cerradura, supo que ya no tenía ningún límite. Era implacable. Tan despiadado con el enemigo como ellos lo habían sido con él.

Cuando abrió la puerta, y Daniel salió, sujetó al muchacho del codo y lo condujo en silencio por el campamento adormecido. Iban a matar al rey que estaba destruyendo su país, al rey que había destrozado su honor.

Era probable que muriera allí.

Pero se dirigía a su destino.

CAPÍTULO 6



—¿ACASO me quieres matar, muchacho? ¿Es eso lo que buscas? —le preguntó Colum cuando dejó de masticar.

Estaban sentados sobre un tronco al costado de una antigua carretera romana que conducía a Edimburgo. A pesar de que no los rodeaban muchos bosques, había varios árboles altos que se erguían hacia el cielo y, con las copas, los cubrían del sol.

Se habían detenido para comer tras cabalgar en el caballo de Colum durante toda la noche y gran parte de la mañana. El animal se llamaba Gaisgeach y, por algún motivo, Danielle sabía que significaba «guerrero». Habían pasado por bosques, campos y pantanos. El paisaje era hermoso y silvestre, con colinas y algunos acantilados. Danielle había visto algunas plantas que se podían recolectar para comer... si hubiera estado acampando y no con los grilletes.

Lo que no había visto era ninguna señal de civilización. Ninguna calle asfaltada, ningún cable del tendido eléctrico y ningún avión en el cielo. Tampoco había oído los ruidos de ningún vehículo en la distancia. Solo percibía los aromas silvestres de la naturaleza: la vegetación, las flores, el estiércol de los animales salvajes y de los caballos. Varias abejas y moscas le zumbaban cerca, y las aves cantaban desde las copas de los árboles.

Le era difícil ignorar el dolor en el trasero tras haber pasado tanto tiempo sentada sobre el caballo y el que le provocaban los grilletes en las muñecas.

Qué hombre más despreciable, tomarla de rehén... La hoja de la espada había sido como el cañón de la escopeta con la que Sebastian la había apuntado. Aunque habían pasado dieciséis años, la sensación de pánico le apretó la garganta como un puño gélido, tal y como había ocurrido en el pasado. Y de pronto, no se sintió como una mujer cauta de treinta y dos años que había construido una pared impenetrable para proteger su confianza y su corazón. Volvía a ser la adolescente desamparada que había confiado en el sujeto equivocado y ahora sufría las consecuencias.

La espada no era más que utilería. Se recordó que no le podía hacer daño. Se encontraba en un acto de recreación que había ido demasiado lejos. No había viajado en el tiempo.

Pero del pánico, se le había formado un nudo en el estómago. Y en lo más profundo de su ser sabía que la espada era real. Había visto la sentencia de muerte en los ojos de Colum. Nadie podía actuar así de bien. Solo por eso había caminado.

Y cuando la encerró en la celda, se había sentido como un animal acorralado, feroz y desesperado. Al igual que en el sótano de Sebastian, cuando golpeaba la puerta de la habitación en la que la había encerrado y gritaba pidiendo ayuda. Sus padres solo estaban a diez metros de distancia, en la casa de al lado. ¿Cómo era posible que el vecino la hubiera secuestrado?

Al encontrarse en la celda, volvió a experimentar la misma desesperación estremecedora que

le retorció el estómago. A pesar de que no había paredes de cemento ni una puerta metálica y podía ver todo lo que sucedía a su alrededor, la sensación había sido la misma. No debería haber tocado esa piedra. Jamás debería haberse dirigido a ese campamento.

Colum arqueó las cejas mientras aguardaba a que respondiera. Danielle mordió un trozo del *bannock* que le había dado y lo masticó. Estaba duro y sabía viejo, pero tenía hambre y era comida.

Él seguía creyendo que era un hombre, y eso era algo bueno. Al menos, no estaría tentado de violarla.

—¿Me preguntas si intento matarte? —le dijo—. Bueno, no me importaría mucho que te murieras en este preciso instante. ¡Déjame ir!

Colum terminó de masticar.

—No vuelvas a intentar escapar. La próxima vez que lo intentes, tendré que darte una buena zurra. No quiero hacerlo, pero me estás pidiendo que te enseñe a respetar los límites.

Danielle parpadeó. El bastardo la había sujetado con grilletes a su cintura luego de que intentara escapar la primera vez. Se había acercado tanto a la piedra cubierta de runas que podía ver la cima de la colina... hasta que un brazo fuerte la arrastró hacia abajo. En la segunda oportunidad, solo se había alejado unos cinco pasos de él antes de que la aplastara contra el suelo con su cuerpo grande y pesado.

Esa fue la primera vez que sintió más que odio hacia él. Cuando la cubrió con su cuerpo, le hizo sentir una ola de calor. Sumado al entrenamiento militar, había algo animalesco en él. Le resultaba fascinante verlo moverse, caminar con la seguridad y la arrogancia de un guerrero. Era atractivo, esbelto y musculoso como un tigre. Pero Danielle sabía que era una tontería babear por un hombre que la estaba reteniendo prisionera. Ese bien podría ser el síndrome de Estocolmo, y ella lo conocía demasiado bien.

En el bosque, se oían los borboteos del arroyo y las ramas del viento. Predominaba el aroma a flores silvestres y tierra húmeda. De no ser por el escocés gigante y detestable que la fulminaba con la mirada, el sitio le hubiera parecido pacífico y casi idílico.

Al menos no estaba en la celda... aunque seguía teniendo puestos los pesados grilletes medievales de hierro que le producían unos cortes dolorosos en las muñecas. Una vez más, se encontraba cautiva, y una parte de su ser estaba a punto de quebrarse.

No obstante, no se debía únicamente a los grilletes.

Hacía casi veinticuatro horas, había tocado la condenada piedra y había llegado a una versión distinta del campamento. No había visto ningún indicio de vida moderna. ¡Y, por todos los cielos, hablaba gaélico! ¿Cómo podía ser que hablara gaélico?

Lo cierto era que estaba comenzando a considerar la idea de aceptar lo imposible: que había viajado en el tiempo, tal y como Sineag le había prometido. Sin embargo, Colum MacDonald no podía ser el amor de su vida. Debía de ser el odio de su vida.

De modo que debía escapar. Aún podía hacerlo, solo debía ser más lista. Además, sería más fácil escapar con un hombre cuidándola en lugar de tener a un campamento entero dispuesto a perseguirla.

Volvió a morder el *bannock* duro.

—¿Cuándo me vas a liberar? —le preguntó.

—Cuando finalice mi misión.

Su misión... Aunque él no lo supiera, Danielle había oído todas las palabras que había intercambiado con Roberto y conocía muy bien la misión. Por eso sabía que era una misión suicida. Jamie le había contado algunas cosas acerca de la batalla. Eduardo tenía un ejército de

veinte mil hombres, contra los seis mil escoceses. Los mejores caballeros de Inglaterra y de Europa se habían reunido allí en busca de gloria y riquezas. Había cinco mil arqueros y lanceros solo de Gales.

—Tu misión... —Se rio. Si la obligaba a ir con él, bien podría no regresar.

Entonces se preguntó si no habría empujado a Juan a encontrarse en la misma situación en Venezuela... si en realidad sería su culpa, porque no le cabían dudas de que el plan de Colum era un plan suicida. Solo lograría sobrevivir si trabajaba en equipo. Necesitaba un compañero. Alguien que hablara inglés sin acento escocés, alguien que conociera el campamento. Alguien en quien pudiera confiar. La necesitaba a ella. Pero se negaba a ayudarlo. Por no mencionar que él jamás confiaría en ella.

Decidió ser sincera con él.

—No lo lograrás. Jamás te permitirán matar al rey de Inglaterra.

Tenía certeza de eso porque, según los textos de historia, así no había sido la batalla de Bannockburn, aunque sí recordaba la historia de un *highlander* suicida al que habían atrapado, asesinado y descuartizado.

Colum se introdujo el último trozo del *bannock* en la boca y se frotó los dedos para quitarse las migas.

—Ya lo veremos. Lo cierto es que no tuvieron éxito al enviarte a nuestro campamento, ¿no crees?

Danielle negó con la cabeza.

—No me envió nadie. No le sirvo a Eduardo II. ¡Y no hay ningún asesino tras Roberto! Lo que sucede es que me has secuestrado, me tomaste de rehén y ahora me arrastras por Escocia para que te maten *a ti*.

—No te preocupes, Daniel —repuso Colum con la voz baja y los ojos como balas—. Ya sabes cómo lograrás la libertad. Quizás mi destino sea la muerte; si me llevo a un espía de porquería como tú a la tumba, que así sea.

CAPÍTULO 7



MIENTRAS CONTINUABAN ANDANDO al día siguiente, a Danielle se le aceleró la mente. Tenía el torso duro del escocés apretado contra la espalda y el trasero y le resultaba casi imposible enfocarse. Además, de solo estar sentada a lomos del caballo, moviéndose con los movimientos del animal y sintiendo el cuerpo de Colum duro como una piedra y sus brazos musculosos sosteniendo las riendas a ambos lados de su cuerpo, el cerebro se le reducía a una sustancia viscosa.

Pensar nuevas formas de escapar se le volvía cada vez más difícil. En especial considerando que su cuerpo experimentaba sensaciones cálidas y deseos hacia él; la idea era alarmante, porque él era su captor, la detestaba con la ferocidad de cien soles y pensaba que era un muchacho adolescente.

Pero debía mantener la calma. La habían entrenado para mantener la calma, para que las emociones no la afectaran. Y durante la mayor parte de su carrera, había tenido mucho éxito en ese aspecto. Era un bloque de piedras perfectamente frío.

Había tenido citas con atractivos hombres altos y musculosos. Había tenido sexo con atractivos hombres altos y musculosos. Nada de eso había sido maravilloso para ella. Y jamás había sentido como si estuviera a punto de derretirse y arder en la presencia de un hombre. Al menos, hasta que conoció a Colum.

Debía tomar control de la situación. Eso era una prueba importante, y no la estaba pasando. «Ya espábilate, niña».

Mientras cabalgaban por entre los árboles que se mecían en el bosque, intentó razonar con él y convencerlo de que le soltara los grilletes y la dejara marchar, pero Colum permaneció quieto y callado como una maldita montaña hasta que, por último, le aseguró que sus trucos no funcionarían con él.

Frustrada, Danielle soltó el aliento. ¡Un soborno! Aún no había intentado sobornarlo.

—¿Qué tengo que darte para que me sueltes? —le preguntó.

—Me tienes que ayudar cuando lleguemos.

—¿No quieres dinero? —le preguntó. No tenía la cartera encima, pero estaba segura de que podía encontrar el modo de conseguir dinero llegado el caso.

Por todos los cielos, ¿acaso Juan se habría sentido así de desesperado y dispuesto a hacer lo que fuera necesario para regresar a casa? ¿Para encontrarse a salvo?

En el pasado, le había rogado a Sebastian que la dejara marchar. Al igual que en ese momento, le había ofrecido dinero. Aunque su padre era contador y su madre, maestra en una escuela y no ganaban mucho, de seguro podrían juntar algo. Pero Sebastian no había querido dinero.

Lo único que quería era una niña que estuviera bajo su merced. Quería observarla, estudiarla y mantenerla como a una mascota, bajo su control. Le había explicado que era algo parecido al deseo de las personas que coleccionaban insectos o coches. Ella era la tercera que había secuestrado. Las primeras dos no habían sobrevivido el cautiverio.

Un escalofrío de repulsión la recorrió. La sensación de encontrarse reducida a una cosa sin voz ni voto. Un objeto que alguien poseía.

Debía preguntarle a Juan lo que había experimentado si alguna vez lo volvía a ver. Ya se había perdido la primera entrevista y solo faltaban tres días hasta la audiencia en la que la podían despedir.

Si eso sucedía, jamás tendría la oportunidad de hablar con Juan porque le impedirían volver a contactarlo. Quería decirle lo mucho que sentía que le hubiera ocurrido eso en su misión. Que entendía lo que era encontrarse cautivo. Que el único motivo por el que se unió al Servicio de Seguridad era para proteger a otros.

—¿Dinero? —Colum se mofó—. En Inglaterra no hay oro suficiente para comprar tu libertad, muchacho. Además, ¿de dónde sacaría dinero un granjero como tú? A menos que haya algo que no me estás diciendo...

Tenía que distraerlo.

—Entonces ¿qué?

Si supiera que era una mujer, podría intentar seducirlo. Aunque también podrían gustarle los hombres, pero eso sería un problema. Por un lado, no tenía pene y, por el otro, aunque fueran pequeños, tenía senos.

Tenía que descubrir qué era importante para Colum. Era evidente que el dinero no le interesaba. Eso era novedoso. En el siglo XXI, la mayoría de las personas se sentirían tentadas por una gran suma de dinero.

Intentó recordar lo que sabía de él. Era leal, un patriota dedicado a la causa y al rey. Diablos, era difícil trabajar con alguien que tuviera esos valores. Pero tenía que haber algo.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó.

—Está claro, ¿no? —le respondió.

—Digamos que a mí también me gusta mi país, pero no voy por ahí intentando asesinar a otros reyes —le dijo—. Tiene que haber algo más.

A sus espaldas, lo sintió duro y silencioso. Sin dudas, sería un gran espía.

—¿Es por tu clan? —insistió.

Sintió que los muslos se le tensaban alrededor de los suyos, y el pecho, que antes se inflaba y desinflaba de manera regular contra su espalda mientras respiraba, dejó de moverse. Tenía que haber acertado.

—¿Qué sucede con tu clan? —le preguntó—. ¿Está en peligro?

—No es asunto tuyo.

De modo que se debía al clan. La mente se le aceleró mientras intentaba recordar algo acerca del clan MacDonald, algo que Jamie le podría haber dicho o que podría haber leído. En algún momento, recordaría algo.

—¿Y si tuviera información para darte?

—¿Qué información?

Ojalá tuviera el conocimiento de Jamie. Lo único que recordaba era que Roberto I de Escocia ganaría utilizando tácticas de guerrilla y la posición estratégica de Bannockburn a su favor. Había cavado canteras alrededor de la carretera por la que llegarían los ingleses y creado un punto de ahogo que les permitió vencer a una fuerza cuatro veces más poderosa. Estaba segura

de que ya estaban trabajando en eso. Aun así, podría ofrecerle algo genérico.

—Tendrás que hacer un trato conmigo. Libérame y te contaré todo lo que sé.

Colum soltó un bufido.

—Eres un pequeño mentiroso, ¿no, muchacho?

—¿Qué te hace creer eso?

—Y encima mientes mal. No sabes nada de mi clan, de mi rey o de mí. Vuelve a intentarlo cuando te haya crecido la barba.

Era obstinado, pero tenía razón. No sabía mucho. Sin embargo, él tampoco sabía mucho acerca de ella. De hecho, todo lo que creía que sabía estaba mal: no era un muchacho y tampoco era de esa época.

Además, no sabía que encontrarse cautiva no era algo novedoso para ella. Y, a diferencia de antes, no se encontraba en un sótano sin ventanas y detrás de una atrancada puerta metálica. En esta oportunidad, no eran cuatro paredes las que la mantenían prisionera. Era un hombre y su cuerpo que la rodeaba. Ni siquiera los grilletes la detendrían, al fin y al cabo, podría correr con ellos. Era él quien la aprisionaba.

Cielos, cómo lo detestaba. Y él a ella; el hecho era más claro que el agua. La situación era diferente a la que había vivido dieciséis años atrás. Sebastian no la había odiado. Ella lo había fascinado. A su manera enfermiza, la había amado como los coleccionistas aman a sus posesiones raras y preciosas.

Pero no permitiría que nadie la poseyera ni la controlara. Ya no era más una adolescente asustada y vulnerable. Era una investigadora entrenada que trabajaba para el Servicio de Seguridad MI5. A lo largo de su carrera, había logrado prevenir cuatro ataques cibernéticos en el Reino Unido.

¿Qué era un *highlander* medieval comparado con eso? Encontraría su debilidad. Todas las montañas tenían un sendero para subir a la cima. Quizás aún no lo lograba, pero seguiría intentando hasta que él perdiera la calma y el control. Y entonces, huiría.

Pero de saber que lo iban a matar en el campamento inglés, deseaba poder lograr hacerle cambiar de parecer. Sin dudas, su muerte la liberaría. Pero no era un psicópata como Sebastian ni un hombre malévolo. Era un guerrero que hacía las cosas por lealtad hacia su país. De modo que no le deseaba la muerte. Solo deseaba que la liberara.

Siguieron avanzando en dirección al sur y se fueron alejando cada vez más del camino de regreso a casa. Cuando los rayos de sol anaranjados se asomaron por entre las ramas y las hojas de los árboles desde el oeste, se detuvieron. Podía oír el sonido del agua en algún punto cercano, y la superficie del suelo era más pedrosa que antes, por lo que había menos vegetación.

Colum la ayudó a desmontar del caballo y la amarró a un árbol. Rogarle que no lo hiciera no había ayudado en nada. Era hora de hacer algo físico. Debía golpearlo y dejarlo inconsciente, y buscaría la oportunidad de hacerlo.

El caballo pastaba tranquilo a tres metros de distancia. Mientras Colum se enfocaba en construir una fogata, Danielle lo observó. Divisó la condenada llave, que colgaba de un anillo que llevaba en el cinturón. En ese momento, le estaba dando la espalda, y los hombros anchos se le tensaban mientras trabajaba.

Ese fue su error. Se había relajado y había bajado la guardia frente a ella. Pensaba que era un muchacho débil de granja. Conteniendo el aliento, Danielle miró alrededor. Había muchas ramas viejas y secas y trozos de leña.

Necesitaba una rama grande y pesada para golpearlo. Se sentía mal de tener que golpearlo en la cabeza atractiva, tenía el cabello negro y se le formaban rizos suaves que le caían hasta los

hombros. Pero debería haberla dejado marchar.

Despacio, sin hacer ni el más mínimo ruido y sin despegar los ojos de Colum, estiró las dos manos y tomó una rama. La sintió dura y áspera contra la piel.

La longitud de la sogá que la amarraba al árbol le alcanzaría para golpearlo. De pronto, el mundo se quedó petrificado. Los árboles dejaron de moverse. Se le tensó el estómago y sintió el recelo de un animal atrapado antes de una erupción volcánica. Despacio, se incorporó y, con cuidado de que las hojas secas no la delataran mientras se movía, se ciñó sobre él. Llevó la rama hacia atrás y lo golpeó con fuerza.

Sonó como un rodillo de amasar contra un cuenco dado vuelta. El impacto fue duro y la hizo estremecer. Colum se tambaleó, pero no se cayó.

¡Diablos! ¡Tenía que dejarlo inconsciente!

No podía perder ni un instante. Se encontraba desorientado.

Danielle se lanzó sobre él y le apretó la cadena de los grilletes contra el cuello para ahorcarlo. No lo mataría. Solo lo ahorcaría hasta que cayera inconsciente. Colum soltó un rugido y jaló de la cadena.

Cielos, era más fuerte de lo que había estimado. Danielle apretó más y jaló de la cadena con más fuerza. Colum se estaba ahorcando, y los terribles sonidos que emitía por poco la hicieron detenerse... Por poco.

Pero él era su captor, y no cedería ante el síndrome de Estocolmo. Además, era más fuerte que ella. Quizás tenía el doble o hasta el triple de masa muscular.

De pronto, logró arrancarse la cadena de la garganta. Danielle intentó volver a ahorcarlo, pero Colum le colocó las manos por encima de la cabeza para bloquear la cadena y se volteó con la rapidez de un león. Con los dientes al descubierto y los ojos rojos que disparaban chispas de furia, se lanzó sobre ella y la arrojó al suelo.

Le sujetó las manos por encima de la cabeza y las sostuvo contra el suelo con una mano mientras se ceñía contra ella como una montaña rabiosa. Tenía el rostro rojo, y la cadena le había dejado unas marcas que comenzaban a oscurecerse en el cuello.

—¡Maldito bastardo, casi me ahorcas! —le rugió en el rostro.

Danielle se retorció y comenzó a moverse y corcovearse bajo el peso de su cuerpo. Pateó las piernas e intentó volverse. La túnica no dejaba de subirse cada vez más, pero no le importó. Lo único que le importaba era alejarse de allí. Regresar a casa. Regresar a su vida, defender su postura y mantener su trabajo.

Tenía calor y algo se le frotaba contra el pecho y le producía placer. La lucha, la pelea y los frotos contra él, así como también la furia que sentía hacia él y la desesperación por largarse de allí se mezclaron en un coctel apasionante. De pronto, no se sintió tan enfadada, sino que experimentó sensaciones de molestia, calor y dolor.

Algo iba mal. En la semioscuridad del atardecer, Colum había dejado de gritarle y ya no se apretaba contra ella. En cambio, se ceñía amenazante sobre ella y tenía la mirada clavada en su pecho.

Entonces se dio cuenta de que la túnica se le había subido hasta el cuello. De tanto retorcerse y moverse, las tiras de la camiseta sin mangas se le habían bajado.

Y Colum tenía la vista clavada en sus senos al descubierto.

CAPÍTULO 8



EL MUCHACHO TENÍA SENOS...

Unos senos pequeños, preciosos y redondeados con pezones de un tono rosado pálido que sobresalían como dos capullos perfectos.

Pero por lo general los muchachos no tenían senos preciosos. Colum al menos jamás había oído eso. Ni tampoco tenían cinturas delgadas bajo una extraña prenda negra que se ceñía contra unas caderas femeninas. No eran el tipo de caderas anchas perfectas para la maternidad, pero sin dudas eran unas preciosas caderas femeninas.

Alzó la mirada al rostro de Daniel. El muchacho, o, mejor dicho, la muchacha estaba completamente quieta. Tenía los labios redondeados y rojos y los destellantes ojos celestes oscuros clavados en él. Entonces reparó en las mejillas sonrosadas y en los largos mechones de cabello rubio que se le habían salido de la cofia y se le pegaban contra el rostro. Era la mirada que esperaba ver en alguien que lo deseaba... que sentía excitación y anhelo por él.

Notó el cuerpo largo, cálido y agradable bajo su peso. De repente, no quiso luchar más con ella porque a su propio cuerpo le gustaba sentirla en esa posición.

Sin dejar de sujetarle las muñecas, tomó la cofia y se la bajó. Al acariciarle el cabello largo y rubio, lo sintió sedoso y espeso. No era inusual que los hombres llevaran el cabello largo, pero ella no tenía ni un solo pelo en el mentón. Y ahora que le veía el rostro, en combinación con el cuerpo y la voz, que era demasiado aguda para un hombre y algo grave para una mujer, no le quedaron dudas de que no era un muchacho y tampoco se llamaba Daniel. No. Era una mujer. Una condenada mujer y una espía inglesa. Y lo había engañado. ¡Pequeña embustera!

Le bajó la túnica para cubrirle el cuerpo desnudo y se incorporó sin apartarle los ojos de encima.

—¡Eres una muchacha!

Mientras señalaba eso, ella se incorporó con detenimiento y lo fulminó con la mirada. El destello de deseo se le había desvanecido de los ojos, y en ellos volvió a refulgir la misma amenaza que reflejaron cuando la encerró en la celda.

—Tus habilidades de observación son de lo más extraordinarias —sostuvo. Se desató el lazo que le sujetaba el cabello en una cola de caballo y este le cayó sobre el rostro en rizos dorados que le enmarcaron los pómulos altos y le suavizaron los rasgos agudos.

—Me has mentido —le dijo.

Ahora que la veía de ese modo, apenas se podía imaginar cómo pudo asumir que esa criatura de cuerpo largo y esbelto, con la gracia de un gato salvaje, podía ser un hombre. Lo que lo había confundido había sido el atuendo que llevaba puesto: la túnica, la cofia y los pantalones anchos. Y el hecho de que la había encontrado espionando al rey en el medio de un campamento de guerra.

En esas circunstancias, había asumido...

—No te mentí —le dijo mientras se ponía de pie—. Tú has asumido que era un chico, y yo no te corregí.

Colum se pasó los dedos por el cabello. Le dolía la cabeza en el sitio en que lo había golpeado. Por los clavos de Cristo, era fuerte. Le dolía el cuello y le resultaba difícil hablar. Casi lo había estrangulado.

—¿Por qué? —le preguntó—. Eres una muchacha... una muchacha hermosa... —soltó y se calló la boca de repente.

La mirada antagonista de antes desapareció cuando se le ruborizaron las mejillas y se le abrió la boca de la sorpresa. Por un momento, se vio abierta y casi tímida. El gato feroz que podía estrangular a un guerrero experimentado se evaporó y, desde lo más profundo de ella, emergió alguien vulnerable. Abrió la boca para decir algo, pero luego cambió de parecer. Alzó el mentón, cerró la boca y enderezó los hombros. El rubor se esfumó y volvió a convertirse en su enemiga.

Preciosa o no, era una espía que servía a la corona inglesa. Y si era capaz de engañarlo para que pensara que era un muchacho, ¿qué más estaría escondiendo? Además, casi lo había matado, por todos los cielos.

—Enviar a una muchacha de espía es un movimiento muy inteligente —señaló—. Nunca había oído algo similar. Las mujeres por lo general cocinan y limpian en los campamentos. A veces, son curanderas. Pero jamás espías.

Además, las mujeres no solían luchar como lo hacía ella, ni tenían esa fuerza física. Y no se vestían como hombres.

Esa mujer le recordaba mucho a la esposa de Owen Cambel, Amber, que era una guerrera y estratega militar del califato y había ayudado a Roberto a ganar la batalla de Brander hacía seis años.

—De modo que no te llamas Daniel —añadió—. Esa sí fue una mentira que dijiste. ¿Quién eres entonces?

—Me llamo Danielle. Danielle Field.

Danielle... ¿Era necesario que también tuviera un nombre precioso?

—Y no soy una espía del rey inglés —añadió.

Colum soltó un bufido.

—Me cuesta creerlo. Dime la verdad, *Danielle*. Admítelo.

El rostro de la muchacha reflejó una batalla de emociones en conflicto que anheló conocer. Se mordió el labio y guardó silencio durante unos instantes. El pecho se le infló y desinfló rápido. Luego vio la decisión que tomó al tiempo que se le relajaba el rostro.

—Está bien —dijo—. ¿Quieres saber la verdad? Te diré la verdad. Tienes razón. Soy una espía, pero no para el rey inglés. —Inhaló profundo y añadió—: Vengo del futuro.

¿Del... qué? Negó con la cabeza. ¿La habría oído bien?

—¿Cómo has dicho?

—¡Ya sé que suena disparatado! Pero nací en 1990. En el 2022 conocí a una mujer... en Bannockburn. Me dijo algo acerca de viajar en el tiempo a través de una piedra... y de un hombre que estaba destinado para mí...

—¿Quién?

Un rubor intenso le cubrió las mejillas.

—Tú.

Colum parpadeó.

—¿Yo?

Soltó el aire por la boca frustrada.

—Ya lo sé. Esa Sìneag debía haber estado loca o algo.

Colum soltó un bufido.

—Sí. Jamás sería el hombre indicado para una inglesa que miente, engaña y espía.

Danielle puso los ojos en blanco.

—Pero ¿qué dices? Me has tomado de rehén y aún me retienes cautiva y me arrastras a través del país en contra de mi voluntad. ¿Acaso crees que me enamoraría de alguien como tú? Además, eres un hombre medieval.

—¿Eso es un sinónimo de «salvaje»? Ustedes los *sassenach* nunca se pierden la oportunidad de describir a un *highlander* así.

Danielle negó con la cabeza confundida.

—No, no me refería a eso... Como sea. Lo que ocurrió fue que coloqué la palma contra la huella que había sobre la piedra y viajé en el tiempo.

Al oírla, la miró fijo como si estuviera aguardando que dijera algo más o le diera alguna señal de que estaba bromeando. Pero la muchacha se limitó a sostenerle la mirada con esos grandes ojos celestes. ¿Quién se creía que era? ¿Un niño crédulo?

De todas las cosas que le podría haber dicho, de todas las cosas sobre las que podría haber mentido, ¿había escogido la mentira de los viajes en el tiempo?

Colum soltó una carcajada y rompió a reír. Se rio durante un buen rato, permitiendo que la alegría y la ridiculez de la situación lo embargaran. La risa casi le resultó un alivio físico. No sabía cuándo había sido la última vez que se había reído de esa manera. Sin dudas, había sido antes de Methven. Antes de traicionar a su clan.

Se secó las lágrimas de los ojos y soltó un suspiro mientras soltaba las últimas carcajadas y se calmaba.

Danielle hizo un gesto negativo con la cabeza y parecía disgustada.

—Sabía que no me creerías.

—Sabía que una espía iba a tener una explicación, pero jamás me imaginé que oiría una historia como esa.

—Si de verdad fuera una espía de Eduardo II, ¿no crees que se me hubiera ocurrido una coartada mejor? —Se señaló los zapatos. Tenían unas punteras redondeadas y duras y unas suelas gruesas de un material extraño. Además, estaban atados con lazos, como el vestido de una mujer. El material de los pantalones que llevaba puestos también era extraño. Lo había notado hacía un tiempo. Eran de color azul y se les pegaban a las piernas.

Ahora que había dejado de reírse, contempló los zapatos y los pantalones. Debía admitir que se veían diferentes. Luego recordó a otra persona que todos consideraban diferente: Jenny, la esposa de Aulay, que tenía un vestido de un tono increíblemente intenso y un acento que jamás había oído, por no mencionar las ideas extrañas acerca de la medicina. La mujer hasta había cuestionado a Bhatair, el curandero del clan.

No, tenía que haber otra explicación. Tenía que estar pasando algo más.

—No soy tonto —le dijo—. Tus zapatos se ven diferentes, pero quizás los ha hecho un zapatero experimentado de Inglaterra.

Con la mirada, le recorrió las piernas largas y esculpidas cubiertas por los pantalones azules. ¿Cómo se llamaba esa tela? No se parecía a nada que hubiera visto antes. Pero eso no demostraba que era el futuro.

—Dime quién eres en realidad.

En respuesta, se encogió de hombros.

—Lo que te diga de ahora en más será mentira porque no crees la verdad.

CAPÍTULO 9



MÁS TARDE ESA MISMA NOCHE, Danielle sopló la trucha que echaba vapor y yacía sobre un trozo de tronco que sostenía en las manos. Los grilletes le producían dolor en las manos, y le dirigió una mirada llena de enfado a Colum, que la había dejado amarrada a un árbol para ir a pescar a un pequeño río que había cerca. El pescado era una agradable alternativa a los *bannocks* secos, pero daría lo que fuera por una ensalada fresca. Entre las piedras y gravilla, vio diente de león, milenrama y ajo silvestre. ¿Sería que Colum le permitiría recoger esos ingredientes?

Al ver plantas que reconocía, le dio un vuelco el corazón porque recordó su antigua vida, una vida que comenzaba a sentirse como un sueño. Pensaba en su padre todos los días. Y en su madre y en Jamie. Todos debían de estar buscándola y muertos de preocupación... otra vez.

Ese pensamiento le produjo un escalofrío. Lo de Sebastian no le había ocurrido solo a ella, sino también a toda su familia. Durante un mes, habían estado buscándola sin dormir y sin comer, solo organizaban búsquedas, recorrían el barrio y les preguntaban a todos si alguien había visto a su hija.

Y ahora la habían vuelto a perder. Danielle estaba preocupada por el corazón débil de su padre. Y por el síndrome de estrés postraumático de su madre. Y Jamie, que debía de pensar que era la responsable por haber perdido a su hermana.

Debía escapar y regresar con ellos de inmediato. Y su trabajo. La audiencia se aproximaba y si perdía el empleo... Una cosa era el dinero, pero si ni siquiera aparecía para la audiencia, de seguro nadie la contrataría. Estar varada en ese siglo tan solo un instante más podría costarle lo que le quedaba de carrera.

Tomó un trozo de pescado con los dedos, se lo acercó a la boca y masticó.

—Necesita aderezos —señaló.

Colum estaba sentado frente a la fogata y comía el pescado con los hombros relajados. Danielle suponía que debía de mostrarse agradecida de que, a pesar de su odio absoluto hacia ella, aún actuara de manera honorable y la alimentara. Además, se percató de que le dio la parte más jugosa del pescado y se quedó con la cola espinada para él.

No alzó la mirada tras oírla, sino que se limitó a comer con movimientos formales.

—Te suplico que disculpes al salvaje por la cena insípida —le dijo con la boca llena—. La sal y el azafrán no crecen en los árboles aquí en Escocia.

—Quise decir que hay ajo silvestre allí. —Señaló los tallos verdes con flores blancas—. Es una planta comestible. Si la cortas, la limpias en el río y la rebanas, irá muy bien con el pescado. Y podemos comer las hojas del diente de león como ensalada.

Alzó la mirada hacia el sitio que había señalado y luego la clavó en ella.

—Buen intento, muchacha. Prefiero que comas pescado insípido a permitir que me vuelvas a

engañar. No sé si has notado que no me creo ni una sola palabra de lo que dices.

—Por supuesto. Qué escocés más terco. ¿Por qué ibas a escuchar a la razón?

—Qué *sassenach* más mentirosa y embustera. No me volverás a engañar. ¿Y si me quieres envenenar?

—No son plantas venenosas. He pasado mucho tiempo acampando y recolectando comida. Sé qué plantas son comestibles y cuáles no.

Colum soltó un bufido.

—Ese es mi punto exacto.

Danielle había aprendido a recolectar comida y algunas habilidades básicas de supervivencia luego de que la rescataran del sótano. Acampar y pasar tiempo en el exterior la había ayudado a sobrellevar el temor de encontrarse atrapada y encerrada. Su padre la había llevado al Distrito de los Lagos luego de que se despertara por las pesadillas en las que se encontraba cautiva en esa pequeña habitación de cemento con la puerta de hierro. Con su padre, se habían parado sobre la cima de una gran colina para observar el paisaje de montañas y bosques y reparar en el cielo azul y el aire. Esa había sido la primera vez en varios meses que se había sentido libre.

Desde ese día, había ido a acampar con su padre a menudo. Incluso luego de mudarse a su propio apartamento, había seguido yendo a acampar, a veces con él y a veces por su cuenta. Junto a su padre, había tomado cursos de supervivencia que incluían la recolección de plantas y hongos comestibles. Sabía lo importante que era identificar correctamente cada especie y jamás comer nada de lo que no estuviera segura.

—Bueno, en ese caso, desata la soga y déjame ir a recolectarla. Me puedes ver comerla primero. Es solo ajo silvestre. De hecho, hace muy bien e irá excelente con la trucha.

Colum negó con la cabeza y la miró con intensidad.

—No, come el pescado, muchacha.

Danielle soltó un suspiro y se limitó a comer. Lo cierto era que la trucha estaba exquisita, aunque con una pizca de sal, limón y ajo hubiera estado increíble.

Cuando terminaron de cenar, se sintió mejor. Era bueno tener algo cálido en el estómago, y mientras observaba a Colum arrojar los huesos del pescado en el fuego y frotarse las manos para deshacerse de los últimos trozos de comida, le dijo:

—Gracias, Colum.

Eso lo hizo quedarse duro como una piedra y observarla con el ceño fruncido.

—¿Gracias por qué?

—Por la comida.

Durante unos instantes, no dijo nada, pero luego arrojó el trozo de corteza plana que había utilizado como plato sobre las llamas.

—No hace falta que me agradezcas. Uno siempre cuida y alimenta a los prisioneros. No le quito a nadie su humanidad ni su honor. Sé lo que es eso.

Al oírlo decir eso, algo se le ciñó en el interior. ¿Qué le habría pasado? ¿Acaso esa delgada cicatriz que llevaba en la mejilla sería el resultado de una batalla o habría algo más de lo que le había dicho?

A esa altura, estaba segura de que no era un sádico. Además, jamás había hecho nada para humillarla o lastimarla de ninguna manera. De hecho, a pesar de que la consideraba su enemiga, la trataba con respeto.

«No, detente», se dijo. Eso debía de ser el síndrome de Estocolmo hablando. No debería sentir empatía por su captor; debía tener mucho cuidado.

«¿Recuerdas lo que pasó la última vez?».

Al final del mes que había pasado encerrada con Sebastian, cuando la policía había ido a rescatarla, les había suplicado que no le hicieran daño. Sebastian se las había ingeniado para convencerla de que todo lo que le había hecho se debía a lo mucho que la apreciaba. Era la niña más hermosa que había visto en su vida. Se sentía demasiado solo, y su madre lo había criado con una disciplina muy estricta y jamás le había permitido tener nada de lo que quería porque había sido un niño malo que no sabía cómo comportarse.

No podía permitir que le volviera a ocurrir lo mismo.

—Entonces, si no me quieres quitar mi humanidad y mis derechos... ¿me puedo dar un baño? —Miró hacia el río.

—¿Un baño? —Le siguió la mirada y entrecerró los ojos en señal de sospecha.

—Sí, me has tenido cautiva durante tres días. Mi cabello apesta a estiércol de oveja. Y yo, a sudor.

Podría intentar alejarse nadando, permitir que la corriente del río la arrastrara o atravesar el río y salir corriendo. Recordó el modo en que le había observado los senos la primera vez que los vio. Se había sentido deseada. A lo mejor, a Colum le agradaban los senos pequeños. Y si la volvía a ver desnuda, se distraería y tendría una oportunidad de escapar. Quizás recordarle que era una mujer podría ayudarla. Quizás hasta se avergonzara lo suficiente como para mirar hacia otro lado...

Danielle puso los ojos en blanco por dentro antes de pronunciar las siguientes palabras:

—Mis partes femeninas necesitan algo de higiene básica.

Por unos instantes, no dijo nada, pero se le tensó el mentón bajo la barba corta.

—Tus partes femeninas —repitió con los dientes apretados. Luego asintió con la cabeza—. Bueno, si tus partes femeninas necesitan un baño, ¿quién soy yo para negárselo?

Avanzó hacia ella determinado y le desató la soga que la amarraba al árbol.

—Pero si crees que me vas a engañar, te equivocas. No te dejaré salir de mi vista.

Mientras caminaba con él hacia el río, se preguntó si eso era algo bueno o malo. Y ¿por qué las partes femeninas tan mencionadas se sentían cálidas, ardían y se le tensaban al pensar en eso?

Llegaron a la orilla de piedra donde crecían juncos y césped. Danielle estiró los brazos hacia él.

—Necesito que me quites los grilletes.

Pero Colum soltó un bufido y le ofreció una sonrisa torcida.

—Claro —repuso, pero no movió ni un solo músculo, sino que se limitó a quedarse de pie sosteniendo la cuerda.

—¿Y bien? No me puedo quitar las prendas con los grilletes.

Colum se encogió de hombros.

—Báñate con las prendas puestas.

Danielle tragó saliva y clavó la mirada en los ojos oscuros del *highlander*.

—Por favor, Colum. Has dicho que no le quitarías la humanidad o el honor a una prisionera.

—Sí. Te estoy permitiendo meterte en el río, ¿no?

—Al menos quitámelos un momento, hasta que me pueda quitar la bendita túnica. Me los puedes volver a poner antes de que me meta en el agua.

Eso le daría la oportunidad de golpearlo en los testículos y huir a toda prisa.

El guerrero la estudió durante un momento, luego asintió con la cabeza y dirigió la mano a la llave que tenía en el cinturón.

—De acuerdo.

Mientras el tiempo se estiraba hacia una eternidad, observó cómo extraía el llavero e

insertaba la llave en el cerrojo de un grillete. Un sonido apenas audible indicó que se abrió, y el grillete que le aprisionaba la muñeca cayó. El corazón se le aceleró en los oídos mientras lo observaba introducir la llave en el segundo grillete. Se le tensó el cuerpo entero mientras se preparaba para moverse en cuanto se encontrara libre. En el momento en que la llave giró y produjo el sonido que precedía a la caída del grillete, dejó de respirar. Luego salió disparada. Apretó los pies contra el suelo y echó a correr a toda prisa.

Sin embargo, no llegó demasiado lejos. Unos brazos fuertes la sujetaron por la cintura en un abrazo de acero y la levantaron en el aire. Pateó con las piernas y le clavó las uñas. Colum la estrechó contra su cuerpo con fuerza, y sintió como si estuviera aplastada contra una maldita pared de piedra.

—Te he dicho que no te permitiría escapar, muchacha —le gruñó al oído al tiempo que le pasaba la cuerda por la cintura y se la amarraba. Danielle intentó clavarle las uñas y alejarse de sus brazos, pero él terminó de amarrar el nudo y la soltó.

Acto seguido, sujetó el otro extremo de la cuerda al cinturón y se puso de pie con los brazos cruzados para observarla.

—Si vuelves a traicionar mi confianza, esta será la última cosa buena que haga por ti. Ve a lavarte las partes femeninas.

Danielle estaba furiosa consigo misma. Si tan solo hubiera aguardado un instante más, quizás habría encontrado otra manera de huir. Quizás por el río.

—De acuerdo —dijo con los dientes apretados.

Sin quitarle la mirada de encima, se levantó la túnica. Le costó bastante jalarla de la cuerda que estaba muy apretada, pero se la alzó y se la quitó por la cabeza. El aire fresco le enfrió los hombros desnudos. Colum le recorrió el cuerpo con la mirada y frunció el ceño al reparar en la camiseta sin mangas.

Que fuera sí, que mirara el bastardo. Al parecer, no le iba a quitar los ojos de encima, y ella a él tampoco. Que la condenaran si sentía vergüenza de desnudarse delante de él.

Sin apartarle los ojos del rostro, se abrió el botón de los vaqueros y se los bajó por las piernas. No se había depilado desde antes de viajar a Stirling. Bueno, mejor. Si se sentía ofendido por un poco de vello, lo tenía merecido. Se desató los cordones de los tenis y se los quitó. Luego se deshizo de los calcetines y se terminó de quitar los vaqueros. Apoyó los pies sobre la tierra firme y sintió los pinchazos de las pequeñas piedras y el césped. Se encontraba de pie delante de él únicamente con las bragas y la camiseta puestas.

Y ya no se sentía tan enfadada o engreída como antes. La expresión de Colum también había cambiado. La mirada fría y enfadada había dado paso a una oscura y peligrosa. No le apartó los ojos del rostro. Y no la ayudaba que llevara las mangas arremangadas hasta los codos, y que los gigantescos antebrazos musculosos se tensaran mientras los llevaba cruzados a la altura del pecho. Con los hombros anchos, los bíceps enormes, la cintura angosta y las piernas largas, esbeltas y más perfectas que había visto plantadas con firmeza sobre el suelo, era puro esplendor masculino.

Ahora no podía echarse atrás. Tendría que desnudarse delante de él. Y el pensamiento la dejó sin aliento.

Sujetó los bordes de la camiseta debajo de la cuerda y se la quitó por la cabeza. Colum tragó con dificultad, pero no bajó la mirada más allá del mentón. A Danielle se le puso la piel de gallina al sentir una suave brisa que le endureció los pezones. Además, se le ruborizaron las mejillas. De ser por ella, entraría en el río así, pero no tenía otras bragas y la idea de dormir con bragas húmedas sonaba horrible. De modo que se las bajó por las piernas y se las quitó. Deseaba

ser una de esas mujeres seguras de sí mismas a las que les encantaba su cuerpo y sabían el efecto que tenían sobre los hombres. Pero no lo era.

Desde que conoció a Sebastian, fue como si hubiera perdido la habilidad de conectar con su propio cuerpo, de confiar en él y disfrutarlo. Al parecer, junto con las emociones oscuras y temerosas que había encerrado en lo más profundo de la psiquis, había guardado la habilidad de experimentar muchas cosas placenteras. Como el placer del sexo. Y los orgasmos.

Sin embargo, al encontrarse de pie frente a ese hombre hermoso, sintió todo tipo de cosas, como un calor en el rostro, un fuerte latir del corazón acelerado y un extraño ardor entre las piernas.

—Ve, muchacha —le dijo con los ojos clavados en su rostro, pero la voz le salió baja y ronca.

Danielle se dio media vuelta y, con cuidado de no perder el equilibrio sobre la superficie desapareja de piedras, se adentró en el río. El agua fría la dejó sin aliento, pero a pesar del frío, avanzó sobre piedras embarradas. Con la mirada del *highlander* clavada en la espalda, sintió calor en donde la miraba. Por fin, cuando el agua le cubrió hasta los hombros, se sintió liviana y disfrutó la sensación de que el agua le brindaba soporte mientras se volvía hacia Colum. El guerrero se encontraba de pie en la orilla del río, unido a ella por la soga que le había sujetado alrededor de la cintura, y no le quitaba los ojos oscuros de encima.

Mientras comenzó a bañarse con el agua del río, él observó cada uno de sus movimientos. Pero no supo si era porque la deseara físicamente o porque no quisiera arriesgarse a dejarla escapar.

CAPÍTULO 10



AL DÍA SIGUIENTE...

—GUARDA SILENCIO —INSTRUYÓ COLUM Y SINTIÓ CÓMO DANIELLE SE TENSABA CONTRA SU pecho.

Jaló de las riendas de Gaisgeach, y el semental se detuvo y asintió con la cabeza. El borde del bosque se abría a una granja con campos de avena que se ceñían con el viento. Se encontraban bajo la cubierta de los árboles y arbustos, y a primera vista, con los bosques frondosos a sus espaldas, no deberían estar expuestos ante nadie.

Al final del campo había una pequeña parcela con una casa sin ventanas, con paredes altas de piedra y techo de paja. También había un establo y un cobertizo. Un hombre mayor y un joven adolescente limpiaban el establo con los rastrillos. Una vaca mascaba heno de una pila. Del agujero del techo de la casa principal, salía humo.

A unos doscientos metros de Colum y Danielle, tres jinetes con casacas rojas y tres leones dorados sobre armaduras de cuero galopaban hacia la granja desde el oeste.

—¿Qué sucede? —preguntó Danielle.

Los jinetes se detuvieron delante de la granja en la sencilla cerca de madera que rodeaba la casa y las edificaciones adyacentes.

—Tus amigos han venido de visita —le respondió.

Los jinetes se desmontaron y amarraron los animales a la cerca. El granjero y su hijo dejaron de trabajar y enderezaron la espalda al tiempo que los observaban. Una mujer apareció en el umbral de la casa con una niña de unos cinco años sujetándole la falda a un lado. Los ingleses desenvainaron las espadas y marcharon con confianza hacia el granjero y su hijo, que se apresuraron a dar varios pasos hacia atrás.

—Por los clavos de Cristo —escupió Colum apretando los dientes antes de desmontar—. Debes quedarte aquí. Agáchate.

Con los grilletes aún puestos, Danielle clavó la mirada preocupada en la granja.

—¿Acaso...?

—Es un saqueo. Tus condenados compatriotas están saqueando la granja. Anda, desmonta. Te voy a amarrar a un árbol.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—Voy a ayudar al granjero, y tú te quedarás aquí hasta que regrese.

Danielle tragó con dificultad.

—Déjame ayudar.

Colum soltó un bufido.

—¿Ayudar? ¿Acaso me tomas por tonto? Te vas a unir a tus amigos, ¿no? Date prisa o te bajaré a rastras del caballo. Estás haciéndole perder tiempo valioso al granjero.

Se veía pálida, y tenía los ojos abiertos de par en par y clavados en la granja mientras desmontaba. La arrastró hasta un árbol y le amarró los grilletes al tronco antes de pasarle la cuerda alrededor de la cintura y del árbol. Eso debería mantenerla en el sitio durante un buen tiempo.

Danielle abrió la boca para decir algo, pero Colum no tenía tiempo de escucharlo. Uno de los ingleses acababa de alzar la espada y apuntarla a la garganta del granjero. El *highlander* se montó sobre el caballo, y vio con un horror que le produjo náuseas cómo otro de los ingleses apuntaba la espada hacia el cuello de la vaca antes de atravesarlo. Mientras el animal caía en una montaña inerte, el grito de la mujer perforó el aire. Acababan de matar a la única vaca que tenía la familia. Una vaca era un tesoro único, y matarla era quitarles una gran fuente de comida, así como también el modo de ganarse la vida.

—¡Arre! —exclamó Colum mientras espoleaba a Gaisgeach—. ¡Vamos, muchacho!

Gaisgeach salió volando por el campo mientras Colum observaba al tercer hombre que desaparecía dentro de la casa y regresaba con una rama en llamas. ¡No! Estaba a punto de quemar la granja.

Mientras tensaba los muslos y sentía el cuerpo poderoso del animal que se movía bajo su peso, observó al granjero discutir con los ingleses. El hombre que sostenía la rama la movió en el aire a modo de amenaza. La mujer lo empujó, y en respuesta el *sassenach* le asestó un golpe tan fuerte en el rostro, que se cayó.

La furia rugía en las venas de Colum. Estaba lo suficientemente cerca como para que los ingleses y los granjeros oyeran los cascotes de Gaisgeach. Todos volvieron las cabezas al tiempo que desenvainaba la *claymore* y el animal saltaba la cerca. Con un único movimiento, decapitó al enemigo que se encontraba más cerca. Una fuente de sangre le salpicó el cuerpo mientras la cabeza salía rodando por el jardín como un repollo maduro.

Tenía la ventaja de estar a lomos del caballo y de haber sorprendido a los bastardos. El inglés que había matado a la vaca seguía de pie al lado del cuerpo del animal y le apuntaba el arma al muchacho, que sostenía el rastrillo y observaba a Colum con la boca abierta. Pero el tercer inglés, el que sostenía la antorcha, era el más peligroso. Si encendía el techo de paja, destruiría el hogar de esa familia.

El hombre se encontraba de pie en el umbral de la casa, y Colum espoleó a Gaisgeach hacia él. Los ojos del enemigo se agrandaron, y luego unió el entrecejo y le mostró los dientes. Avanzó hasta Colum con la antorcha improvisada en una mano y la espada en la otra. Blandía la antorcha como si fuera un arma mientras andaba.

Demasiado tarde, Colum se dio cuenta de lo que pretendía lograr el bastardo. Quería asustar a Gaisgeach con el fuego o incluso lastimarlo. Y estaba funcionando. A unos pasos de distancia del hombre, el animal se detuvo de manera abrupta y rechinó antes de corcovearse y comenzar a retroceder. Colum intentó mantener el equilibrio sobre el caballo para no caerse. El hombre volvió a blandir la antorcha hacia el caballo, que se volvió a corcovear y retroceder. Colum perdió el control de las riendas y salió volando por el aire. Al caer sobre el suelo con un golpe seco, se quedó sin aire en los pulmones. Sintió un dolor profundo y oyó el ruido como si un hueso que se le hubiera quebrado en el brazo. Los cascotes del caballo tronaron en la distancia.

Una sombra se ciñó sobre él, y apenas tuvo tiempo de levantar la espada para bloquear el ataque. Sintió el calor en la mejilla al patear un extremo de la antorcha. En breve, la hoja de la

espada le apuntó a la cabeza.

—¡Has matado a Rodric, maldito escocés! —gritó el guerrero inglés mientras Colum rodaba para escapar de la espada.

Se puso de pie a tiempo de dar un salto hacia atrás cuando el inglés volvió a blandir la espada en diagonal con el objetivo de asestarle en el vientre. Colum bloqueó el ataque y lo empujó hacia atrás. El inglés se tambaleó, y lo atacó blandiendo la espada hacia el cuello del enemigo, pero el *sassenach* logró bloquearlo.

De pronto oyó gritos y gruñidos que provenían del último sitio donde había visto al granjero y su hijo, y Colum vio a los dos valiéndose de los rastrillos para luchar contra el saqueador que había matado a la vaca.

Mientras luchaba contra el inglés, supo que algo iba mal con su brazo. Le dolía hacer cualquier movimiento. A pesar de que no creía habérselo roto, le resultaba muy difícil blandir la espada. Mientras la volvía a alzar, supo que era demasiado tarde. El dolor lo ralentizaba y lo debilitaba.

Y, en esta ocasión, la espada se dirigía a su corazón.

Por fortuna, no llegó a asestarle. Una figura se movió a toda prisa a espaldas del inglés, que soltó un gruñido y se detuvo en seco con una mueca de dolor en el rostro. Acto seguido, la esposa del granjero le extrajo un cuchillo del cuello y lo volvió a acuchillar. El enemigo cayó sobre su pecho y no se movió más.

La mujer debía de tener unos treinta y cinco años, tenía unos mechones grises, y era esbelta de los años de trabajar arduamente en la granja.

—Gracias —le dijo Colum entre jadeos.

—No —lo contradijo con los ojos abiertos de par en par—. Gracias a ti.

Colum buscó con la mirada al último inglés, que corría hacia la entrada mientras el granjero y su hijo lo perseguían. Se montó a uno de los caballos y huyó. Los otros dos caballos rechinaron y se alejaron mientras el hombre pasaba galopando por delante de ellos.

Bastardos ingleses. Gaisgeach se había largado, y Colum no lograría encontrar al semental sin una búsqueda exhaustiva.

El granjero y su hijo se dirigieron hacia él respirando entre jadeos y sin soltar los rastrillos.

—Gracias por ayudarnos —comenzó el granjero.

—Mataron a Thistle —señaló el muchacho mirando con dolor a la vaca muerta.

—Sí, lo siento, muchacho —le dijo Colum—. Pero no te mataron a ti. Y ahora tienen dos caballos.

—Pero tu caballo huyó —intervino la mujer—. Llévate uno.

Colum observó a los animales. Eran caballos altos, buenos e ingleses. A pesar de que no eran caballos de guerra, servirían para viajar largas distancias.

—¿Estás segura? —le preguntó—. Lo cierto es que debo llegar pronto a Berwick. Y voy con... —¿Cómo podía describir a Danielle? No podía decir que llevaba una prisionera—. Un compañero —concluyó.

El granjero negó con la cabeza.

—¿Por qué te diriges a Berwick?

—Para detener al ejército del que vinieron estos tres bastardos.

—Oh —dijo el granjero—. Está bien. Es hora de que se larguen de nuestro país. El ejército inglés se está volviendo impaciente y cruel. Ya nos habían saqueado hace una semana. Les dimos toda la comida y el dinero que teníamos. Ahora no podremos pagar la renta.

Colum oyó un martilleo alto en los oídos. Las manos se le cerraron y apretó los puños.

—Malditos bastardos —gruñó.

—Debes evitar los caminos —le recomendó la mujer—. Los ingleses están por todos lados de camino al sur. Y no deberías acercarte ni remotamente a Edimburgo.

—De acuerdo —contestó haciendo a un lado la ira. Al menos había podido ayudarlos ese día—. Gracias. Quiero seguir el antiguo camino romano, pero quizás sea mejor avanzar por el bosque.

—Sí —coincidió el granjero—. ¿Podemos pagarte de alguna forma por la bondad?

—Sí —añadió la mujer—. Debes haber perdido todo lo que llevabas con el caballo. ¿Qué necesitas?

Colum le sonrió y miró con pesar hacia el bosque. En algún sitio, se encontraba Gaisgeach con todas sus pertenencias: las provisiones, la bolsa de dormir y la medicina.

—Una manta me vendría bien si tienen una. Mi compañero pasa frío.

CAPÍTULO II



MIENTRAS COLUM GALOPABA hacia la granja, Danielle luchó por liberarse. Dudaba que se le presentara una oportunidad mejor para escapar.

Pero no podía desatar la cuerda y no tenía ninguna daga para cortarla. Buscó piedras afiladas que pudiera haber entre el césped y las raíces del árbol al que estaba atada. Sin embargo, en esa parte, el bosque no era demasiado denso. El suelo estaba cubierto por una capa gruesa de hojas secas y viejas. Los arbustos y el césped crecían a su alrededor, pero no había ninguna piedra.

Soltó un gruñido de frustración. Con cada día que pasaba allí, hacía que su familia experimentara más traumas, y sus padres eran más mayores ahora y tenían la salud más debilitada. Oh, y el trabajo... No había chances de que llegara a tiempo para la audiencia, aun si lograra liberarse en ese mismo instante, y al no acudir perdería la última oportunidad de mantener su puesto de trabajo.

Mientras seguía intentando liberarse, observó a Colum que se dirigía hacia los saqueadores a toda prisa. Vio que uno mataba a la vaca, y sollozó de tristeza. ¡No tendrían que haberlo hecho!

Pero luego Colum mató a uno. Y luchó contra el que sostenía la antorcha mientras el granjero y su hijo peleaban contra el tercer saqueador con los rastrillos. Danielle alentó por la familia que vivía en la granja y por Colum.

Se dio cuenta de que él tenía otro lado: uno amable, protector y desinteresado que hasta entonces no había visto. Danielle detestó a los saqueadores; lo que habían hecho estaba mal. Ahora por fin lograba entender por qué Colum odiaba tanto a los ingleses. Y ella era inglesa...

Cuando se cayó del caballo, Danielle gritó y sintió que la preocupación por él le perforaba el pecho como una lanza. No podía sentir temor por él. Debería sentir alegría si resultaba herido porque en ese caso el granjero podría liberarla. Así lograría correr de regreso a Bannockburn para poder volver a casa. Colum era su captor. No, no debería sentir nada por él. No debería ceder al síndrome de Estocolmo.

Aunque, cuando todo acabó, Danielle suspiró aliviada a pesar de su mejor juicio. Había visto a Gaisgeach alejarse galopando. ¿Cómo se lo tomaría Colum? Amaba al caballo y lo cuidaba bien. Todas las noches, antes de irse a dormir, le cepillaba el cuello y le hablaba.

Suponía que era bueno que no tuvieran caballo porque eso los haría avanzar a paso más lento y le brindaría más oportunidades de escapar.

Sin embargo, cuando llegó a lomos de otro caballo más alto, esa esperanza se evaporó. Colum desmontó, y Danielle supo que le pasaba algo en el hombro. Además, se sostenía el brazo y no lo movía. El estómago se le ciño, y se le secó la boca. Apretó las manos.

—¿Estás herido? —le preguntó.

El *highlander* no le respondió, pero desató la cuerda del árbol y se la sujetó a la cintura.

—Súbete al caballo —le instruyó—. Debo darme prisa y ver si encuentro a Gaisgeach.

Danielle avanzó hasta el caballo y le arrojó una mirada por encima del hombro.

—Pero no te encuentras bien...

—Cielos, muchacha, no me digas que no te alegras de que no me hayan matado. ¿Estás buscando la oportunidad para liquidarme?

Danielle soltó el aliento y negó con la cabeza.

—Súbete al caballo, muchacha, o te subiré yo.

Tras oírlo, soltó un suspiro y le hizo caso. Colocó el pie sobre el estribo y pasó una pierna por encima del lomo del caballo para acomodarse sobre la silla. Colum se montó a sus espaldas, soltó un chasquido, y el caballo comenzó a trotar a través de los árboles.

Ahora, algo tronaba en el pecho de Danielle. Estaba harta de que él actuara de forma tan defensiva y desconfiada. Ella misma había visto lo horribles que podían ser los ingleses con los escoceses. Y también había visto lo protector, fuerte y amable que podía ser él.

—¿Por qué no te puedes imaginar que algunos ingleses no están del lado de la violencia? —le preguntó—. ¿O que a pesar de que soy inglesa quizás no sea tu enemiga?

—La vida me enseñó todo lo que sé —le respondió, y sintió el aliento cálido que le rozaba la oreja.

Las palabras le hicieron eco en el alma. A ella misma la vida le había enseñado a desconfiar de todos. A alejar a todas las personas antes de que pudieran lastimarla como la había lastimado Sebastian.

—¿Estás herido? —le volvió a preguntar.

—No, solo me sostengo el brazo por diversión.

Danielle no le prestó atención al sarcasmo.

—¿Qué pasó?

—Luché. Me golpeé el hombro. Estaré bien por la mañana.

—Lo que has hecho por ellos ha sido noble. De no ser por ti...

—No necesito ninguna muestra de aprecio de ti, muchacha. No puedo confiar en nada de lo que sale de tu boca. Quizás intentas caerme bien para engañarme con tus repentinas palabras dulces.

Tras oír eso, no dijo más nada. Buscaron a Gaisgeach durante un tiempo más, pero no lo encontraron. Danielle sentía la frustración y el enfado que irradiaban de Colum como el calor. Sintió pena por él. Gaisgeach debía de significar mucho para él. Por fin, para cuando cayó el atardecer, detuvo el caballo al lado de un arroyo y lo amarró lo bastante cerca como para que bebiera.

Tras desmontar, la volvió a atar contra un árbol. Danielle se sentó en el suelo y lo observó extraer dos bolsas de dormir de la silla y colocar una bolsa llena de algo sobre el suelo. Seguía haciendo muecas de dolor cada vez que utilizaba el brazo izquierdo.

—Oh, vamos —le dijo—. Déjame ver. Tengo el conocimiento básico en primeros auxilios. Puede que necesites una férula o algo.

La observó mientras se arrodillaba delante de la bolsa.

—¿Crees que confiaré en ti y te dejaré acercarte a mí, muchacha?

Revolvió la bolsa y extrajo un *bannock*, luego se puso de pie, avanzó hasta ella y se acuclilló frente a ella. Cuando le entregó el *bannock*, lo tomó con las dos manos.

Le buscó la mirada y la observó con ojos oscuros y destellantes.

—Gracias —le dijo antes de relamerse los labios secos. La cercanía de él le daba el mismo calor que un horno encendido al máximo.

La dura mirada de Colum se suavizó por la sorpresa, y separó los labios. La observó unos instantes, y se le volvió a endurecer la expresión.

—Agradécele al generoso granjero que me dio provisiones y dos bolsas de dormir, una de las cuales es para ti.

Otro gesto amable más hacia ella. Sin lugar a dudas, había pedido dos bolsas de dormir pensando en su comodidad. ¿Eso significaría que no iba a tener que seguir durmiendo sentada y atada contra un árbol?

—De nuevo, gracias —le dijo.

Regresó a la bolsa y sacó un *bannock* para él, luego se sentó sobre el tronco de un árbol caído y comió sin dejar de mirarla. En el bosque reinaba el silencio. Las aves piaban con suavidad, pero sus cantos fueron menguando. Un arroyo borbotaba cerca de ellos, y el caballo resoplaba tranquilo.

—Me puedes agradecer contándome acerca del campamento inglés y ayudándome a orientarme allí. O llevándome hasta el rey.

Inhaló hondo y apretó los labios.

—Lamentablemente, por más que quisiera, no puedo.

Colum soltó un bufido y, algo desilusionado, negó con la cabeza.

—Supongo que tendremos que esperar y ver.

Más tarde esa noche, pudo dormir sobre su propia bolsa de dormir, pero seguía amarrada al árbol, muy alejada de Colum, de la fogata y de las armas. Al menos estaba cálida, cubierta por una manta de lana y podía sentir el calor del fuego aun desde la distancia. Lo observó yacer sobre una piel de reno a unos pocos pasos de la fogata. Tenía el rostro iluminado por las llamas, llevaba una expresión que era una mezcla de dolor y contemplación, y no apartaba la mirada del fuego.

¿Qué sería lo que lo acechaba detrás de los ojos? Se acurrucó en la manta, extrajo un puño y lo miró como si fuera un demonio que acababa de emerger de la oscuridad. Luego comenzó a decir algo y a tocarse cada uno de los nudillos del puño.

Lo había visto hacer eso todas las noches antes de irse a dormir, pero ahora estaba lo bastante cerca como para oír las palabras:

—Rob MacDonald. Ianatan MacDonald. Frangan MacDonald. Alexander Fraser. David de Inchmartin.

Cada vez que decía un nombre, se tocaba un nudillo. Luego hizo una mueca de dolor y extrajo el puño de la mano herida antes de seguir:

—Hugh de Haye. John Somerville. Alexander Scrymgeour. James Barclay.

Se detuvo al llevar al quinto nudillo y se quedó observándolo. Luego extrajo la primera mano y comenzó de vuelta:

—Rob MacDonald. Ianatan MacDonald. Frangan MacDonald. Alexander Fraser. David de Inchmartin. —Y luego la otra mano—: Hugh de Haye. John Somerville. Alexander Scrymgeour. James Barclay. —Una vez más, se detuvo.

Y volvió a comenzar:

—Rob MacDonald. Ianatan MacDonald. Frangan MacDonald. Alexander Fraser. David de Inchmartin. —Y con la otra mano—: Hugh de Haye. John Somerville. Alexander Scrymgeour. James Barclay. —Y se detuvo.

A Danielle se le estrujó el pecho al oírlo pronunciar los nombres metódica y pensativamente. Era como si cada nombre fuera una cuenca en un rosario que solo él veía. Nueve nombres. Una y otra vez. Como una plegaria. Como un recuerdo. Y luego había una pausa vacía al llegar al

décimo nudillo, como una suerte de agujero en el rosario.

Quería preguntarle quiénes eran esos nueve hombres que representaban sus nudillos, pero no podía interrumpirlo. Tenía la sensación de que no quería que fuera testigo de eso, de que estaba espiando una parte de él que no quería compartir con nadie.

¿Acaso sabría que lo podía oír y ver? ¿O pensaba que estaba dormida? ¿O le resultaba tan poco importante que no le importaba porque cuando llegaran a Berwick jamás la volvería a ver? Ya fuera porque por fin estaría libre y se marcharía, o porque estaría muerta. O... porque él lo estaría.

Colum siguió hablando, y su voz sonaba tan hermosa y tan profunda... Danielle estaba cálida y cómoda, y su cuerpo dolorido se derritió contra la piel de reno que la aislaba del suelo. Y antes de quedarse dormida, le pareció que por fin dejó de hablar y se limitó a mirarla. Y no vio odio en su mirada.

Quizás ese fue el motivo por el que abandonó cualquier recaudo y lo miró a los ojos antes de preguntarle:

—¿Quiénes son?

Pensó que no le respondería, pensó que le haría caso omiso y le diría que jamás le revelaría eso a un enemigo. Pero en lugar de eso, le dijo:

—Mis hermanos de armas. Aquellos con los que debería haber muerto.

La garganta se le cerró de tristeza.

—¿Por qué dices sus nombres?

—Para que su memoria pueda vivir. Para poder seguir viviendo conmigo mismo.

Danielle asintió con la cabeza y se acurrucó con la manta del granjero que le había ofrecido Colum. Ninguno de los dos dijo nada más, pero tampoco apartaron la mirada. Los ojos oscuros y atormentados de Colum fueron lo último que recordó antes de que los pesados párpados se le cerraran y se sumiera en el sueño. Pero no soñó con los nueve escoceses que habían muerto.

Soñó con el que había sobrevivido.

CAPÍTULO 12



SE LARGARÍA DE ALLÍ. Ese mismo día. En ese preciso instante.

Con cada día que pasaba, se alejaban cada vez más de Stirling. De su trabajo y de su familia. Y, sin embargo, no podía hacer nada para escapar mientras cabalgaba sobre el caballo con Colum sentado a sus espaldas y sus brazos envueltos a la cintura.

Pero, ahora que se habían detenido a descansar por la noche cerca de otro río, estaba decidida a encontrar el modo de huir.

Los árboles se alzaban hacia el cielo que se oscurecía por encima de ellos. Unos mosquitos les zumbaban cerca de los oídos. El aroma a césped y bosque pendía en el aire, y el caballo pastaba en un punto cercano.

Colum se agachó para acomodar la bolsa de dormir. Por fortuna, tenía el brazo mejor. Luego de la noche anterior, no había demasiada animosidad en su voz cuando le hablaba.

A una parte de ella le agradaba eso y deseaba poder conocerlo mejor. No al captor, sino al protector y al hombre de honor. Al hombre que le había llevado una manta y le había permitido darse un baño. Al que susurraba los nombres de sus amigos fallecidos cada noche antes de irse a dormir. Al hombre cuyos ojos se habían oscurecido al verla desnuda.

Ese hombre la dejaba sin aliento y le hacía sentir cosas cálidas. Cosas ardientes. Cosas peligrosas. El tipo de cosas que podrían ayudarla a liberarse.

Debía intentar algo que, por lo general, jamás intentaría. No tenía confianza en sí misma cuando se trataba del sexo opuesto. Ni siquiera estaba segura de cómo hacerlo. ¿Qué tan lejos estaba dispuesta a llegar?

Lo de coquetear nunca se le había dado con naturalidad. Jamás había disfrutado del sexo, ni había tenido un novio serio ni mucho menos había experimentado una intimidad verdadera. Nadie jamás le había dicho que era atractiva o particularmente femenina. ¿Cómo haría para intentar seducir a Colum? Pero debía intentarlo. Debía seducirlo y robarle las llaves.

Colum extrajo las herramientas para encender el fuego y comenzó a frotarlas mientras Danielle golpeaba el pie nerviosa contra el suelo y miraba hacia el río. No se veía nada tentador. Además, el aire estaba frío, de modo que se congelaría.

—Tengo que darme un baño —le dijo de todas formas con un tono de voz alto e incómodo que no tenía nada de seductor.

Colum se volvió a mirarla por encima del hombro. Era una buena señal.

—¿De nuevo? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza. Con las muñecas aún en los grilletes, tomó el borde de la túnica y de la camiseta y comenzó a quitarse las prendas.

Colum se quedó boquiabierto. Bueno, al menos había logrado eso. Luego su rostro

desapareció entre las prendas mientras se subía la túnica y la camiseta cada vez más e intentaba quitárselas por la cabeza con movimientos incómodos.

—¡Detente, muchacha! —le ordenó al tiempo que se acercaba a ella—. No he dicho que podías darte un baño esta noche.

Con torpeza, se las ingenió para quitarse las prendas por la cabeza, pero la tela se le enredó en las muñecas. El aire frío le produjo escalofríos en los senos, la cadera y los hombros. Ahora le veía el rostro, y la miraba a los ojos, como si no fuera capaz de bajar la mirada ni siquiera un centímetro. Estaba completamente paralizado. Bajo la clavícula, el pecho se le alzaba y caía cada vez que tomaba bocanadas de aire rápidas y casi vacías.

Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que lo estaba afectando. Podía tomar ventaja de eso.

Los pezones se le endurecieron por el viento frío. Sin dudas, no se debió a la idea de lo mucho que lo afectaba.

Al sentir un poco más de confianza en sí misma, bajó las manos con la túnica enredada en las muñecas y avanzó hacia él a paso lento.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó al detenerse delante de él.

Cuando cerró los ojos, la sorprendió. Se preguntó por qué los cerraba ahora considerando que hacía dos días, cuando se encontró desnuda delante de él, los había mantenido abiertos.

—No me vas a distraer —le aseguró—. Ya sé lo que intentas hacer. Por favor, ponte la túnica.

Le clavó la mirada en los labios ocultos detrás de la barba corta y oscura. Se encontraba tan cerca de él que podía sentir su aroma masculino mezclado con el del bosque y el del caballo. Los pezones se le endurecieron tanto que le dolieron y, en esta ocasión, supo que no tenía nada que ver con el frío.

Se debía a la cercanía de ese hombre. Tenía la certeza de que no le hacía falta detenerse si no deseaba hacerlo. Podía acercarse un centímetro más y besarlo. Podía sentir la túnica de él contra los pechos descubiertos, la dureza de su torso contra su piel desnuda. Podía averiguar si sus brazos envueltos alrededor de su cuerpo se sentían tan fuertes cuando la besaba como cuando la mantenía cautiva.

Pero no lo hizo. Porque él era un tonto y había cerrado los ojos.

Tomó las llaves y, para su sorpresa, se salieron del cinturón muy rápido. Se apresuró a introducirlas en el hueco de los grilletes, pero tuvo que debatirse contra las capas de la túnica y la camiseta enredadas alrededor de las muñecas.

Mientras lo hacía, Colum soltó un gruñido e intentó recuperar las llaves, pero Danielle fue más rápida y logró esquivar sus manos. Necesitaba tiempo para abrir los grilletes y soltarse del árbol. Luego podría salir corriendo hacia el caballo, y él jamás lograría alcanzarla.

Lo empujó hacia atrás. Él se tambaleó, pero no cayó. Movié los brazos en el aire intentando sujetarla, pero ella dio un paso hacia atrás y otro al costado antes de asestarle una patada en el plexo solar.

Colum se cayó al suelo e intentó recuperar el aliento. Danielle supo que debía restringirlo. Si lograba colocarle los grilletes en las muñecas, podría escapar.

Se lanzó sobre él y se le sentó a horcajadas, apretándole las dos manos por encima de la cabeza, tal y como lo había hecho él con ella.

Aun luchando por recuperar el aliento, Colum se debatió para liberar las muñecas. Era fuerte, pero ella también. Además, sabía krav magá. Pero, a pesar de que lo tenía inmovilizado, no le resultó fácil mantenerle las muñecas firmes mientras intentaba introducir la llave en el hueco de los grilletes.

Podía ver el hueco y el borde de la llave, solo debía conectar esos dos elementos...

A pesar de todo, al final, Colum logró recuperar el aliento. Se movió, alzó las muñecas y la hizo retroceder.

De pronto, sintió algo extraño a la altura del pecho. Era algo cálido y placentero, una suerte de dolor dulce en los senos. Dejó de moverse y bajó la mirada hacia él. Tenía los pechos por encima del rostro del *highlander*, que los miraba asombrado. Luego se le abrió la boca y le clavó la mirada en el pecho como si estuviera hipnotizado. Algo se le ciñó en el interior y una pregunta extraña se le vino a la mente. ¿Cómo se sentiría si le capturara un pezón con la boca y lo succionara?

Danielle dejó de moverse. Y de respirar.

Colum alzó la mirada hacia la de ella. Tenía los ojos tan oscuros como su deseo. El calor que emanaba su cuerpo era tan intenso, que Danielle no pudo tomar ni una bocanada de aire más. Solo tenía un pensamiento en la mente.

Lo tenía allí. Con los ojos como amatistas líquidas y la boca demasiado cerca de ella. El calor de su cuerpo la quemaba a través de la túnica y hacía que le dolieran los senos, se le tensara la entrepierna y, por primera vez en la vida, anhelara tenerlo más cerca... embistiéndola.

Como si pudiera leerle los pensamientos, algo duro y caliente entre las piernas de él se alzó y se le apretó contra la entrepierna. Danielle sintió que se tensaba y se humedecía en respuesta. Su aroma era tan primitivo y masculino que le producía un cosquilleo en la nariz; lo inhaló profundo para no perderlo jamás.

Por primera vez en la vida, deseó a un hombre. Lo deseó con todo su ser.

Debía seguir intentando abrir los grilletes. Debía olvidarse de él y deleitarse en el hecho de que había logrado seducirlo.

En lugar de eso, solo podía concentrarse en lo que sentía en el interior. Un deseo ardiente que no podía explicar y que solo él podía satisfacer. Había ignorado ese tipo de sentimientos durante toda la vida. Pero ahora, no lo hizo. Todo lo contrario, se acercó y lo besó.

Hubo un momento de quietud cuando le rozó los labios con los suyos. Un momento de conmoción, como si hubiera una pared que separara su vida antes y después de ese beso. Un momento de sorpresa ante el placer que podía producir un simple roce de los labios. Era suave y sedoso y le inyectó miel en las venas.

Al instante siguiente, la estaba devorando como si fuera su última comida en la tierra. No hubo dudas, solo deseo puro y sin remordimientos. Colum abrió la boca para ella y le acarició la lengua con la suya.

Danielle se derritió. Se evaporó como el agua sobre una sartén caliente.

Pero antes de que lo notara, el beso se interrumpió. Una fuerza la levantó y la dio vuelta antes de colocarla contra el suelo frío y duro.

Sobre ella se ceñía un escocés enfadado y malhumorado con el ceño fruncido y una tormenta desatada detrás de los ojos. Le bajó la túnica por los brazos y la cabeza y se la acomodó en el cuerpo.

—Buen intento, muchacha —le dijo.

A Danielle aún le dolía el cuerpo por él. Ahora que estaba sobre el suelo con las muñecas de él sobre las suyas y su dulce peso la envolvía, su cuerpo quería seguir... quería más. Pero no habría más.

Ese pensamiento le despejó la mente. ¡No! Había perdido la oportunidad de escapar... ¿y todo por un beso?

Soltó un gruñido de frustración.

—¿Qué tengo que hacer para que me dejes ir?

—¿Y por qué se sentía tan bien tenerlo encima de ella de ese modo?

—Nada, muchacha. No hago compromisos cuando se trata del honor.

Tomó las llaves y se incorporó para volver a colocárselas en el cinturón.

—¿Honor? —le preguntó.

—Sí, tu rey me hizo sufrir.

Danielle se sentó y se acomodó la túnica sobre el pecho cubierto.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Nos tomó de rehén a mí y a mis amigos guerreros. Y sin seguir el código de caballería, descuartizó y mató a todos sin juicio alguno y sin darle a nadie la oportunidad de que pagaran un rescate. Pero a mí me perdonó.

Al oírlo, frunció el ceño.

—¿Acaso esos eran los nueve hombres que nombraste anoche?

Colum asintió con la cabeza.

—Dios sabe que no me debería haber perdonado. Y luego hizo algo más... encontró la manera de obligarme a pasar al bando inglés. A jurarle mi lealtad.

Un dolor profundo en el pecho le provocó una mueca de dolor. La garganta se le cerró y se vio obligada a tragar con dificultad. Si a ella la hubiera capturado otro gobierno y hubieran encontrado el modo de extorsionarla para que se cambiara de bando, ¿lo habría hecho?

—No lo hice porque quería —continuó—. Lo hice porque tenía que salvar a alguien. Pero él se valió de eso para humillarme. Me hizo romper el juramento que le hice a mi clan. Y, al hacerlo, me desgarró el alma. Eres una *sassenach*. ¿Qué sabes acerca de lo que significa el honor para un *highlander*?

Sus palabras le provocaron dolor en lo más profundo de su ser.

—¿Por qué asumes que no sé lo que significa el honor? No sabes nada de mí. Asumes que, porque tengo acento inglés, no tengo honor y soy tu enemiga. Te reíste de mí cuando te dije la verdad. Como si fuera poco, me mantienes de rehén y me arrastras a Berwick con terquedad cuando no tengo forma alguna de ayudarte en tu descabellada misión. Ni tampoco pienso formar parte de ese desastroso intento de asesinato que piensas cometer, que no solo va a fracasar, sino que también te va a llevar a una muerte segura.

—Sé que eres resiliente. Sé que eres fuerte, astuta y muy creativa. No te detendrías ante nada para obtener la información que buscas y ayudar a tu amigo Jamie a asesinar a mi rey. También sé que no eres una muchacha inglesa común y corriente, y que tu plan hubiera sido exitoso si no te hubiera descubierto. Sé que eres hermosa y que quizás ese sea el arma que hubieras utilizado si no te hubiera alejado a rastras del campamento.

¿Acaso acababa de hacerle un cumplido? Quería estar enfadada con él, pero no podía.

—¿Ah, sí? Solo me descubriste porque creí que estaba de vacaciones y bajé la guardia. Si hubiera estado en una misión, esto jamás hubiera ocurrido.

Durante un momento, el rostro de Colum reflejó confusión, pero luego negó con la cabeza.

—Si vuelves a intentar huir, te amarraré los pies, te arrojaré sobre el caballo y tendrás que continuar el viaje de una forma mucho menos placentera.

CAPÍTULO 13



AL DÍA SIGUIENTE...

CON CAUTELA, COLUM GUIÓ AL CABALLO POR EL SUELO ENLODADO ENTRE LOS CHARCOS DE AGUA negra estancada. Los cascos del animal produjeron sonidos de succión.

Diferentes variedades de césped y varios juncos se mecían con el viento que soplaba sobre las planicies del gran pantanal. Varias hierbas crecían en matas. Algunas ramas y troncos sobresalían del agua. Una garza que se encontraba de pie sobre el césped bajó el cuello largo para tomar un pez del agua.

A su alrededor, croaban las ranas, el viento mecía la vegetación y el aroma a huevo podrido que provenía de una planta en descomposición pendía en el aire. Los mosquitos y jejenes les zumbaban cerca de los oídos, y Danielle tuvo que agitar las manos en el aire para quitárselos de encima.

—Allí es peor —le dijo Colum y miró hacia la zona del centro del pantanal. Danielle le siguió la mirada—. El agua es más profunda, y hay muchas trampas y cenotes, pero no te preocupes. Nos mantendremos alejados del centro. Solo debemos cruzar al otro lado. —Señaló el bosque que debía encontrarse a medio kilómetro de distancia—. Allí no habrá tantos insectos.

Danielle se dio una palmada en el muslo con las manos atadas.

—Qué bueno. ¿Es necesario atravesar un pantanal?

—Sí. Demos mantenernos alejados de la carretera. Es lo que me ha dicho el granjero.

No estaba seguro de por qué quería tranquilizarla y quitarle cualquier preocupación. Pero tampoco sabía por qué le permitía ver su ritual nocturno. Por qué no se detenía o se volteaba para que no lo viera. Lo único que sabía era que compartirlo con ella lo hacía sentir mejor. Más liviano. Como si eso le quitara parte de la carga que había llevado durante los últimos ocho años.

Era una seductora, y él no quería sentir ningún deseo por ella. No quería sentir nada más que el odio que hubiera sentido hacia un espía inglés. Sin embargo, debía de ser la muchacha más hermosa que había visto en toda su vida. Tenía el rostro de un ángel con pómulos altos y labios de un tono rosa pálido que pedían ser besados y adorados.

Y esos ojos, por todos los cielos, esos ojos de color aguamarina eran traslúcidos, como si fueran dos lagunas de agua de mar más clara que existía. Y ahora se veían tan fríos que apenas podía creer que hacía tan solo unas horas lo había besado como si se estuviera muriendo y él fuera la única cura. Tenía el cuello largo y elegante y la postura de un guerrero, eso era una de las cosas que más lo confundían. Y su cuerpo... oh, cielos, ese cuerpo alto y esbelto, con músculos definidos en todos lados. Tenía un trasero tan delicioso que anheló morderlo cuando la

vio caminar orgullosa hacia el río. Los senos redondeados, pequeños y hermosos con los pezones pálidos del color del rubor del amanecer se le quedarían grabados para siempre en la memoria.

¿Por qué necesitaba mostrarle bondad a ella, que era su enemiga? ¿Sería porque se sentía atraído hacia ella? No tenía problemas en hacer que un muchacho durmiera sobre el suelo duro. Pero no podía tratar a una mujer de ese modo. Sabía que esa era su debilidad, su talón de Aquiles. Al fin y al cabo, el único motivo por el que había traicionado a su clan fue porque quiso proteger a la reina.

Una bandada de gansos se alzó volando hacia el cielo, asustada por algo. Colum detuvo el caballo y miró alrededor, pero todo estaba tranquilo y no vio ninguna señal de otro ser humano.

—A lo mejor fue una nutria —señaló.

Danielle clavó la mirada en el agua negra que se encontraba a unos metros de los cascos del caballo.

—Me asusté —le confesó.

La muchacha que había intentado huir de él en reiteradas ocasiones, la guerrera feroz, sonaba nerviosa. Esa era una de las cosas que admiraba de ella: su coraje implacable. Su ingenio. Pero quizás todos los mosquitos y jejenes la terminaron agotando.

Durante un momento, se preguntó si le podría haber dicho la verdad en cuanto a haber viajado en el tiempo. Le había asegurado que no era su enemiga. La había visto preocupada por su hombro, y eso lo había sorprendido. Además, vio el deseo que tuvo de ayudar al granjero. Si decía la verdad, tenía de rehén a una mujer inocente.

Pero eso era exactamente lo que haría cualquier espía: envenenarle la mente con ideas extrañas para lograr que confiara en ella, que tuviera sentimientos hacia ella.

La realidad era que sentía mucho más de lo que quería por ella. Sentía lujuria. Se sentía protector. Sentía empatía... Y también curiosidad.

Pero no debía ceder ante esos sentimientos. Era más fuerte. También había aprendido la lección luego de haber sobrevivido a todo lo que lo había sometido el rey *sassenach*.

Durante ocho años, Colum había recordado los nueve nombres de sus hermanos de armas. Durante ocho años, el último nudillo, el décimo, había permanecido intocable, a la espera de llevar su propio nombre.

Y, a pesar de eso, durante los últimos días, se había sentido vivo. Más vivo de lo que se había sentido desde que lo capturaron en Methven. Hasta se había preguntado si era buena idea llevar a cabo esa misión suicida.

El recuerdo de la batalla de Methven, con las llamas anaranjadas e intensas contra la noche negra, estaba grabado en el recuerdo de Colum. Al igual que los gritos, la carne desgarrándose y los relinchos de pánico de los caballos que resultaban masacrados en el intento de derribar a los jinetes. En ese entonces, Roberto solo había sido rey durante casi tres meses, y ya podía estar muerto.

La superficie estaba cubierta de cuerpos sin vida. Las llamas se reflejaban sobre los charcos de sangre que brillaban en la noche oscura. Mientras Colum luchaba en la penumbra, divisó a su tío Aulay y los guerreros MacDonald, al igual que a los Cambel y los Mackenzie, que armaban una formación alrededor del rey a unos treinta metros de distancia. Era una barrera amplia de hombres leales que estaban dispuestos a morir antes de permitir que los ingleses, los MacDougall, los MacDowell y otros clanes enemigos de las Tierras Bajas tocaran a Roberto.

Mientras el círculo de hombres retrocedía de la carnicería de la batalla e intentaba llevar a Roberto a un sitio seguro, Colum se abrió paso entre el enemigo para llegar a ellos. Centró la mirada en Aulay, que lo miró fijo mientras la formación se retiraba.

—Vamos, muchacho —le gritó Aulay—. ¡Ven aquí! ¡Vamos!

Pero un pequeño guerrero se le cruzó en el camino. Un muchacho de unos catorce años que alzó la espada, dio un paso hacia atrás, se tambaleó y se cayó al suelo. Las llamas destellaron sobre la armadura metálica, y Colum vio su mirada joven y llena de temor y le recordó a la de un animal salvaje que estaba dispuesto a atacar y matar.

Alexander Fraser, que había estado luchando al lado de Colum, alzó la espada por encima del muchacho para aniquilarlo, pero Colum se interpuso. Los ojos del otro *highlander* se abrieron de par en par y brillaron con la furia de la batalla.

—¡Detente! —le ordenó Colum—. Es solo un muchacho.

—Es un muchacho «inglés» —señaló Alexander con un gruñido.

—Por favor... —dijo un hombre en armadura que se arrodilló al lado del muchacho. Era Philip Mowbray, uno de los nobles escoceses de las Tierras Bajas que luchaba para Inglaterra. Colum lo reconoció porque había visitado Islay hacía unos años para negociar un acuerdo comercial con el clan—. Es mi sobrino. Solo tiene catorce años. Déjenlo ir.

Colum asintió con brusquedad al tiempo que se le inflaba y desinflaba el pecho rápido por el cansancio. Alexander también asintió.

—Sí, tienes razón, solo es un muchacho. Al verlo en armadura, no pensé que fuera tan joven.

Philip ayudó a su sobrino a incorporarse y lo alejó de la pelea. La formación que protegía a Roberto se encontraba muy lejos para entonces.

—Vamos, Alexander —le dijo—. Debemos ayudar a Roberto.

Alexander asintió y salió corriendo en plena oscuridad. Colum se apresuró a seguirlo, pero algo caliente y afilado le perforó la espalda. Al ver la punta de una espada que le sobresalía por el hombro, soltó un jadeo, se congeló y se cayó.

Le era difícil recordar lo que sucedió después de eso. Solo recordaba la oscuridad, las llamas y los gritos. Y el dolor agonizante y ardiente en el hombro.

De pronto, se encontró en una celda con Alexander Fraser, Rob MacDonald, Ianatan MacDonald, Frangan MacDonald, David de Inchmartin, Hugh de Haye, John Somerville, Alexander Scrymgeour y James Barclay. Y un día el príncipe Eduardo los sentenció a todos a muerte, y los diez se encontraron de pie en el patio interno del castillo de Berwick, donde también se encontraba Philip Mowbray.

Colum los vio morir uno tras otro. Dijo sus últimas plegarias y se preparó. No quería morir, pero sabía que le había llegado la hora.

Y cuando llegó su turno, Philip Mowbray fue ante Eduardo y le susurró algo al oído. Los dos se volvieron a mirar a Colum. Cuando Philip terminó de hablar, Eduardo se volvió hacia el verdugo e hizo un gesto negativo con la cabeza.

A continuación, alguien se acercó, tomó a Colum de los brazos y se lo llevó. Y, una parte cobarde de él que se avergonzaba y arrepentía de estar vivo, también se alegraba.

Quizás era la misma parte que había sentido alegría de estar vivo durante los últimos días. Pero ahora ya no sentía vergüenza ni cobardía. Sentía esperanza y alborozo. Pero ¿por qué tenía que ser una enemiga quien le provocara esos sentimientos?

CAPÍTULO 14



A DANIELLE se le derritió todo al ver la sonrisa más hermosa que jamás había visto se formaba en el rostro a Colum. Era como si una bombilla hubiera tomado vida en la oscuridad de su pecho. Cielos, no debería haber sonreído de ese modo.

Sin embargo, no importaba. No estaba del lado del *highlander*. No habría ningún futuro para ellos, ni siquiera por esa sonrisa.

Más tarde ese mismo día, cuando por fin se habían alejado del espantoso pantanal, se adentraron en lo más espeso del bosque. A través de los huecos entre los arbustos y los árboles, vio unas edificaciones de paredes de piedra, vigas de madera y techos de paja. Debían encontrarse a unos ciento cincuenta metros de distancia.

Eso significaba que allí había gente. ¡Quizás alguien la podía ayudar!

Danielle se puso tensa, y Colum debió haberse percatado también, pero no mostró ningún indicio de haberlo hecho.

Cielos, detestaba traicionar el hilo de confianza que se había desarrollado entre ellos. Pero debía marcharse. Ese día era su audiencia y, a pesar de que no tenía modo de llegar a casa hasta dentro de varios días, quizás podría explicar su ausencia o decir que había tenido un accidente de coche o algo. Además, no estaba preparada para morir al lado de Colum en su misión suicida, sin importar lo mucho que comenzara a gustarle.

Por eso, decidió ignorar la piedra dura y pesada de la culpa que se le hundió en el estómago, abrió la boca y gritó:

—¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

Colum no se lo había esperado. Y, al parecer, tampoco había notado las paredes de piedra que se dejaban ver entre los árboles. Lo había engañado.

De pronto, una mano áspera le cubrió la boca.

—Muchacha, ¿qué haces? —le susurró al oído.

«Te traiciono», pensó con culpa. El caballo se detuvo e hizo un movimiento con la cabeza. Era demasiado tarde.

—¡Hola! ¿Quién anda por allí? —gritó alguien.

—No emitas ni un sonido —le ordenó Colum rápido, y el aliento del *highlander* le quemó la oreja.

Danielle sentía el calor de su enfado, su confusión y la amargura por la traición.

Colum estaba quieto como una piedra apretada contra su espalda. Durante unos escasos segundos, no pasó nada. Las aves cantaban, las ramas se mecían con el viento y producían suaves susurros. Las moscas y los mosquitos volaban alrededor de ellos. De repente algo pasó volando por al lado de Danielle, y una flecha se clavó en el tronco de un árbol detrás de ellos.

—Por todos los cielos —murmuró Colum y la envolvió en sus brazos como para protegerla.

Espoleó al caballo y se adentraron en el bosque. Galoparon entre los árboles, y los dos se agacharon y se pegaron contra el lomo del animal.

Danielle le quería decir que no era su enemiga. No era su intención que lo lastimaran, ni que los cascos de sus verdaderos enemigos resonaran a espaldas de ellos.

El caballo aceleró el paso cada vez más, y se balancearon contra su espalda mientras cabalgaban.

El sonido de los cascos a sus espaldas se fue intensificando. Y luego se multiplicó. Eran muchos. Muchísimos. Y de pronto, los rodearon. El círculo de jinetes los obligó a detenerse.

Colum desenvainó la espada.

Debían de ser diez en el otro bando y todos llevaban cotas de malla y armaduras plateadas y montaban poderosos caballos de guerra que soltaban relinchos y agitaban las cabezas. Sobre las cofias de cota de malla, tenían yelmos. Las hojas de las espadas desenfundadas destellaban. Uno de ellos tenía una armadura mucho mejor que la del resto y montaba un caballo más alto. Todos llevaban casacas rojas con tres leones sobre la armadura.

Al igual que los tres saqueadores que habían enfrentado en la granja eran ingleses. Y eran muchos... e iban mejor armados.

La preocupación por Colum la desarmó. ¿Qué había hecho? ¿Qué diablos acababa de hacer?

¡Iban a matar a Colum! Danielle no quería que lo lastimaran. Solo quería que la dejara marchar.

A pesar de encontrarse agobiado, Colum luchó. Las hojas de acero se les acercaron. Destellaron. Se movieron. Chocaron. Los sonidos metálicos llenaron el aire mientras intentaba protegerlos a ambos. Pero nada bastó. Estaban por doquier, y estaban a punto de lastimarlo.

—¡Alto! —gritó Danielle en inglés.

Los guerreros se detuvieron a mirarla.

—¿Estás en peligro? —le preguntó uno—. ¿Acaso el escocés te tiene de rehén? ¿Necesitas que te liberemos?

Cielos, sí que lo necesitaba. Y quizás eso ayudaría a que no le hicieran daño a Colum.

—Sí —respondió.

¡Estaba funcionando! Los ingleses dejaron de luchar. Si la dejaban marchar y no le hacían daño a Colum, podría emprender el camino de regreso a casa.

—Soy de Inglaterra, y me tiene de rehén. —Alzó los grilletes en el aire.

Los rostros de los guerreros se ensombrecieron.

—Se acabó, maldito escocés —le aseguró el que tenía la mejor armadura y el mejor caballo al tiempo que le apuntaba la espada a la garganta—. Te encuentras en el castillo de Blackhaugh. Y, a partir de este momento, eres rehén de Inglaterra.

Otro hombre se acercó para tomarle la espada. Danielle echó un vistazo por encima del hombro. El rostro de Colum se mostraba frío, pero sus ojos reflejaban una tormenta de furia. Los músculos del mentón cuadrado se le tensaron. No dejaron de apuntarle con la espada mientras otro hombre la ayudaba a desmontar del caballo.

Ya casi era libre. Casi podía regresar a su época. Casi podía ir a asegurarse de que sus padres supieran que se encontraba bien. Quizás hasta podría mantener su trabajo.

Caminar sobre el suelo sin una cuerda que la amarrara a algo hizo que se le acelerara el corazón y el cuerpo le irradiara calor.

Pero cuando posó la mirada en los ojos oscuros de Colum, el corazón le dio un vuelco lleno de arrepentimiento. Ahora se encontraba prisionero de los ingleses... otra vez. Danielle sabía lo

que era encontrarse prisionera, y en parte se debía a él. A pesar de eso, no quería que sufriera o que le hicieran daño. Se preocupaba por él, más de lo que debería. Más de lo que alguna vez se permitió preocuparse por nadie.

Era muy meticulosa para mantener a la gente alejada. Tenía miedo de que la traicionaran. De que la engañaran. De que intentaran quebrarla, como lo había hecho Sebastian.

Ese hombre la había tratado como una enemiga, pero, aun así, veía el bien en él. Y era su enemigo porque la había mantenido cautiva.

Ahora por fin había conseguido lo que quería. Se encontraba libre de él.

Pero entonces, ¿por qué no soportaba verlo así?

CAPÍTULO 15



A DANIELLE le temblaron las manos cuando un inglés le asestó un golpe en el rostro a Colum. El sonido del puño golpeándole la carne le provocó náuseas. Los guerreros se habían desmontado de los caballos, y dos de ellos lo sostenían de los hombros mientras el *highlander* soltaba gruñidos y se debatía en sus brazos. La sangre le manaba de la nariz y de un corte que tenía en la mejilla, donde se le comenzaba a formar un moretón.

El bosque a su alrededor permaneció indiferente. Los árboles y las ramas se mecían con suavidad por el viento, y el aroma de las plantas, las flores y los caballos pendía fuerte en el aire. Las aves cantaban alegres, ignorando la miseria humana que tenía lugar en el suelo.

—Malditos ingleses, no pueden luchar conmigo de a uno —gruñó Colum.

A Danielle le dio un vuelco el estómago. Ese no era el Colum que había conocido en el transcurso de los últimos días, un hombre inteligente y un guerrero orgulloso con los hombros erguidos y la cabeza en alto. No, sus ojos reflejaban salvajismo, la agonía de un predador acorralado que mostraría las garras y le clavaría los dientes a su atacante.

—Nadie necesita pelear contigo —señaló el inglés que sostenía las muñecas de Danielle con una mano y la llave de los grilletes en la otra—. Ya has perdido, asqueroso escocés.

A pesar de que literalmente tenía la llave de su libertad, esas palabras le hicieron cerrar los puños ante las ganas de asestarle un puñetazo. Pero, no lo hizo. Solo debía esperar un minuto más y sería libre. Luego podría largarse de allí y regresar a casa.

El inglés era un caballero, en base a la destellante armadura plateada que llevaba puesta. El cuello musculoso se le tensaba bajo la cofia de cota de malla que le caía por los hombros, y el cabello rubio y lacio se le pegaba a la frente. Tenía los ojos grises entrecerrados y observaba a Colum. Los pómulos altos, la nariz erguida, el afeitado mentón cuadrado y la boca firme lo hacían parecer apuesto, como la imagen perfecta de un caballero noble. Danielle estaba segura de que debía ser muy popular con las mujeres.

Por el contrario, a ella le producía náuseas. Le hacía acordar a Sebastian, con ese aspecto inmaculado. Y gracias a Sebastian había aprendido que no debía confiar en los chicos atractivos o en los hombres astutos y hermosos.

Colum se rebatió y rugió en los brazos de los hombres como una criatura volátil, y a Danielle se le congeló la sangre. Las lágrimas se le acumularon en los ojos. Era muy fácil imaginarse a sí misma en su lugar. Ella también estaría moviéndose, gruñendo y arañando lo que pudiera para liberarse de las garras de sus captores. Como lo había estado haciendo durante los últimos días...

—¿Te ha lastimado, muchacho? —le preguntó el caballero al tiempo que se volvía hacia ella e introducía la llave en el cerrojo.

—No —repuso Danielle sin dejar de observar cómo giraba la llave. Oyó un sonido metálico,

y el primer grillete cayó. Sintió que se le aceleraba el pulso al ver la muñeca libre y sentir el peso y la textura dura del metal lejos de su cuerpo. Le arrojó un vistazo a Colum, quien también había oído que el caballero la había confundido con un muchacho.

¿Acaso diría algo? ¿La traicionaría delante de los ingleses? ¿O levantaría sospechas acerca de ella y les haría cambiar de parecer para que no la ayudaran?

Sin embargo, Colum había dejado de moverse y jadeaba en silencio mientras fijaba la mirada en el caballero y ella.

—No, no me ha hecho daño —volvió a decir.

El caballero negó con la cabeza en gesto de desaprobación e introdujo la llave en el hueco del otro grillete antes de girarla. Pero no se movió, sino que entrecerró los ojos y le apretó la muñeca.

—¿Qué quería contigo?

Danielle tragó con dificultad. Podía decir la verdad, que la había tomado de rehén para llevarla al campamento inglés. Podía decirle que él quería asesinar a su rey. Y ver cómo mataban a Colum...

La idea hizo que se le contrajera la garganta y se le atoraran las palabras.

—Creyó que me estaba escabullendo para robar.

El caballero inglés se quedó petrificado, arqueó una ceja y la estudió con sospecha en la mirada.

—¿Y estaba en lo cierto?

—No, no. Me perdí, y él me encontró. Pero no me creyó y quería llevarme ante la justicia...

Casi sintió que la mirada perforadora de Colum le provocaba agujeros en la piel. Se aclaró la garganta al tiempo que el caballero giraba la llave y el otro grillete por fin cedía. Se cayó al suelo con un sonido metálico, y Danielle tomó una profunda bocanada de aire por el alivio. Dio un paso para alejarse del hombre y se frotó las muñecas. Ya se podía marchar. Podía darle las gracias y partir. Echó un vistazo hacia el bosque y luego se volvió hacia Colum.

Estaba arrodillado y lo sujetaban dos guerreros; tenía el rostro cubierto de sangre y se veía furioso y desesperado bajo los sudados mechones de cabello. Se le congelaron los pies. ¿Qué le pasaría luego de que se marchara?

«Limítate a dar las gracias y verte. ¡Lárgate!».

No obstante, los pies se negaron a moverse.

—¿Cómo se llama, señor? —le preguntó.

—*Sir Geoffrey de Beaumont* —le respondió y asintió con la cabeza de manera ceremonial—. A tu servicio, muchacho.

—Gracias, *sir Geoffrey* —respondió Danielle.

El caballero se rio y se acercó al caballo para montarlo.

—No hace falta que me agradezcas —le aseguró—. Es mi deber de caballero del reino proteger a los débiles.

El resto de los guerreros también se fueron montando sobre los caballos, mientras que el que había golpeado a Colum, se le acercó con una cuerda.

—Dame las manos —le ordenó a Colum.

Eso debería provocarle satisfacción. Después de todo, estaba sintiendo lo que ella había sentido unos días atrás cuando él le colocó los grilletes en las muñecas. Debería regocijarse de ver a su captor siendo capturado. Pero en lugar de júbilo, se sentía horrorizada, tenía el estómago tenso y echo una piedra.

«Es el síndrome de Estocolmo. Deberías reconocerlo ya».

Colum fulminó al hombre con la mirada, alzó el mentón y le escupió el rostro. El inglés gruñó por la sorpresa antes de asestarle una patada en el estómago. Colum se dobló y soltó un gruñido por lo bajo. Los otros dos le sostuvieron los brazos mientras intentaba recuperar el aliento, y el tercer inglés le amarró las muñecas con la cuerda. Acto seguido, sujetó el extremo de la cuerda al caballo, mientras los otros dos ingleses se montaban. Danielle se quedó de pie abriendo y cerrando los puños y luchando contra el deseo de correr a ayudarlo.

El caballo inglés que habían tomado en la granja soltó un relincho cuando el último hombre lo amarró a su caballo. Se estaban marchando. Los caballos emprendieron la marcha a paso lento y se encaminaron hacia el sendero del bosque. La cuerda que sujetaba a Colum al animal se tensó y, aunque seguía doblado por la patada, se vio obligado a enderezarse y caminar detrás del caballo.

—¿A dónde lo llevan? —le preguntó a Geoffrey.

El caballero se volvió para mirarla por encima del hombro.

—Al castillo de Blackhaugh. Ha robado un caballo inglés. Es un asqueroso enemigo escocés, y debemos lidiar con él.

Lidiar con él... De seguro lo iban a matar.

Tragó con dificultad y observó a Colum seguir a los animales mientras se trastabillaba y se tambaleaba. Apartó la mirada y se concentró en el otro extremo de la carretera, donde no había ningún *highlander* enfadado poniéndole los grilletes y arrastrándola en una misión suicida. En algún sitio a unos pocos días de allí se encontraba el camino de regreso a casa.

«Olvídate de él. Márchate».

Pero él había salvado al granjero y su familia. Era un hombre de honor, a diferencia de los soldados ingleses que habían atacado la granja. A diferencia del rey inglés, que había matado a los hermanos de armas de Colum en lugar de pedir un rescate por ellos. Mientras unía las manos, observó la línea de caballos que se alejaba a paso lento.

«Oh, por todos los cielos». Como sabía que no podría vivir si permitía que lo encerraran y muriera de ese modo, corrió tras ellos.

—¡Puedo ayudarlos a montar el caballo! —gritó a sus espaldas—. ¿Hay trabajo en el castillo? Puedo trabajar por comida y alojamiento. Me gustaría agradecerles por haberme salvado.

Geoffrey la miró con el ceño fruncido.

—Supongo que sí. Siempre hay trabajo en la cocina. Y alguien tiene que limpiar los establos y las letrinas.

Mientras pasaba por delante de Colum, este la miró con una mezcla de enfado y confusión. Danielle intentó comunicarle con la mirada que debía callarse y seguirle la corriente.

Cuando llegó hasta el caballo que había montado Colum, colocó las manos sobre la silla y se tragó el temor. Había montado a caballo durante los últimos días, aunque siempre había contado con la presencia tranquilizadora de Colum a sus espaldas.

—Genial —masculló mientras colocaba el pie en el estribo y pasaba la pierna por encima de la silla—. Voy con ustedes.

El hombre desató el caballo de su silla.

Al recordar cómo se había comportado Colum con los caballos, chasqueó la lengua y empujó los talones contra los laterales del animal hasta que llegó al lado de Geoffrey.

—¿Sabe qué tan lejos estamos de Berwick?

Geoffrey le echó una mirada.

—¿Por qué? ¿Acaso tu señor se encuentra allí?

—Sí —respondió con el corazón acelerado—. Está en el ejército. Me ha enviado a entregar un mensaje, pero ese escocés salvaje me secuestró, y ya no sé dónde estamos.

—Es a tres días a pie —le informó—. Ni se te ocurra pensar que te quedarás con el caballo.

—No, por supuesto que no. Pero ¿el ejército sigue allí?

Geoffrey soltó un bufido.

—Sí. ¿O crees que es fácil organizar un ejército de veinte mil hombres? Esperamos que pasen por aquí en una semana. Mis hombres y yo nos uniremos a ellos.

—Oh, ¿va a luchar contra los escoceses?

—Sí, por supuesto. Esta batalla se describirá en los libros de historia durante muchas generaciones. No quedará excluido de la gloria eterna.

Gloria eterna... si tan solo supiera...

—¿Cree que están listos?

—No. Aún no han llegado todos los arqueros galeses. El rey sabe que no hay arma más poderosa de largo rango que el arco largo galés. No se moverá hasta que lleguen. Sin dudas, tu señor debe estar esperando con ansias esta batalla. ¿Cómo se llama?

Danielle se mordió el labio e intentó pensar en algún nombre medieval.

—Sir Barnett... de Guy —soltó.

Genial. Pero ¿qué clase de nombre era ese?

Geoffrey arqueó la cabeza.

—Nunca oí hablar de él. Pero han venido cientos de caballeros, de modo que no los conozco a todos. Me tomaré el tiempo para encontrarlo en el campamento. Debe estar cerca del pabellón rojo del rey.

—Oh, ¿el pabellón rojo del rey? —Los oídos casi le cosquilleaban por el conocimiento que acababa de adquirir—. ¿Dónde está?

—En el cuadrante noreste.

Más adelante, al final del sendero, había un castillo que se encontraba a unos ciento cincuenta metros de distancia. Si no hacía algo en ese mismo instante, llevarían a Colum al castillo y entonces... se le haría mucho más difícil rescatarlo. Le echó un vistazo a Colum, que seguía andando con el mentón tenso y los ojos llenos de veneno y preocupación fijos en ella.

—Humm, he visto un campamento escocés cerca de aquí. Este hombre ha venido de allí. Eran unos cincuenta hombres que iban de camino a unirse al ejército de Roberto. Creo que son lugareños que han cambiado de bando.

Geoffrey jaló las riendas y detuvo el caballo al tiempo que clavaba la mirada asesina en Danielle.

—¿Dónde?

—Se lo puedo mostrar.

—¿Qué tan lejos es?

—No es lejos. Y no van tan bien armados como ustedes. Los pueden tomar de sorpresa.

Geoffrey asintió con la cabeza y les gritó a sus hombres:

—¡Hoy derramaremos sangre escocesa! ¡En el nombre del rey!

Todos volvieron los caballos y siguieron el sendero entre el bosque. Danielle recordó el camino que conducía al pantanal que habían pasado antes e hizo que el caballo girara hacia la izquierda siguiendo el camino que ella y Colum ya habían transitado. Cabalgaron durante casi una hora antes de divisar el pantanal. El aire se tornó húmedo y apestoso, con el olor a huevos podridos, suelo pantanoso y plantas en descomposición. Los sapos y las ranas croaban, y una bandada de patos alzó vuelo repentino hacia el cielo.

—¿Dónde está el campamento, muchacho? —preguntó Geoffrey—. Lo único que veo es el pantanal.

—Está por allí. —Señaló hacia la mitad del pantano—. El suelo es sólido allí, por lo que es el lugar perfecto para esconderse. Podrán tenderles una emboscada. No lograrán irse lejos.

Geoffrey no parecía nada convencido.

—¿Estás seguro?

—Sí, esta es la última oportunidad de atraparlos. Han dicho que se marchaban mañana.

Geoffrey chasqueó la lengua, y el caballo se movió. El resto de los hombres lo siguió. Mientras avanzaban entre el pantano a paso lento, Danielle se fue quedando atrás y más cerca de Colum, que no dejaba de verla con una mirada llena de preguntas que, por fortuna, no formuló.

El ruido del agua bajo los cascos de los caballos y de los pies de Colum ahogó el croar de los sapos.

Los caballos de adelante soltaron un relincho y se tambalearon. Danielle debía actuar. Introdujo la mano en una de las bolsas que colgaba de la silla de montar y palpó el interior antes de extraer una daga que Colum había utilizado para limpiar los pescados y los conejos.

Hizo un esfuerzo para colocarse entre Colum y el caballo que lo arrastraba y cortó la cuerda con la daga. Con una zancada, el *highlander* le pasó por delante y tomó la *claymore* que el soldado había colocado en la silla de montar. El hombre gritó.

Geoffrey y el resto de los ingleses se encontraban en lo más profundo del pantano y soltaron un grito. Los caballos pisaron fuerte, soltaron relinchos y movieron la cabeza de un lado a otro intentando salir de la profundidad del pantano.

—¡Atrápenlos! —exclamó Geoffrey—. ¡Que no huyan!

El inglés extrajo la espada y espoleó al caballo. El acero destelló mientras blandía la hoja antes de encontrar la de Colum con un estrépito metálico. A Danielle se le encogió el corazón mientras lo observaba pelear a pie contra el jinete.

Era evidente que el hombre tenía gran ventaja, y no ayudaba que el enemigo estuviera armado hasta los dientes, pero Colum no pareció percatarse de eso. Esquivó los golpes que le lanzaba el inglés desde todas las direcciones hasta que por fin tuvo la oportunidad de descargar la espada sobre el muslo desprotegido del soldado. El hombre soltó un grito al tiempo que la sangre comenzaba a manarle del muslo. El caballo relinchó y se tambaleó hacia atrás adentrándose en el pantano.

Mientras el resto de la banda de los ingleses intentaba salir del pantanal, Colum se apresuró al lado de Danielle y se montó en la silla delante de ella.

El guerrero herido recuperó el control del caballo y los persiguió. Lucharon blandiendo las espadas y generando estrépitos metálicos al tiempo que las hojas destellaban en la luz grisácea.

Danielle se aferró a la silla de montar y apretó los muslos alrededor del cuerpo del caballo con toda la fuerza que tenía. Era como intentar mantenerse sobre un toro de rodeo. A Colum se le tensó la espalda delante de ella, y luego lanzó un poderoso ataque contra el rostro del inglés. El soldado alzó la espada para bloquearlo, pero la cabeza del caballo se le interpuso, y Colum terminó hundiéndole la hoja en el cráneo.

Tras extraer la espada del enemigo, espoleó al caballo y cobraron la mayor velocidad posible mientras luchaban por avanzar por la parte superficial del pantano hasta llegar a tierra firme. A sus espaldas, Danielle podía oír los gritos de furia e impotencia que se fueron desvaneciendo.

Soltó un suspiro de alivio cuando Colum guardó la espada en la vaina. Ahora que los enemigos habían quedado atrás y solo los rodeaban los árboles y arbustos a ambos lados, pasó los brazos por el cuerpo duro del *highlander*.

Ya no llevaba los grilletes. Y acababa de rescatar a Colum ileso.

No sabía qué sucedería a continuación, pero por el momento, le apoyó la mejilla contra la espalda mientras cabalgaban y escuchó el latido de su corazón que tamborileaba al ritmo de los cascos del caballo.

CAPÍTULO 16



COLUM JALÓ de las riendas y miró por encima del hombro. Habían cabalgado un buen rato a través del bosque y se habían asegurado de cambiar de dirección en varias oportunidades en caso de que los persiguieran. A pesar de que ahora se dirigían hacia el oeste, y se estaban alejando de Berwick, también estaban poniendo distancia entre ellos y el castillo de Blackhaugh y la banda de Geoffrey.

A Colum le dolía todo el cuerpo, pero gracias a Danielle, solo tenía moretones superficiales y no le importaban.

Tanto el caballo como los dos jinetes necesitaban descansar, y Colum debía descubrir qué estaba ocurriendo. Estaba confundido, asombrado, e impresionado.

Se desmontó de un salto y observó a Danielle pasar la pierna larga y esbelta por el lomo del caballo antes de saltar al suelo. Aún llevaba la cofia puesta, pero ya nunca más la vería como a un hombre. De hecho, no podía creer que alguna vez la hubiera confundido de ese modo.

Esos ojos azules grandes eran tan hermosos que apenas podía respirar. La boca ancha y sensual con el labio inferior apenas más grueso que el superior no le dejaba pensar en otra cosa que no fuera besarla. Y los pómulos altos eran elegantes a pesar de las manchas de barro que llevaban encima. Las prendas que llevaba puestas, combinadas con la postura erguida y el cuerpo fuerte y esbelto, eran lo que engañaba a todos. Además, la voz suave y melódica podía sonar como la de un muchacho adolescente si uno se dejaba llevar por las prendas.

Colum amarró el caballo a un árbol cercano y le permitió pastar en el césped.

En el bosque reinaba la calma y se oían los cantos de las aves desde las copas de los árboles. Algunas abejas se acercaban a las flores. Se olía el aroma a frambuesas, lilas y un estanque embarrado. No había muchos árboles en esa zona, pero había suficientes arbustos como para cubrirlos en la distancia si Geoffrey se las ingeniaba para rastrearlos hasta ese sitio por algún milagro.

Acarició la cabeza del caballo con la palma de la mano y sintió el pelaje cálido, corto y áspero del animal.

—¿Por qué hiciste eso, Danielle? —le preguntó—. ¿Por qué no te marchaste con los tuyos?

Al oír las preguntas, tragó con dificultad y apartó la mirada de la suya. Tomó la bolsa del caballo y la colocó sobre el suelo.

—Solo quería ser libre. Y me liberaron.

Revolvió la bolsa y extrajo una cantimplora en forma de cuerno para beber agua. Colum observó los labios que se curvaban alrededor del objeto y la garganta que se movía mientras la muchacha tragaba.

Se concentró en los labios rosados y sensuales. Se preguntó cómo se sentirían envueltos

alrededor de su miembro y sintió una ola de calor ardiente que lo embargaba.

Por los clavos de Cristo, ahora que sabía que era una mujer, hasta el simple acto de verla beber agua lo excitaba.

—Eso no es lo que te pregunté, muchacha —le dijo—. Eras libre. Te podrías haber marchado. ¿Por qué te quedaste y por qué arriesgaste tu libertad y tu vida para salvarme?

Danielle no respondió nada, solo se limitó a mirarlo al tiempo que se le inflaba y desinflaba el pecho mientras respiraba rápido.

—Ellos eran los tuyos, ¿no?

El silencio cobró vida entre ellos; solo se oían los cantos suaves de las aves en el aire cálido del verano. Podía olvidarse de todo, marchar hacia ella y besarla.

—No eres mi enemiga, ¿no es cierto?

Los ojos le ardían como piedras de aguamarina pulidas, y una luz destellaba en ellos.

El día anterior, se había arrojado a sus brazos. Había yacido bajo su peso, tan cálida y excitada como él.

El corazón le latió fuerte en el pecho. Un cosquilleo le recorrió la sangre y le hizo sentir como si estuviera por elevarse en el aire. Qué sensación más extraña; no había sentido nada similar en años. ¿Así sería como se sentía estar vivo?

Dio un paso hacia adelante y se acercó a ella.

—Te gusto.

Al oírlo, se sonrojó como si el sol la hubiera quemado.

—¡Claro que no!

Una sonrisa le curvó la comisura de los labios.

—Para ser alguien que logró fingir ser un hombre durante varios días, es muy fácil leerte en este momento. Te gusto, muchacha. Y no eres mi enemiga, ¿no?

Dio dos pasos más hacia ella y se detuvo a unos pocos centímetros de distancia. Era muy peleadora e increíblemente fuerte. Había desafiado a diez guerreros por él. Coraje no le faltaba. Y, aun así, estaba de pie ante él como una coneja temblorosa, vulnerable y expuesta, e incapaz de responder una simple pregunta.

Estaba de su lado. Algo en él se derritió y se vino abajo. De repente, fue libre.

Dio un paso más, y sus torsos se rozaron. Podía inhalar su aroma dulce, femenino, hermoso y delicioso. Era algo frutal y muy personal.

Le bajó la cofia, y el cabello destelló con los rayos de sol que se colaban por entre las hojas de los árboles. La vista lo dejó sin aliento. Era dorada, como un tesoro, como algo sagrado y sanador. Brillaba y no solo por fuera.

—Y, entonces, ¿qué hacemos? Dices que no te gusto. Yo digo que sí. Veamos quién tiene razón.

Se inclinó para besarla, pero la muy astuta se escabulló de sus brazos y se apartó varios pasos.

—¡Eres un tonto! —exclamó con las mejillas sonrosadas—. ¡Claro que no soy tu enemiga! Te lo he dicho varias veces. Si me hubieras creído desde el principio, nos podríamos haber ahorrado todo este drama. Todas las persecuciones. Y podría haber regresado a casa hace mucho tiempo.

Colum se rio y dio un paso hacia ella antes de quitarle la cantimplora de la mano.

—Entonces ¿de qué lado estás, muchacha?

—Del de nadie. Ya te lo he dicho, soy del futuro. Y sí, soy una espía. Protejo al Reino Unido, que en mi época incluye a Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda del Norte, de amenazas externas.

Colum la observó anonadado. Todo lo que decía sonaba completamente descabellado.

—Y para responder por qué no me marché, no podía dejarte solo en esas condiciones. Sabía... sabía que preferías morir a volver a caer prisionero de los ingleses. Sé que es probable que hubieras hecho lo mismo por mí si la situación hubiera sido al revés. Pero sea como sea, deberías estar agradecido de que no te abandoné para que murieras.

El futuro. El Reino Unido. Una espía que protegía al reino de amenazas externas... Las palabras le dieron vuelta en la mente como un remolino.

—Tienes razón. Hubiera hecho lo mismo por ti —masculló, y la declaración lo sorprendió incluso a él.

Porque ella le gustaba. Era algo que no quería admitir, algo que le resultaba muy perturbador porque era inglesa.

Se llevó la cantimplora a la boca y bebió sumido en sus pensamientos. Debían armar el campamento y descansar para poder continuar el camino hacia Berwick por la mañana.

Danielle no era su enemiga, pero ¿creía el disparate de que había venido del futuro? No, sonaba demasiado extraño, demasiado irreal.

Aun así, ¿qué otra cosa podía explicar la manera extraña de hablar y de vestirse, incluidos los pantalones y los zapatos?

—¿Qué hay del hombre al que has dicho que servías? ¿Sir Barnett de Guy?

—Me lo inventé para que Geoffrey me creyera.

Eso podía ser cierto. La mayor evidencia era que lo había rescatado. Y había adquirido información importante acerca del campamento inglés en Berwick.

Sin importar si venía de Inglaterra en esa época o del futuro, no había ido al campamento de Roberto para espiar para Eduardo II. Y no le pertenecía a él.

Se dio la vuelta y desató la bolsa de dormir del caballo antes de extenderla sobre el suelo.

—Ya te puedes marchar, muchacha. Te he mantenido cautiva durante mucho tiempo.

Se enderezó y sacudió la manta para quitarle las ramitas y las hojas, pero Danielle no dijo nada. Tampoco se marchó, ni se alejó.

—¿No me oíste, muchacha? —le preguntó—. Eres libre de irte. Es mi manera de agradecerte por haberme salvado de los ingleses. No te mantendré más cautiva.

—Te oí.

Se volvió para mirarla por encima del hombro. Estaba de pie como congelada, el pecho se le inflaba y desinflaba mientras respiraba agitada, y tenía los ojos bien abiertos como dos lunas.

—¿Y? —le preguntó.

—Eres un tonto. Vas a ir solo a un campamento con veinte mil hombres armados. Es un suicidio.

Colum le dio la espalda y desenvainó la *claymore* para limpiarla. Se le tensó el pecho. «Un suicidio...». Sí, a lo mejor lo era. Pero eso no sería lo peor. Moriría protegiendo a su clan y Escocia, ¿no? El décimo nudillo de la mano aún no tenía nombre. Quizás entonces los miembros de su clan sabrían que no había querido traicionarlos.

—Di algo —le pidió—. Debes verlo. Morirás si vas solo.

Se sentó sobre el tronco de un árbol caído y se acomodó la espada en el regazo. Luego comenzó a frotar un trozo de tela por la longitud de la hoja. Sin mirarla, respondió:

—Que viva o muera no tiene la más mínima importancia.

Sintió la conmoción que le produjeron sus palabras, oyó una profunda inhalación seguida del ruido de las ramas que se quebraban y las hojas que pisaba mientras se acercaba para arrodillarse delante de él. Le apoyó las manos en las rodillas y le quemó la piel a través de la tela de los

pantalones.

—Quieres morir allí —afirmó con suavidad—. ¿Me equivoco?

Tensó los músculos del mentón mientras pensaba.

—No quiero morir allí.

—Pero no te importaría, ¿no?

¿Cómo podía verlo? ¿Cómo podía entenderlo mejor que él mismo? Podía ver lo más profundo de su alma. Su alma corrupta y dañada.

—No me importaría, muchacha —respondió para su sorpresa—. Ya estoy medio muerto por dentro.

Pero en realidad no lo estaba. Unos haces de vida habían brillado en su alma desde que ella había aparecido en su vida.

Las palabras hicieron que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Qué te pasó, Colum? ¿Qué pasó cuando te tomaron prisionero?

Con lentitud, pasó el trapo por la hoja.

—No importa. Lo que importa es ayudar a mi clan y a mi país.

Danielle negó con la cabeza.

—Eres terco, ¿eh?

Él se rio entre dientes.

—Nunca antes habías conocido a un *highlander*, ¿no?

Danielle soltó un suspiro profundo.

—Me voy a arrepentir de esto. No tengo dudas. Pero al parecer, desde que toqué esa piedra, no puedo dejar de tomar malas decisiones.

—¿De qué hablas?

Se incorporó y puso los brazos en jarra.

—No puedo permitir que vayas solo y te mueras allí. Iré contigo y te ayudaré. Alguien tiene que asegurarse de que salgas con vida de ese campamento.

CAPÍTULO 17



COLUM SE QUEDÓ SIN ALIENTO.

¿Acababa de decir que iba a ir con él? ¿La misma criatura que había considerado su enemiga todo el tiempo? ¿A pesar del modo en que la había tratado y de todos los intentos que había hecho por escapar? Le había salvado la vida, y hasta había arriesgado su oportunidad de regresar a casa, donde sea que eso fuera.

Le había demostrado más lealtad que algunas personas de su clan.

No se la merecía. Y, sí, sabía a dónde iba. Era muy consciente del riesgo de adentrarse solo en el campamento del ejército más poderoso que había invadido Escocia en toda su historia.

A pesar de todo, se encontraba de pie delante de él, alta y orgullosa, como la diosa de la guerra vestida con prendas de hombre. Tenía un rostro hermoso e intenso, unos ojos de color aguamarina que destellaban mientras lo miraba, los labios firmes y el rubor que no podía perder del tono del amanecer. Tenía el cabello enmarañado y parecía un halo alrededor de la cabeza; el sol hacía que cada mechón pareciera un hilo de oro. Era como una valquiria nórdica que llamaba a un ejército de guerreros experimentados a la batalla.

A la batalla por él.

Se le ciñó la garganta, y algo le produjo un ardor cálido en los dedos. Estaba apretando demasiado la *claymore*. Soltó una maldición por lo bajo y se miró la mano. La sangre le manaba de unos cortes superficiales en el interior de los dedos. Se la secó con el trapo, y los cortes le ardieron.

—Te marcharás —le aseguró con la mirada en la espada—. No permitiré que vengas conmigo.

Al oírlo, se volvió a arrodillar delante de él.

—Déjame ver —le pidió.

El aliento se le quedó atrapado en la garganta mientras la observaba tomar su mano lastimada y volverla hacia ella.

—Los cortes no son profundos, pero debes desinfectarlos. No puedes volver a tocar una herida abierta con un trapo sucio.

Sonaba muy autoritaria. Como una *laird* femenina ladrando órdenes que no toleraban ninguna insolencia.

Alzó la vista hacia él, y se miraron fijo. No se merecía sus cuidados, ni su sacrificio, ni su coraje.

—¿Tienes alcohol? —le preguntó en un tono de voz bajo, como si estuviera tan afectada por el contacto como él.

—¿*Uisge*? —le preguntó—. Sí, los granjeros me dieron una cantimplora.

Danielle asintió con la cabeza, pero no pareció capaz de apartarle la mirada del rostro, sino que se lo recorrió con detenimiento.

—Iré a buscarlo y te limpiaré los cortes de la mano y el rostro.

Se alejó de él y se dirigió a la bolsa que había en el suelo.

Observó su espalda delgada mientras buscaba el *uisge*.

—Hablo en serio, muchacha, no te atrevas a venir conmigo. Puedes acampar conmigo hasta mañana, pero de ninguna manera te permitiré venir.

Danielle se enderezó con la cantimplora en forma de cuerno y un trapo limpio y seco y se acercó a él antes de volver a arrodillarse. Le quitó el tapón al cuerno y humedeció el trapo contra la boca de la cantimplora. Seguido a eso, le sostuvo la mano con un poco más de fuerza que antes y le apretó el trapo contra los cortes que llevaba en tres dedos. Colum contuvo un siseo ante el dolor intenso.

No lo estaba mirando.

—Dime que no vendrás conmigo. Dime que regresarás a casa.

—Sí —repuso mientras le limpiaba la mano con delicadeza. La sangre había dejado de manar de los cortes que llevaba en los dedos, y Colum sintió una mezcla de desilusión y alivio en todo el cuerpo—. Cuando me haya asegurado de que has salido del campamento ileso.

Dejó de limpiarle la mano para mirarlo con ojos fríos y el rostro imperturbable. No lo miró a los ojos, sino que le estudió el rostro.

—Y tú me ayudarás a regresar hasta la piedra. Luego iré a casa.

Tras decir eso, volvió a humedecer una parte limpia del trapo. Luego lo acercó a la mejilla del *highlander* y lo apretó contra el corte. Una sensación corta e hirviente le produjo ardor en el rostro.

—No es seguro para ti, muchacha —le dijo.

—Para ti tampoco —le respondió apretándole el trapo contra el rostro más de lo necesario.

—Pero no es tu pelea. Ni es tu guerra. No es asunto tuyo.

Cuando Danielle apartó el trapo, el aire frío le causó dolor contra el corte. Lo miró a los ojos, y el suelo pareció evaporarse debajo de sus pies.

—Tú eres asunto mío. —Fue como si la tierra hubiera desaparecido debajo de ellos, y Colum se elevara alto y libre, rodeado del cielo aguamarina.

De a poco se le fue formando una sonrisa en la boca.

—Lo admites. Te gusto.

Danielle se puso de pie y le arrojó el trapo húmedo en el regazo.

—Vete al diablo.

Colum hizo la espada a un lado y se apresuró a incorporarse y pasarle la mano por los bíceps para hacerla volverse hacia él.

—Te gusto, muchacha —repitió con suavidad. Le vio los labios rosados, suaves y deliciosos —. No lo niegues. Tú también me gustas. Podemos tener esta noche, pero luego debes marcharte.

Podía inhalar su aroma a hibisco, frutas y sol.

—No me iré a no ser que sea contigo —le aseguró—. Me has arrastrado durante días negándome mi voluntad y mi libertad. Ahora que no tengo más grilletes me las sigues negando. No me puedes obligar a marcharme.

La estudió anonadado. ¿Cómo podía preocuparse por él en lo más mínimo luego de que la había tenido cautiva? La respuesta le vino simple y clara. Él también lo había sentido en Berwick. El modo en que los sentimientos hacia sus captores comenzaban a cambiar. Como comenzaba a comprender sus formas. Y se sentía conectado con los centinelas. Tras pasar varios

meses en la celda, había empezado a sentir un anhelo vergonzoso y casi imposible de agradarles, de que lo aceptaran como a uno de ellos. Era la necesidad de pertenecer. Pero no había pertenecido a ningún lado desde que le juró lealtad a Inglaterra. Ni con los MacDonald, ni con Escocia.

¿Acaso Danielle estaría confundida también? ¿Sería que como la había mantenido cautiva, ahora comenzaba a creer que se preocupaba por él?

—Muchacha, no estás viendo las cosas con claridad.

—Creo que sí las veo. Si tienes a alguien más a tu lado, no pensarás en la muerte. Buscarás la forma de mantener a esa persona viva. Y creo que eso te mantendrá vivo.

Con esa lógica, le acertó al corazón. Era una mujer de lo más perspicaz y de la que no podía deshacerse.

—Creo —continuó mientras le pasaba los dedos por el rostro— que es lo único que te mantendrá vivo.

Colum tragó con dificultad. Sentía la conexión que había entre ellos; era tan viva y palpable como el mismo dolor.

—¿Y por qué me quieres mantener vivo? —Las bromas eran innecesarias. Eran tan redundantes como los trapos viejos. Ella lo había desvestido por completo con sus cuidados, sus preguntas y esas miradas que le calaban hasta el alma y parecían saber más de él que él mismo.

—No lo hago por ti —le aseguró con la voz temblorosa—. Lo hago por mí. Porque si tu muerte queda en mis manos, viviría con dolor y arrepentimiento hasta el día de mi muerte. Sería como tú.

Colum no se pudo mover, ni siquiera podía sentir el cuerpo. Era como una nube dolorosa alrededor de ella, desesperada por saber más.

—¿Qué te pasó, muchacha?

Sabía que compartían el dolor, la pena era como un niño con dos padres apesadumbrados.

Durante unos instantes, no respondió. Vio las lágrimas que se le acumularon en los ojos y el dolor que asomaba detrás de ellos, pero Danielle apartó la mirada y la clavó en un punto a sus espaldas que no podía ver.

Luego se alejó de él para sentarse sobre el tronco del árbol caído y se apoyó los codos sobre las rodillas antes de fijar la mirada en un punto perdido. El silencio pendió entre ellos, interrumpido solo por el canto de las aves, las hojas mecidas por el viento y el zumbido de los insectos.

—Tenía una audiencia —comenzó—. Era hoy.

Colum se acercó y se sentó sobre el tronco al lado de ella.

—¿Una audiencia?

—Es como una corte en la que alguien toma una decisión, pero es por mi empleo.

Seguía con lo de haber viajado en el tiempo. La miró a los ojos. ¿De verdad le creía? Algo en lo más profundo de sus entrañas le decía que no le mentía. Al menos, le estaba contando la verdad en la que ella misma creía.

Al considerar que podía venir de otra época, sintió que el suelo desaparecía debajo de sus pies.

—Todo lo que has dicho del futuro... —murmuró—. Es cierto, ¿no?

Danielle asintió con la cabeza.

—Tus prendas. —Le miró los pantalones y los zapatos—. Las palabras que utilizas... «okay», «empleo»... Es por eso que tienes tanta urgencia por regresar, ¿no?

Danielle tragó saliva y volvió a asentir con la cabeza.

—Tengo a mi familia allí. Y mi empleo.

—¿Qué es un empleo?

—Es lo que me pagan por hacer. El trabajo que hago. Te dije que soy una espía y que protejo a mi país de amenazas externas.

—Sí, lo entiendo.

Exhaló hondo.

—Tengo informantes en otros países. Gente que espía por mí. Gente a la que juré proteger. Gente... —Se quedó sin voz y se aclaró la garganta—. Gente que corre riesgos para trabajar para mí y mi gobierno.

Colum anheló tomarla en sus brazos, protegerla de cualquier peligro, y absorber cualquier daño que fuera contra ella en su propio cuerpo.

—Un informante... en América del Sur... —Le echó un vistazo rápido y añadió—: Es un continente del que aún no se sabe nada en esta época. Lo descubrirán en unos doscientos años. Pero el caso es que había una amenaza cibernética contra mi país de un grupo en América del Sur. Una amenaza cibernética es algo que viene de las computadoras... que son unas máquinas... En mi época, las máquinas se utilizan para guardar dinero, información y secretos.

Colum asintió con la cabeza mientras luchaba por imaginarse unos mecanismos gigantes como los relojes modernos. En una ocasión, había visto un reloj en un monasterio cerca de Berwick. Era una máquina para ver la hora. Por eso, se imaginó ese tipo de objeto lleno de dinero, información y secretos. Sonaba a algo mágico.

—Era difícil encontrarlos —continuó—. Era difícil saber nada. Y... recluté a uno de ellos para que los espíara para mí. La persona... se llama Juan y me iba a entregar una importante pieza del rompecabezas para detener el ataque, pero desapareció. Lo estaba escuchando mientras entraba en una reunión con el enemigo, y lo último que oí fue un disparo de arma. Luego perdí la conexión. Eh... al final, el ataque tuvo lugar, pero logramos contenerlo. Robaron datos de inteligencia de otros países. Por fortuna, mis colegas lograron encontrar a Juan y lo salvaron. La audiencia era hoy, y tenía que estar allí.

A Colum le costó mucho entender todo. O imaginárselo. Sonaba como si estuviera hablando de la tierra de las hadas y los elfos. Pero sabía una cosa con certeza. Una persona por la que ella había sido responsable había desaparecido y la amenaza que debió haber evitado terminó ocurriendo.

—Lamento que te hayas perdido la audiencia, muchacha —le dijo—. ¿Por qué era?

—Por mí. Mis superiores iban a juzgar si había cometido algún error. Si debían despedirme.

—¿Eres culpable, muchacha? —le preguntó—. ¿Es culpa de Juan o tuya?

Tragó con dificultad.

—Sí, no debería haberlo enviado a la reunión. Debí haber insistido en que encontráramos otra manera de conseguir información. Sabía que era muy peligroso.

Los labios le temblaron levemente, y Colum deseó tomarla en sus brazos y besarla hasta quitarle el temblor.

—¿Y Juan también lo sabía? —le preguntó.

Danielle asintió.

—Sí, pero todo fue idea de mi colega, Simon.

Colum frunció el ceño.

—¿Simon?

—Es mi jefe. Mi superior directo. Supervisa varias operaciones como esa y sugirió que Juan acudiera a la reunión con Gagas, que es un grupo de piratas informáticos internacionales. Son de

todas partes del mundo, jóvenes de unos veinte años que se establecieron en América del Sur porque es más difícil dar con ellos allí.

Colum debía de tener la mirada más anonadada en los ojos porque Danielle le ofreció una sonrisa delicada.

—Lo siento, he dicho muchas palabras que seguro ni conoces.

—Sí, todo suena a brujería.

Ella asintió con la cabeza.

—He pensado lo mismo de tu época.

—Pero... ¿por qué le hiciste caso a Simon? —le preguntó.

—Es mi superior. Como lo es Roberto para ti.

Colum entrecerró los ojos.

—¿Y no debería haber sido más sensato antes de enviar a Juan a una misión peligrosa en la que lo podrían haber matado?

Danielle tomó una profunda bocanada de aire y clavó la mirada en un punto vacío.

—Sí. Bueno, en realidad, no lo había pensado de ese modo.

—¿No culpas a Simon?

Durante unos segundos, guardó silencio.

—No. Sé que no quería que Juan resultara herido.

—¿Y Simon también tiene una audiencia?

Danielle frunció el ceño.

—No.

—¿No debería tenerla? Si es como Roberto...

Parpadeó desconcertada.

—Eh... Quizás la tenga. Si hubiera acudido a mis entrevistas, lo sabría.

—¿Y si no tiene ninguna audiencia? ¿Qué te dice eso?

De pronto, dejó de fruncir el ceño.

—Que están buscando a alguien a quien culpar. Y no es Simon.

Colum asintió con la cabeza.

—Eres tú.

—Debería haberlo sabido. Tenía un presentimiento en la boca del estómago. Me decía que Juan no debía ir a ese encuentro. Pero Simon era la voz de la razón. Simon sabía mejor. Tiene veinte años de experiencia más que yo. Confío en él... —Tragó con dificultad—. Como confiaba en mi vecino, a pesar de que no había ningún motivo lógico para confiar en él...

Lo miró fijo, y a Colum se le cerró la garganta como si se la estuvieran apretando con un puño.

—¿Qué ha hecho tu vecino? —le preguntó con un tono de voz que sonó como el gruñido de un oso.

Danielle soltó el aliento temblorosa.

—Tenía dieciséis años. Era una niña tímida e insegura que solo tenía un par de amigas y muy poca confianza en mí misma. Él se había mudado a mi barrio hacía unos meses, era un hombre de menos de treinta años. Un contador. Tenía un buen coche. Se veía inteligente y amable. Tenía una novia que habíamos visto en la calle. Sus padres y su hermana venían a visitarlo. Mi madre lo invitaba a tomar el té para ser buena vecina. Y él les daba consejos a mis padres acerca de cómo recuperar una parte de los impuestos. Un día, me invitó a su casa. A mí sola.

A Colum le dio un vuelco el corazón y cerró las manos en puños mientras aguardaba a oír lo que había sucedido a continuación.

El rostro de Danielle era una máscara tensa y tenía la mirada clavada en las manos unidas.

—Me pareció extraño, pero era muy digno de confianza y honesto. Si había alguien en quien se podía confiar, era en ese hombre con ojos amables y un buen trabajo.

—¿Qué hizo? —volvió a preguntar con suavidad.

Danielle lo miró con lágrimas en los ojos.

—Me encerró en su sótano.

A Colum le hirvió la sangre.

—¿Qué has dicho?

—Tenía una habitación preparada con una cama, un escritorio, un lavabo y un fregadero. También había una ducha en una esquina. En la pared, había un espejo que parecía un espejo común y corriente, pero él me podía ver desde el otro lado.

Colum sintió el latido del corazón en los oídos.

—¿Te retuvo prisionera?

Asintió sin apartar la mirada de las manos. Colum estaba dispuesto a matar a alguien, incluido a él mismo. Porque eso era exactamente lo que le había hecho a ella.

—¿Por qué? —ladró la pregunta.

—Por su propio placer. Para observarme. Para ser mi dueño, al igual que otras personas coleccionan insectos, los colocan en broches y los observan morir.

El gruñido que le salió de la garganta lo sorprendió incluso a él.

—Le arrancaría el corazón del pecho con mis propias manos a ese bastardo.

Danielle lo observó extrañada.

—Pasé casi un mes allí. Él me hablaba, pero jamás me tocó. Solo me hacía preguntas y me contaba acerca de su día. Si comenzaba a rogarle que me dejara ir o me largaba a llorar, se marchaba. Jamás hubo ningún comportamiento violento ni ningún avance sexual. No era más que un objeto que había coleccionado, solo quería estudiarme, conocerme y ser mi dueño.

—Maldito bastardo.

—Al final, la policía me encontró y lo arrestaron.

—¿La policía?

—Es el cuerpo de seguridad, los oficiales se aseguran de que se respete la ley y arrestan a los que la infringen. También protegen a los que necesitan ayuda e investigan crímenes. Me estaban buscando y, por fin, me encontraron. Cuando salí... —La voz le tembló—. Mis padres estaban devastados. Los dos habían envejecido diez años. Mi padre ha tenido problemas cardíacos desde entonces. Mi madre sufre de depresión. Mi hermana aún se estremece al oír el nombre de Sebastian. Y yo...

Lo clavó la mirada en los ojos. Colum temblaba por dentro. Estaba desgarrado entre la furia pura que sentía por su sufrimiento y la impotencia de no haberla podido proteger de ese hombre. Y ahora entendía que ella también sabía lo que era encontrarse cautiva en contra de su voluntad. Y que él había sido alguien más que la había privado de la libertad.

—No confío en la gente —continuó—. No salgo con hombres, no tengo amigos, no quiero una relación, ni casarme, ni enamorarme. No quiero tener... intimidad... eh... a nivel sexual. Lo único que tenía era mi trabajo. Y hasta me las ingení para arruinarlo. Permití que le hicieran daño a Juan, que era una víctima inocente a la que podría haber ayudado si hubiera seguido mis instintos y confiado en mí misma, en lugar de hacerle caso a Simon. Y ahora mis instintos me dicen que no puedo permitir que vayas solo al campamento inglés. No podré vivir con mi consciencia si permito que vayas y te maten.

Qué muchacha más dulce. Algo se le estrujó en el pecho.

—Si descubren que eres una mujer, te violarán. Y si lo intentan...

No pudo decir más nada. Un espasmo le cortó las palabras. El horror y los recuerdos de esa noche con la reina y la pequeña Marjorie lo quemaban como carbones calientes.

—¿Qué sucede, Colum? —Se volvió a mirarlo. El árbol caído se sentía duro bajo los muslos, y la corteza le cortaba la tela de los pantalones.

—Te he contado acerca de mis hermanos de armas.

—Sí, pero eso no es todo, ¿no?

La necesidad de contárselo a alguien era como un peso sobre los hombros, un peso que debía quitarse de encima.

—No. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos contra las rodillas. Se pasó los dedos por el cabello y dejó que la cabeza le colgara entre los hombros. Había estado huyendo de esos recuerdos oscuros durante muchos años. Pero ahora, tenía alguien con quien compartirlos y permitió que lo embargaran—. El rey Eduardo, que en ese momento era un príncipe, me convocó a una habitación en penumbras en el calabozo. Me había tenido prisionero durante varios meses. Me había mantenido con vida. Hizo que me curaran las heridas y no dejó de insistir en que me pasara al bando inglés, pero no cedí. Le pedí que me matara porque no iba a sucumbir.

Se mordió el labio inferior hasta que saboreó la sangre.

—Pero supo cómo convencerme. Llegué a la habitación y vi a la reina, la esposa de Roberto, doblada sobre una mesa, con el vestido desgarrado y el trasero al descubierto. Gritaba, sollozaba y lloraba de dolor. Un hombre que la doblaba en tamaño estaba listo para... violarla de la peor manera. ¡Era mi reina, Danielle! —exclamó—. Mi reina. La reina del país que apenas se había parado sobre sus propias piernas como un ciervo recién nacido. La esposa de un rey que era un fugitivo y carecía de hombres y de tierras. Y estaban a punto de arrebatarle lo último que le quedaba de dignidad. Lo poco que le quedaba de honor. Y todo delante de la hija de Roberto, Marjorie, que apenas era una muchacha.

Danielle sollozó y, cuando alzó la mirada, la vio llorar en silencio.

—No podía permitir que lo hicieran, muchacha —continuó con la voz ronca—. No podía permitir que Eduardo le quitara lo último que pudiera, lo único que mantenía a mi rey vivo y batallando: su reina y su hija. Roberto se estaba escondiendo en algún lugar, quizás pasando hambre, quizás herido, quizás intentando aferrarse a lo poco que le quedaba de esperanza y coraje. Lo hubiera hecho por cualquier mujer y por cualquier muchacha. Además, él era mi amigo. El héroe al que admiraba. El hombre para el que luchaba y por el que estaba listo para dar la vida. De modo que accedí. Si Eduardo permitía que la reina y Marjorie se marcharan ilesas, le juraría mi lealtad a Inglaterra. Traicionaría a mi clan. Pelearía por el otro rey con la esperanza de morir a manos de la primera espada escocesa.

Danielle estaba temblando. Se inclinó contra él y le pasó los brazos por el cuello. Colum la envolvió en sus brazos y sintió cómo las lágrimas de la muchacha le humedecían la piel.

—Ojalá hubiera podido proteger a Juan, Colum. Ojalá... alguien me hubiera protegido.

Colum tragó con dificultad.

—Muchacha, sé que ese bastardo te lastimó. Pero te estás privando de mucho.

Danielle soltó un bufido.

—Lo dice el que se meterá en el campamento del enemigo para que lo maten.

Colum volvió a tragar saliva y le clavó la mirada en los labios llenos.

—Me refiero a la parte sexual.

Se quedó paralizada.

—Oh... Es que... Nunca sentí demasiado... en las pocas ocasiones en que intenté...

Si se lo permitía, si lo podía ver como algo más que otro hombre que la había mantenido prisionera, le enseñaría todo lo que se había estado perdiendo.

Algo floreció en su interior, en el lugar donde re albergaba la parte muerta de su alma. Algo que le produjo cosquillas y picazón antes de cobrar vida.

—Te admiro, muchacha. Nunca creí que fuera posible conocer a alguien como tú. Lamento mucho lo que te ha ocurrido y lamento haber sido otro hombre que te retuvo prisionera. Y, a pesar de eso, no me deseas el mal, sino que, por el contrario, estás arriesgando tu vida y tu... empleo en tu época... por mí. Me has vuelto a enseñar lo que es el honor. Me has vuelto a enseñar lo que es vivir.

Al oír esas palabras, inhaló profundo al tiempo que una lágrima le rodaba por la mejilla.

—Por favor, perdóname por haberte tomado prisionera —le pidió—. Por haberte vuelto a encerrar. ¿Podrás perdonarme algún día?

Danielle asintió con la cabeza.

—No lo has hecho por placer, como ese enfermo. Lo has hecho para salvar a tu país. Creíste que era una espía. Si me hubiera encontrado en una misión y hubiera capturado a un espía extranjero, hubiera hecho lo mismo.

Una ola de alivio le recorrió todo el cuerpo. No tenía idea de por qué era tan importante que le creyera, que supiera que no se parecía en nada a Sebastian.

—Qué bien, porque voy a viajar a tu época para matar a ese bastardo si aún te sigue privando de vivir tu vida y experimentar todo... lo que una mujer debería sentir.

No sabía lo que decía. No tenía ningún derecho a hablarle de ese modo, como si fuera su prometido o su marido.

—¿Y tú sabes lo que debería o no debería sentir? —le preguntó con la voz baja y ronca.

Por todos los cielos, le encantaba esa voz. Todo el cuerpo le ardía. Anhelaba demostrarle lo que se había perdido durante todos esos años por un hombre cuya vida no valía ni una gota de la sangre de esa mujer.

—Sé que deberías mantenerte alejada de mí, muchacha. Sé que deberías tomar el caballo y la bolsa y cabalgar hasta Bannockburn para atravesar la piedra y jamás mirar hacia atrás. Porque si no lo haces...

Guardó silencio; el corazón le latía tan desbocado que no podía oír su propia voz.

—¿Qué? —le preguntó—. Si no lo hago, ¿qué?

Las palmas le picaban de las ansias de tocarla, de recogerla en sus brazos y cargarla hasta una cama hecha para una reina, de adorarla como la diosa que era. En parte por eso quería contenerse. No podía brindarle la experiencia que se merecía en ese campamento en el medio del bosque.

Apretó los puños en un último intento de contenerse.

Se puso de pie y se apartó de ella. Ya le había quitado la libertad y su hogar. No tenía derecho a quitarle más nada...

—Nada, muchacha —respondió—. Me estoy aferrando al poco control que me queda. Te deseo como jamás he deseado a una mujer en mi vida. Y no te puedo hacer esto.

Danielle se puso de pie y le apoyó la palma caliente sobre el hombro para hacerlo volver el rostro hacia ella.

La miró a los ojos, que destellaban. Danielle soltó un bufido.

—¿Crees que soy una florcita, una margarita que se hará añicos con una caricia? ¿Crees que él me ha roto? —Mientras hablaba, fue alzando la voz—. Jamás he sentido nada por nadie, nada similar a lo que he sentido cada vez que me has tocado. Cuando nos besamos... Nunca creí que

mi cuerpo fuera capaz de cantar de ese modo. Tus caricias me han hecho feliz.

Eso fue suficiente. No hubo más dudas, ni titubeos, ni remordimientos.

Le pasó el brazo por la cintura, la estrechó contra su cuerpo y reclamó lo que había anhelado desde lo que le parecía una eternidad.

CAPÍTULO 18



LA BOCA de Colum era seda y pecado. Sabía a libertad, a bosque y a hombre.

Era delicioso. Abrasador.

No se limitó a besarla. La demandó. La ansió. Bebió de ella como un hombre sediento. Como un adicto.

La lamió y le enredó la lengua con la suya; le pasó la punta de la lengua por el techo de la boca. Un gruñido le resonó desde el pecho, y Danielle sintió que se le tensaban las paredes internas al tiempo que se le humedecía la zona de la entrepierna.

¿De dónde provenía ese dolor, esa urgencia por la siguiente caricia, por la siguiente dosis de esa droga?

En ningún momento dejó de gemir o de ronronear como una gatita que anhelaba sexo. Jamás se había oído emitir sonidos similares... De pronto, enredó los dedos en el cabello largo y sedoso de Colum.

Las lenguas se enredaron en un baile salvaje. Los labios se rozaron y se unieron.

Colum la envolvía en sus brazos que parecían varas de hierro, pero en lugar de sentirse atrapada o encerrada, se sintió a salvo... y excitada.

De hecho, ardía de ganas de estar más cerca de él, más apretada contra él, piel contra piel. Le pasó una pierna por la cadera y se frotó contra una erección muy larga y dura. No tenía idea de si lo estaba haciendo bien o de si él lo disfrutaría. Las pocas veces que había tenido sexo, había sido incómodo y siempre había esperado a que el acto acabara pronto. Pero en esta oportunidad, era diferente.

Colum, por su parte, le apretó las nalgas con las dos manos y la instó a seguir mientras comenzaba a mecer las caderas al mismo ritmo. Danielle soltó un jadeo contra la boca; la dulce fricción creaba una sensación deliciosa, un placer que jamás había experimentado.

Solo sabía una cosa con certeza. Jamás quería que eso acabara. De hecho, quería más. Era extraño. No era virgen, pero todo eso era nuevo. Nuevo, maravilloso y excitante.

—Por favor... —le susurró contra la boca—. Por favor...

—Por favor, ¿qué, muchacha? —le preguntó con una voz suave como el *whisky* añejo.

—Eh... No lo sé... —Jadeó—. Todo.

Colum soltó un gruñido bajo parecido al de un lobo satisfecho.

—¿Quieres que te toque, muchacha?

Tragó saliva al tiempo que el sexo se le tensaba por la pregunta.

—Sí.

Hasta ella misma podía oír el palpito doloroso que cargaba su voz. Colum volvió a gruñir.

Sin quitarle las manos del trasero, la levantó para que le pasara las piernas por la cintura.

Luego avanzó con ella abrazada a su cuerpo como un koala y la depositó sobre la bolsa de dormir. El suelo bajo la espalda estaba duro. Colum le subió la túnica y se quedó congelado por el asombro mientras le observaba los pantalones vaqueros.

—¿Cómo...? ¿Qué es esto?

De no haber estado tan excitada, se habría reído.

—Un botón —le dijo mientras lo desabotonaba—. Y un cierre.

Se bajó el cierre mientras la miraba.

—¿Son los pantalones del futuro?

—Sí...

Se rio con una sonrisa ladina y juguetona que jamás antes le había visto. Se preguntó si había sido así antes de que lo aprisionaran en Berwick. Un joven sin preocupaciones, confiado y popular que sabía cómo complacer a una mujer.

Se preguntó cómo habría sido ella antes de que la aprisionaran... ¿Habría tenido una sonrisa que ya no tenía? ¿Se habría sentido de ese modo con cualquier hombre con el que tuviera relaciones íntimas de no haber atravesado por ese trauma con Sebastian?

La sonrisa de Colum derriñó algo en lo más profundo de su ser.

El *highlander* le bajó los vaqueros por los muslos y clavó la mirada en las bragas. Era una prenda simple y negra, y Danielle deseó haber tenido puesto algo más sofisticado.

Sin embargo, como la forma en que la observaba Colum le dijo que no deseaba lo mismo, se quedó quieta, dejó de respirar y se concentró en el modo en que la recorría de pies a cabeza con los ojos negros y líquidos. Se inclinó contra su estómago y se acercó al borde de las bragas. El aliento casi le quema la piel.

—Me estás matando, muchacha. Eres muy hermosa.

Esas palabras le hicieron contener el aliento. Luego, Colum tomó el borde de las bragas entre los dientes y se las bajó. Sentir la barba y la nariz acariciándole la piel le resultó electrizante.

Tras quitarle la ropa interior, volvió a subir lentamente por las piernas besándole la cara interna de los muslos. Danielle no dejaba de estremecerse. ¿Acaso esos ojos oscuros y derretidos eran un indicio de que le agradaba lo que veía? Acababa de decirle que era hermosa: ¿lo habría dicho en serio?

Danielle jadeó mientras observaba cómo la cabeza se acercaba cada vez más a la unión de sus muslos. La respiración le hacía eco en los oídos, y sintió como si tuviera los tímpanos tapados.

—Colum...

Nadie le había hecho eso antes. En tres ocasiones, los hombres le habían hecho sexo oral, pero no había sentido nada. No se podía relajar. No podía confiar en ellos. Había sentido la barrera entre su cuerpo y su mente como una pared de hormigón.

Pero ese no era el caso en ese momento. Algo era diferente con él. O, a lo mejor, ella era diferente estando allí con él. Nunca le había contado a nadie lo que le había contado a él acerca de Sebastian. O de su vida privada. O del sexo.

¿Cómo era posible que confiara en ese hombre más que en cualquier otra persona que había conocido? Ese hombre la había tratado como a una enemiga...

Todos los pensamientos se le evaporaron cuando colocó la palma contra la cara interna de los muslos para separárselos.

De pronto, yacía desnuda y vulnerable para que la viera. Se sintió como si la hubiera pelado hasta abrirla, como si hubiera bajado las murallas ante él y no tuviera más defensas. Como si por fin pudiera dejar de luchar.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida, Danielle. Y no estoy hablando solo de tu cuerpo. También de ti, por dentro. Eres hermosa en cuerpo y alma.

Se le contrajo la garganta y le clavó la mirada en los ojos. Casi le producía dolor oírlo, pero le resultaba tan seductor creerlo. Nadie nunca le había dicho algo similar. Nadie le había ofrecido cumplidos ni por su apariencia, ni por su personalidad. Quizás eso se debía a que no permitía que nadie se le acercara lo suficiente como para sentirse seguro haciéndolo.

Colum le acarició el sexo, y el calor y el roce le hicieron sentir una descarga de placer en todo el cuerpo. Acto seguido, le apartó los pliegues, se inclinó y la lamió de arriba abajo.

Danielle jadeó y arqueó la espalda al tiempo que enredaba los dedos en la manta de lana y sentía la tela áspera bajo la piel.

—Sabes deliciosa, muchacha —le confesó en un murmullo.

«Más. Más. Más».

Como si fuera capaz de oír su voz interna, Colum enterró la boca entre sus pliegues y le sujetó los muslos con las manos grandes y se los masajeó.

«Así es como debería sentirse. Un calor increíble. Un dolor tenso. Un anhelo. Mucho placer».

Así se sentía estar en los brazos de un hombre que sabía lo que estaba haciendo. Que tenía control total de su cuerpo, porque ella se lo había entregado por voluntad propia. Y eso le encantaba.

La lamió, la succionó y la provocó. Se dio un festín, la mordisqueó y la excitó. El placer fue aumentando y se intensificó. Danielle quiso más y más.

Colum le introdujo un dedo en el interior, y luego otro más. La invasión fue absoluta, y su rendición, irrevocable. Las sensaciones la embargaron, y cuando comenzó a frotarle los dedos contra el clítoris en movimientos circulares mientras la penetraba más con los dedos, una ola de algo exquisito comenzó a formarse en su cuerpo. Le recordó a un huracán.

—Oh, Colum... —jadeó—. ¡Oh, Colum!

—Sí, muchacha —murmuró contra sus pliegues—, no te resistas. Muéstrame cómo acabas. Acaba sobre mis dedos, dámelo todo.

—¡Oh! —El orgasmo la arrasó como una muralla de placer. Las estrellas explotaron detrás de sus ojos y no dejó de sentir convulsiones dulces e intensas.

—Oh, muchacha, cómo cabalgas mis dedos —murmuró Colum con la voz ronca—. Estoy a punto de explotar de solo pensar cómo cabalgarás mi miembro.

Cuando se quedó acostada y quieta, disfrutando los efectos del orgasmo, Colum la observó con sus ojos oscuros.

—Muchacha, ¿acaso sabes lo hermosa que eres? Verte recibir placer y saber que soy yo quien te lo da, que soy yo el que te adora y te observa regresar a la vida... Es como si yo también regresara a la vida.

Danielle sintió un nudo en el pecho que se tensaba cada vez más. Colum se estiró sobre su cuerpo y la observó apoyado sobre un codo. Era tan atractivo que pertenecía en una película. No había hombres como él, no existían, al menos no en el mundo real.

—Y si... si hubieras deseado quedarte en mi mundo, si no hubiera estado en una misión suicida, si tuviéramos una oportunidad de amarnos... —Danielle dejó de respirar mientras esperaba que siguiera hablando—. Te protegería de cualquier daño, de cualquier falta de respeto. Te escudaría con mi cuerpo y te defendería con mi espada.

Los ojos le ardían y, por primera vez, se sintió a salvo. Protegida. Colum había confiado en ella lo suficiente como para compartir su secreto con ella. Y ella había confiado en él y le había

compartido su dolor y su vulnerabilidad.

—Pero ¿quién te protegerá a ti? —le preguntó en un susurro.

Hubo un momento en que la furia que había brillado en sus ojos se disolvió y las paredes que había fortificado a lo largo de los años se agrietaron. Y, a través de las grietas, vio el dolor, la soledad y el temor que también residían en ella.

—No le has contado a nadie lo que te ha pasado, ¿no? —Estiró los brazos y le tomó el rostro entre las manos. Colum inspiró hondo al sentir su caricia, pero no se apartó—. Déjame ser tu protectora. No tienes que ser fuerte todo el tiempo.

Se enamoró de él aún más, mucho más en ese momento. Porque no se apartó. Ni la atacó verbalmente. Se quedó quieto, con toda la angustia al descubierto y expuesta para que ella la viera.

Danielle se apoyó sobre el codo y lo besó. Fue un beso diferente. Lento y suave, como la caricia de una nube. Le dio besos de mariposa. Besos que le decían: «Me gustas. Yo te protejo. Quiero todo de ti». El dolor, la angustia y los pensamientos más oscuros. Todo.

Colum soltó un gruñido, y Danielle se aferró al cuello de la túnica para quitársela por la cabeza con la ayuda de él. El pecho duro y ancho, con los bíceps sobresalientes como peñascos, la cadera angosta y el estómago esculpido, quedó al descubierto. Unas cicatrices plateadas de viejas batallas le cubrían el cuerpo y la hicieron estremecer de pensar en los momentos en que lo habían lastimado.

Le pasó el brazo por el cuello y lo jaló hacia ella para besarlo. Era grande, pero su peso se sentía agradable, al igual que su sabor y su aroma. La cercanía la hizo hervir a fuego lento.

La besó con la lengua, le dio caricias largas y deliciosas, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y hubieran sido creados para vivir ese preciso momento en ese mismo sitio. Solo existía su aliento agitado, las caricias delicadas de sus lenguas y el roce de las manos ásperas de Colum contra su cuerpo.

Le introdujo la mano por debajo de la túnica, y la piel callosa la hizo estremecer. Le quitó la túnica por la cabeza y la arrojó a un lado. Luego le quitó la blusa. El aire contra la piel desnuda hizo que se le endurecieran los pezones. El bosque que los rodeaba era como un castillo; los árboles, como murallas. El sol y el cielo que se dejaban entrever entre las ramas y las hojas de los árboles, el cielorraso.

Le recorrió el cuerpo desnudo con la mirada ardiente.

—Muchacha... Jamás he sentido nada como esto. Nunca.

—Yo tampoco.

Se inclinó hacia adelante y le tomó un seno con la palma de la mano antes de llevarse el pezón a la boca y comenzar a succionarlo. Danielle arqueó la espalda al sentir el placer que la embargó en la entrepierna.

—¡Oh!

—Sí, muchacha —murmuró mientras la succionaba—. Gime, grita y dime cuánto te gusta.

—Oh, Colum. —Le enterró los dedos en el cabello.

En respuesta, le tomó el otro seno en la palma y continuó besando y succionando el primer pezón. Con la mano, le masajéó el otro seno y le dibujó círculos alrededor del pezón con el pulgar. Danielle se mordió el labio. De pronto, apartó la mano de su seno y fue bajando por su cuerpo y besándole el estómago. Un temblor la recorrió entera. Le separó los pliegues del sexo y le recorrió la zona humedecida con un dedo.

—Muchacha, estás tan húmeda... Tan lista para mí...

Cuando le introdujo un dedo, se tensó alrededor de él, pero Colum no se detuvo, sino que

comenzó a dibujarle círculos alrededor del clítoris y a embestirla con el dedo.

Danielle seguía teniendo la zona muy sensible, casi al punto de sentir dolor, pero eso hizo que cada caricia y cada sensación se sintieran más intensas.

—Oh, qué dulzura, muchacha —murmuró—. Tan dulce, tan cálida, tan voraz.

—Ah... —Lo cierto era que tenía un hambre voraz. Por él. De repente, el dedo no bastó. Quería sentirlo en lo más profundo de su interior, embistiéndola y llevándola al borde del abismo—. Quiero tenerte. Bien dentro.

Colum dejó de mover los dedos y la miró a los ojos.

—¿Estás segura, muchacha? Puedes decir que no. Puedes hacer que me detenga.

Tragó con dificultad.

—Soy una mujer excitada que arde de deseo por ti. Pero tendrás que correrte afuera... No utilizo ningún método anticonceptivo. ¿De acuerdo?

Colum asintió y soltó un gruñido.

—Ay, muchacha, ¿qué me haces?

Se colocó encima de ella y se acarició la erección. Era la primera vez que Danielle la veía y tuvo que contener un jadeo. Era enorme, grande y gruesa. Colum la colocó en la entrada de su sexo con los ojos ardientes y una expresión de dolor en el rostro. Con la cabeza del miembro, le acarició el sexo y le hizo círculos alrededor del clítoris. Danielle arqueó la espalda sintiendo el placer que la envolvía en un baile salvaje y primitivo.

Luego se deslizó en su interior con una embestida profunda. Los dos se arquearon, y Colum maldijo por lo bajo.

—Muchacha, qué bien te sientes. Oh, cielos.

La llenó y la estrechó. En ningún momento le apartó la mirada de los ojos. Los de él estaban tan oscuros, que Danielle se hundió en ellos. Durante unos instantes, no se movió, y Danielle se vio obligada a jalar de él para que se hundiera más profundo en ella.

La conexión que había entre ellos la envolvió como una manta cálida.

—Ahora eres mía, muchacha —le susurró—. Mía.

El corazón le dolía de oír eso.

Y luego comenzó a moverse, y Danielle soltó el aliento que había estado conteniendo y arqueó el pecho y le apretó las piernas alrededor del cuerpo. Se sintió delicioso. Cuanto más duro y más rápido la embestía, más caliente se sentía. Gimió y se adaptó al ritmo y a él. Se rindió.

—Colum... —se oyó gemir.

El *highlander* le acomodó una pierna contra el pecho y la embistió más profundo, hasta que la estiró al límite. Danielle, que hasta entonces se creía fría y frígida, estaba húmeda, cálida y llena de sensaciones que le producía ese hombre, sensaciones que se creía incapaz de experimentar.

—Muchacha, te sientes celestial. Hace días que te deseo.

No podía responder; lo único que podía hacer era seguir las embestidas con las caderas, anhelar más de esa conexión sedosa, líquida y cálida. Se le escaparon varios gemidos felinos de placer de la garganta. Se estaban hundiendo juntos. Se hundían en algún punto entre el pasado, el presente y el futuro, en un sitio que no podía existir, pero en el que ambos estaban destinados a estar.

Y de repente el orgasmo la embistió como un camión a máxima velocidad, y gritó al tiempo que unas olas intensas la embargaron. Colum soltó una maldición y salió de ella, sin dejar de acariciarse el miembro mientras acababa sobre su estómago.

Al cabo de un momento, se dejó caer sobre ella, rodó a un costado y se acomodó la cabeza de

la muchacha contra el brazo. Los dos jadeaban, y Danielle sintió que estaba volando, como si no hubiera más secretos ni paredes entre ellos.

Le acababa de brindar la experiencia sexual más increíble e intensa de su vida. Había pasado de ser un palo frígido a esa... esa diosa del sexo que acababa de tener dos orgasmos y estaba lista para más.

—Dos orgasmos en una noche. No sabía que era capaz de eso. Supongo que tiene que ver con hacerlo con el hombre adecuado.

Colum la acercó más a su cuerpo y le depositó un beso en la frente.

—Me estoy enamorando de ti, muchacha.

Las palabras hicieron que se le estrujara el corazón. No se atrevía a respirar. El nudo que se le formó en el pecho se estrechó hasta producirle dolor. Y luego se rompió como si hubiera habido demasiada tensión y algo lo hubiera deshecho para calentarle el corazón.

—Yo también me estoy enamorando de ti —respondió con suavidad.

Y, oh, cuánto le dolería que él muriera o que tuviera que abandonarlo para siempre y regresar a su propia época.

CAPÍTULO 19



—¿Y qué tienes en mente? —le preguntó Danielle al día siguiente agachada frente a un pequeño arbusto de fresas—. Para cuando llegues a Berwick. ¿Lo has pensado?

Colum extrajo los utensilios para encender el fuego. Se habían detenido en un sitio bien resguardado para pasar la noche. Si bien esperaba que Geoffrey se hubiera dado por vencido con la búsqueda, no podía bajar la guardia. No había nada más importante que mantener a Danielle a salvo. Se encontraban en lo más profundo del bosque. Había muchos pinos escoceses allí, y las copas tapaban la luz. Un pequeño arroyo borboteaba cerca. Era un sitio tranquilo y oscuro que olía a pinochas y hongos.

Colum sopló sobre las brasas y, cuando la fogata comenzó a arder, le respondió:

—Me voy a escabullir en el campamento y buscaré la tienda de campaña roja en el cuadrante noreste.

—De acuerdo —repuso mientras se incorporaba y se alejaba unos pasos antes de volver a arrodillarse—. Y luego un ejército de veinte mil hombres te detendrá antes de que llegues al rey.

Colum era consciente de cada uno de sus movimientos, incluso mientras armaba la pila de leña y agregaba ramitas. A decir verdad, no había pensado mucho en el plan desde que hicieron el amor la noche anterior. Y ahora se sentía diferente. No era el mismo hombre que había partido con un espía inglés hacia Berwick con la misión de asesinar al rey inglés o morir en el intento. Ahora tenía algo por lo que vivir, alguien... Aunque solo fuera por unos pocos días y no por toda la vida.

Antes de que pudiera decir algo, Danielle tomó una profunda bocanada de aire.

Colum se incorporó de un salto y se llevó la mano hacia el mango de la *claymore* al tiempo que recorría los troncos de los árboles que los rodeaban con la mirada en busca de alguna señal de peligro. Pero no vio nada. La muchacha se encontraba de pie entre los árboles a unos diez metros de distancia y tenía la mirada clavada en algo que yacía en el suelo.

—¿Qué sucede, muchacha? —le preguntó.

—Son morillas venenosas.

—¿Qué? —Eliminó la distancia que los separaba. Danielle tenía un puñado de fresas apretado contra el estómago y se encontraba de pie sobre una zona vasta donde crecían unas extrañas matas marrones. Colum supuso que eran hongos. Había comido algunos que se parecían mucho a esos y sabían bastante bien.

—Son morillas venenosas —repitió fascinada—. Estoy segura. Debo verificarlo. Dame la daga.

Le entregó la daga que utilizaba para los alimentos, y Danielle le dio el puñado de fresas. Acto seguido, se arrodilló y escogió un hongo grande y marrón que parecía un trozo de cerebro

viejo y en estado de descomposición. El tallo era grueso y blanco, y Danielle lo estudió con detenimiento.

—Cuando íbamos a acampar con mi padre, esa es una de las cosas que aprendimos —le explicó—. A buscar comida. Identificar los hongos comestibles, como las morillas, y los que son venenosos. Las morillas tienen el sombrero como un panal y por dentro —cortó el hongo en dos y vio que estaba lleno de una sustancia blanca hasta la parte superior— deberían estar huecas y vacías. Esta es una morilla venenosa.

Colum frunció el ceño y observó el claro lleno de sombreros marrones que crecían entre el césped verde.

—De acuerdo. ¿Y?

—Y —continuó Danielle con los ojos iluminados—, es venenosa. Provoca vómitos, dolor abdominal, diarrea, mareos, dolor de cabeza... todos los síntomas típicos del envenenamiento.

Colum frunció más el ceño.

—¡Entonces no deberías tocarla con las manos!

Danielle se rio.

—¡Tienes toda la razón! Hasta inhalar las esporas es peligroso. He leído que tiene una toxina: la monometilhidrazina...

—¿La mono... qué?

—La monometilhidrazina. Es uno de los componentes del combustible para cohetes en mi época.

Colum volvió a fruncir el ceño confundido. ¿De qué diantres hablaba?

—No importa —le dijo al ver su reacción.

Le dio una palmadita en la mano, y el hongo cayó al suelo.

—Danielle, hablo en serio. ¡Ni se te ocurra volver a tocarlas!

Danielle soltó un suspiro y le ofreció una sonrisa de oreja a oreja.

—Sostenerla al aire libre está bien si te lavas las manos después, pero comerla es muy peligroso y hasta puede resultar mortal...

Colum alzó el rostro y vio que se le comenzaba a formar una idea detrás de los ojos.

—¿Qué tienes en mente, muchacha? —le preguntó.

Ella se rio.

—¿Quieres detener al ejército inglés? En lugar de intentar matar al rey, pon estos hongos en los calderos de todo el campamento.

CAPÍTULO 20



—Oh, por todos los cielos, está allí —masculló Danielle a los dos días mientras se asomaba desde detrás de una colina a espiar.

A Colum le dio un vuelco el estómago al seguirle la mirada. A través de los arbustos y el césped, una vista espectacular se abría ante ellos.

Tiendas de campaña, caballos, carretas y hombres armados, una gran masa de gente, se expandía por doquier sobre las colinas que rodeaban Berwick y parecían un manto de hormigas revoltosas. Hormigas armadas con lanzas, espadas, arcos y los mejores caballos de guerra que el oro podía comprar. Había estandartes con los colores ingleses, galeses y otros que no reconocía y se mecían con el viento por todos lados. Se preguntó si esos serían los caballeros que habían viajado desde Francia, Alemania y otros reinos de Europa del Este. Los habían contratado con dinero y les habían prometido tierras y gloria.

Entrecerró los ojos y escaneó los alrededores que conocía muy bien gracias al tiempo que había pasado en el castillo de Berwick.

El castillo en sí se ceñía en la distancia sobre la colina que se erguía al lado del río. Tenía tres hileras de murallas y grandes patios internos. Del otro lado, se encontraba el mar del Norte y los acantilados que se aseguraban de que el castillo fuera impenetrable.

De ese lado, la aldea de Berwick flanqueaba el castillo; una colina con una pendiente pronunciada conducía a él. Varias torres se alzaban hacia el cielo en las esquinas de las murallas. Había una portería gigante con dos torres redondeadas a ambos lados de las puertas que se alzaban altas por encima del puente levadizo que conducía al interior del castillo: su prisión. El lugar de su vergüenza, donde lo habían roto en más formas de las que podía contar.

En el transcurso de los últimos tres días, había hablado del tema con Danielle. Le había contado más cosas de las que jamás le había compartido a otro ser vivo. Al saber que ella comprendía lo que había vivido, le resultó más fácil abrirse, pero eso no era todo. En el fondo, eran muy similares. Ella era una mujer de honor tanto como él era un hombre de honor. Danielle tenía un corazón bondadoso y quería mejorar la vida de las personas y protegerlas de cualquier amenaza.

Le había enseñado un juego: el ajedrez. En una de las paradas, habían creado las piezas del juego con piñas, ramas y piedras y jugaron en el suelo. Por lo general, la muy astuta lo derrotaba, pero él también había ganado alguna partida.

A pesar de sus diferencias, se complementaban. Danielle le había dicho que solía ser más callada y reservada frente a la gente. Colum siempre sintió la necesidad de estar acompañado. Quizás era por eso que a ella le iba bien trabajando sola o con pocos informantes o espías, mientras que él sentía la ausencia del apoyo y la amistad de los miembros de su clan como un

gran hueco en el centro del alma. La mayoría de sus verdaderos amigos habían muerto luego de la batalla de Methven, y quienes no sabían lo que le había pasado, que en esencia eran todos menos Roberto y el tío Aulay, aún lo trataban como a un traidor. No le dirigían la palabra y lo trataban con frialdad, lo que constituía demostraciones silenciosas de sus opiniones y desconfianza. Lo trataban como si fuera una serpiente que pudiera atacar y matar en cualquier momento.

Colum echaba de menos las peleas tontas, el apoyo fraternal y la confianza tácita. Necesitaba hablar con la gente a diario. Echaba de menos ser el centro de la fiesta, reírse, bromear y hacer que todos sintieran alegría. Y ella... le había demostrado que estaba bien estar solo y sentir la alegría, la risa y la certeza de estar completamente vivo.

Pero jamás se había sentido más vivo que cuando le hizo el amor. Habían hecho el amor todas las noches, así como también cada vez que se detenían para comer o para que descansara el caballo. En una oportunidad, lo habían hecho encima del caballo; Danielle estaba delante de él, y Colum le deslizó la mano por el espacio estrecho entre los pantalones y la piel y la hizo acabar mientras cabalgaban. A las aves y los árboles no les importaba.

Danielle era su amiga, una guerrera a su lado, y la mujer de la que se estaba enamorando. Era la mujer que no pertenecía a esa época. La mujer que jamás sería su esposa porque si no se moría, se marcharía para regresar al siglo XXI.

Danielle se mordió el labio succulento que Colum ansiaba saborear.

—¿Cómo haremos para hacerles ingerir suficientes hongos?

—El rey y los comandantes comerán juntos mientras trazan el plan de ataque —le respondió—. Quizás deberíamos envenenar esa comida. Los guerreros no atacarán sin los comandantes.

Eduardo II se retorcería y gatearía aferrándose el estómago como lo había hecho la reina Isabel en el intento desesperado de escapar de su atacante. Mientras lo hacía, Colum le cortaría la cabeza del cuello.

El hombre le había destruido el alma... hasta que Danielle había llegado para demostrarle que no estaba tan maltrecha como él creía.

—Está bien. Entonces debemos buscar la tienda de campaña roja.

—Sí, muchacha.

Danielle le dio la vuelta al campamento y se apoyó contra la pendiente pronunciada del campo cubierto de césped. El caballo pastaba unos cinco metros más abajo. Colum inspiró el aroma a tierra cálida y césped húmedo.

—Debemos ocultar cualquier señal que te delate como escocés —señaló la muchacha, y se volvió a distraer con esa boca deliciosa.

—Mi espada —dijo tragándose la lujuria—. Es una *claymore*. Y el *lèine-croich*. Sin dudas, mi acento. Pero si no puedo hablar...

Danielle asintió.

—Bueno, observemos un poco el campamento para ver dónde están las debilidades.

Se inclinó a besarla como para recordarse de por qué tenía que luchar.

—Muchacha, conozco un campamento inglés al derecho y al revés, es igual a un campamento escocés. —Señaló las pequeñas figuras que llevaban leña desde el bosque hacia el campamento.

—Tenemos que aparecer como si estuviéramos llevando algo. Debemos hacernos invisibles. Puede que el ejército tenga veinte mil almas, pero hay miles más para servirles. Campesinos, cocineros. —Señaló el campamento donde varios hombres y mujeres preparaban comida—. Cazadores. —Apuntó al hombre que llevaba conejos colgados del hombro—. Los que traen

provisiones de la aldea de Berwick y compren hasta el último pescado, trozo de queso y hogaza de pan que se ha horneado en los últimos días. Los criados que van a los arroyos a lavar las prendas sucias de los señores.

Danielle sonrió.

—Sí, los criados parecen invisibles. Nos ocultaremos así. ¿Cuáles son los trabajos más comunes?

—Cortar leña para calentar los calderos. —Asintió hacia el otro extremo del campamento donde un grupo de caballos pastaban dentro de un cerco—. Cuidar los caballos. —Asintió hacia lo más profundo del campamento, donde varios hombres luchaban y disparaban flechas a distintos objetivos en medio de un claro—. Limpiar y afilar las armas y las flechas.

Danielle asintió.

—Okey. ¿Cuándo quieres hacerlo?

Colum entrecerró los ojos.

—Esta noche.

—Ocultaremos tu espada bajo la capa. Estoy segura de que la necesitarás. De ningún modo te dejaré entrar en un campamento de veinte mil hombres sin un arma para protegerte.

Colum se rio.

—Muchacha, no estás a cargo de mi seguridad.

Danielle negó con la cabeza.

—Sí, claro, mi apuesto *highlander*. Lo que tú digas.

Entonces ¿por qué se sentía todo lo opuesto a lo que acababa de decirle?

No tuvo tiempo de responder el comentario sarcástico, porque Danielle continuó.

—Nos moveremos por el campamento por la noche como si estuviéramos llevando algo. Quizás la leña será lo más fácil. Todos necesitan leña. No te olvides del acento. Intenta no decir nada, pero si debes hacerlo, ¿puedes imitar un buen acento inglés?

—No lo creo —admitió—. Podría intentar uno de las Tierras Bajas. Sin dudas, hay varios clanes de las Tierras Bajas por aquí.

—De acuerdo. Esto va a funcionar.

Pero Colum era más sabio y tenía la certeza de que eso no era bueno. Debía convencerla de que no fuera con él.

—Muchacha, te ruego que te quedes aquí. ¡No vengas!

—Pero hemos acordado...

—Una cosa es ir a una misión suicida estando solo y listo para morir...

Y otra era ir con la mujer de la que se estaba enamorando.

—¿Listo para morir? —le preguntó—. Eso ha cambiado, ¿no?

Un escalofrío lo recorrió entero al comprender que eso era exactamente lo que había querido. Recordó a sus amigos decapitados, descuartizados y las entrañas esparcidas por todos lados... Debería haber sufrido el mismo destino. Aún no pensaba que lo deberían haber dejado vivir cuando otras personas que eran mejor que él habían muerto.

La miró a los ojos.

—Por primera vez, muchacha, tengo algo por lo que vivir —le confesó.

Los ojos de color azul glaciador se tornaron de un hermoso tono turquesa.

—Sí, es cierto. —Le tomó el rostro entre las manos—. Por mí.

El beso fue suave, lento y tan delicioso como un banquete. Cuando la soltó, la miró a los ojos.

—Si alguien intenta hacerte daño, te salvaré, muchacha.

Aunque eso significara que estaría distraído cuidándola en lugar de cuidar su propia espalda. Danielle era más importante que su propia vida.

—Pero te diré algo —continuó mientras miraba por el borde de la colina hacia el campamento—. No volveré a ser un prisionero. Si me atrapan, considérame un hombre muerto.

—Colum, no lo dices en serio.

El alma le dolió al recordar los meses agobiantes que había pasado en Berwick. La piel se le cubrió de sudor y se le aceleró el pulso. Apretó el mentón y sintió que se le debilitaban las piernas.

—La última vez, me rompieron. Si me vuelven a atrapar, buscaré el modo de que me maten.

—En ese caso, tendré que sacarte de allí —le dijo—. Porque no estoy lista para dejarte.

CAPÍTULO 21



EL CAMPAMENTO ERA un mar de fogatas anaranjadas en la oscuridad mientras Danielle bajaba la pendiente de la colina entre los árboles, las piedras y los arbustos. Colum iba a su lado, tan silencioso como un puma, con la mano en el mango de la espada, los hombros erguidos y los ojos oscuros en alerta. Habían recogido ramas para la leña en el bosque y ahora llevaban las pilas en los brazos.

Los aromas de la leña, el césped húmedo y las hierbas pendían en el aire. Un búho ululó en algún punto detrás de ellos. Varias nubes oscuras pasaban por delante de la luna y teñían el cielo de un gris plateado.

A Danielle le tamborileó el corazón en los oídos. ¿De verdad estaba haciendo lo mejor al quedarse? No tenía dudas de que debía ayudar a Colum, pero ¿y si se quedaba allí varada? ¿Y si resultaba herida? ¿O si moría? Además, era arriesgar la vida por un hombre de otra época, al que conocía hacía tan poco tiempo... Pero no se sentía como un desconocido. Y no podía obligarse a dejarlo.

Se estaba enamorando de ese hombre que le había desmoronado el cuerpo y le había devuelto a la vida la parte de ella que creía muerta. La parte que siempre creyó que debía proteger.

Había mantenido a la gente alejada para que nadie traicionara su confianza y la lastimara. Su trabajo era la excusa perfecta para mantenerse alejada de las relaciones. Solo las personas allegadas sabían a qué se dedicaba, y siempre se había dicho que eso era lo mejor. Si no permitía que nadie ingresara en su vida, no tenía que mentir.

Si la misión acababa bien, regresaría a su época para que la despidieran, pero y luego ¿qué? No podría seguir utilizando el trabajo como excusa para mantener a la gente alejada.

No tenía ninguna respuesta. Lo que compartía con Colum no tenía futuro, sin importar lo convencida que estuviera Sineag de que ese hombre estaba destinado para ella. Lo recordaría como una aventura en medio de unas vacaciones y siempre estaría agradecida de que le hubiera hecho sentir todas esas cosas maravillosas.

Pero, de momento, tenía que protegerlo. Cuando *sir* Geoffrey y sus hombres lo capturaron, había visto lo aterrado que había estado de volver a encontrarse en manos de los ingleses; era el pánico de un animal enjaulado. Para él, estar encerrado era un destino peor que la muerte.

Cuando llegaron al campamento, el pulso le latió acelerado en las palmas. Danielle se cubrió la cabeza con la cofia para ocultar el cabello. Colum echó una mirada rápida hacia el campamento. En la tienda de campaña más cercana reinaba el silencio. La siguiente fogata se encontraba a unos cinco metros de distancia. Habían montado las tiendas de campaña en hileras para que la gente pudiera moverse por el campamento. Varias pilas de leña, cestas y cofres yacían entre ellas. Bajo el manto de la oscuridad, Colum le pasó el brazo por la cintura a Danielle

y le dio un beso largo en los labios que la tomó por sorpresa y le hizo sentir debilidad en las rodillas.

—Ten cuidado, muchacha —le dijo, quemándole el rostro con la mirada oscura y cálida.

—Tú también —le susurró.

Luego la soltó. Cada uno llevaba una gran bolsa llena de morillas venenosas en la cintura.

Se movieron por el campamento manteniendo una tienda de campaña de distancia entre ellos, separados, pero lo suficientemente cerca. Atravesaron varias fogatas. La mayoría de los hombres dormía, solo uno o dos centinelas permanecían despiertos y les arrojaban miradas perezosas mientras avanzaban. Danielle saludó con la cabeza a todos los que hacían contacto visual, se mostró amistosa, a pesar de que tenía los pies fríos y la espalda cubierta de sudor.

Cuando pasaba por delante de la quinta fogata, uno de los centinelas la llamó:

—¡Muchacho! ¡Oye, muchacho!

Danielle se quedó petrificada y se volvió lento hacia el hombre. Detrás de la tienda de campaña, vio la figura quieta de Colum.

—¿Qué sucede? —preguntó.

El rostro del hombre estaba en penumbras bajo la sombra de la cofia que llevaba puesta.

—Muchacho, pon un poco de leña en la fogata.

Danielle tragó con dificultad y, cuando arrojó varias ramas al fuego, unas chispas se alzaron en el aire.

El hombre asintió con la cabeza e hizo un ademán para ordenarle que se marchara. Con el pecho subiendo y bajando rápido, reanudó el camino.

Debieron de transcurrir unos diez minutos hasta que divisó el pabellón del rey a unos treinta metros de distancia. Era tan grande y rojo que era imposible no verlo.

Al pasar por delante de la siguiente fogata, Danielle tomó un puñado de morillas que habían molido lo más posible con unas piedras y saludó con la cabeza a los hombres sentados alrededor del fuego.

—Añadiré leña a la fogata —les dijo con la voz baja.

Se paró de espaldas a ellos y añadió varias ramas. Luego, con el corazón desbocado en el pecho, arrojó las morillas que llevaba en la palma al caldero.

Los hombres no dijeron nada, sino que se limitaron a asentir con la cabeza mientras se alejaba. Al avanzar, fue arrojando miradas por encima del hombro, pero no vio a Colum por ningún sitio. Continuó añadiendo leña en las fogatas y arrojando morillas en los calderos.

A raíz de la oscuridad y del estado de somnolencia de los centinelas, estaba segura de que nadie la había detenido ni había notado nada. Pero había perdido a Colum de vista. Debía asegurarse de que se encontrara bien. El único motivo de encontrarse allí era para cerciorarse de que saliera de allí con vida. La preocupación por él hizo que se le formara un nudo en el estómago.

Regresó hacia el último sitio donde lo había visto. Pasó por delante de varias tiendas de campaña que se hallaban en silencio y más fogatas hasta que, de repente, lo vio.

Estaba sentado en una fogata con unos soldados ingleses. Tenía la espalda erguida y un cuenco lleno de comida caliente en las manos. La miró a los ojos con una expresión de pánico en el rostro.

—¿De dónde has dicho que vienes? —le preguntó uno de los soldados.

—De aquí cerca —repuso con el mejor acento de las Tierras Bajas que pudo imitar.

—¿Por qué nunca antes te he visto? —le preguntó otro.

—Soy nuevo —respondió Colum.

A Danielle se le aceleró la mente. Debía pensar algo y ayudarlo.

—Traje leña —dijo y colocó las últimas ramas que llevaba en la fogata—. Y ¿dónde habías estado? —le preguntó a Colum—. Tenías el hacha y no podía encontrarla. Tengo que cortar más leña.

—Oh, sí. —Colum se puso de pie—. Te mostraré donde la dejé. Gracias, muchachos. —Dejó el cuenco en el suelo.

Mientras se alejaban de la fogata, Danielle tuvo que contener las ganas de echar a correr. El corazón le latía desbocado contra los oídos y una parte de ella temía que los caballeros los llamaran a gritos. Pero con cada paso que daban, se alejaban cada vez más. Y cuando volvió a divisar el techo rojo del pabellón del rey, suspiró aliviada.

—Los malditos bastardos ya se están dividiendo mis tierras —gruñó Colum en voz baja—. Uno de ellos es Gilbert de Clare, el conde de Gloucester. Un maldito muchacho de veintitrés años. Es el sobrino del rey. ¿Sabes qué ha traído? La mitad de su hogar. Criados, platos, sillas y mesas. ¡Está seguro de que obtendrá el castillo de Inverlochy y ya está pensando en amueblarlo!

Soltó un bufido asqueado. Danielle suspiró.

—Bueno, no lo obtendrá. Ustedes ganan la batalla de Bannockburn. Pero nosotros debemos interpretar nuestro papel. Vamos, Colum —le dijo—. ¿Ves el techo rojo? Es el pabellón de Eduardo. Vamos.

CAPÍTULO 22



MIENTRAS SE ACERCABAN AL PABELLÓN, Colum le apoyó la mano en el brazo y señaló otra tienda de campaña grande.

—Muchacha, ¿ves ese estandarte?

Danielle aguzó los ojos para ver en la oscuridad.

—¿El de franjas celestes y blancas con aves rojas en el borde?

—Sí, es de Aymer de Valence, el conde de Pembroke. Es la mano derecha de Eduardo. Iré allí a introducir morillas en el estofado.

—Okey —respondió apretándole la mano—. Ten cuidado. Iré a ver qué sucede en el pabellón del rey.

Avanzó sola y se ocultó entre las sombras de la siguiente tienda de campaña para espiar. No había nadie en el pabellón del rey. Había cuatro centinelas sentados alrededor de la fogata y hablaban en voz baja. En las sombras al lado de la entrada al pabellón, había una bandeja de comida que tenía un cuenco de estofado caliente, un plato con manzanas y un trozo de carne asada. Todo estaba lleno e intacto. Lo debieron haber preparado para el rey, pero nadie se lo había llevado aún.

Danielle miró alrededor. Además de los cuatro centinelas, todo estaba tranquilo. Los únicos sonidos provenían de las llamas que crepitaban, las voces bajas que murmuraban, y los ronquidos serenos de la gente que dormía en el interior de las tiendas de campaña. Se apresuró a avanzar hasta la bandeja y vertió un puñado de morillas molidas en el cuenco antes de tomar la cuchara y comenzar a revolverlo.

Una sombra le bloqueó el fuego a sus espaldas e hizo que el estómago le diera un vuelco.

—¿Qué haces, muchacho? —le preguntó un hombre.

Cuando se volvió, el corazón se le cayó a los pies. Vio a un noble vestido con prendas exquisitas, una túnica de color carmesí con patrones dorados de flores y hojas. Debía de tener unos treinta años, el cabello rubio oscuro le caía ondulado hasta la mandíbula. Llevaba la barba corta y acicalada y tenía ojos grises que la estudiaban con un destello de interés. La nariz en alto y la espalda erguida le daban cierto aire de arrogancia, y se conducía como si tuviera privilegios. A unos pasos de distancia, había dos hombres armados, cubiertos en armadura, con espadas y escudos que brillaban con la luz de la fogata. Debía de ser el rey.

Danielle sintió los pies más pesados que el plomo y buscó una respuesta. ¿Cuánto había visto? De pronto, se le formó una idea. Recogió la bandeja y dio un paso hacia el rey.

—Iba a llevarle esto, Alteza.

El monarca la examinó con un brillo extraño en los ojos. La mirada no le agradó. La observaba como si fuera un espécimen de lo más curioso que quería inspeccionar de cerca.

Asintió con la cabeza y dio un paso hacia la entrada del pabellón para hacer la cortina a un lado.

—Entra.

Con el corazón en la garganta, entró. El interior era exquisito y hermoso. Había una cama grande y tallada en el otro extremo de la tienda de campaña, y un brasero iluminaba el espacio. Había espadas, hachas y escudos apilados al lado de una silla hermosamente tallada. También vio una mesa grande con platos dorados y plateados en el medio del espacio, y varias sillas alrededor. Unas pieles cubrían el suelo y la cama, y había al menos una docena de cofres alineados contra las paredes.

Cuando Danielle colocó la bandeja sobre la mesa y se dio la vuelta, vio que se encontraban a solas. Los centinelas no los habían seguido hasta allí. Asintió con la cabeza hacia el rey Eduardo y se obligó a ofrecerle una sonrisa amable antes de dirigirse hacia la salida. Pero el rey dio un paso al costado y le bloqueó el camino.

Danielle dejó de respirar. Eduardo estaba a un centímetro de distancia. Podía inhalar su aroma a sudor y alcohol en el aliento, con una mezcla de polvo.

—¿De dónde eres, muchacho? —le preguntó Eduardo.

—Del sur, Alteza.

—Humm —repuso Eduardo entrecerrando los ojos—. Hay algo... diferente en ti.

Lo miró a los ojos grises y vio interés en ellos. Un interés que iba más allá de la curiosidad, era el tipo de interés que había visto en los hombres que la deseaban.

Cielos... ¿se había dado cuenta de que era una mujer? ¿O estaba interesado en el muchacho que aparentaba ser?

Danielle no era muy sabia en la historia, como su hermana Jamie, pero recordaba que Eduardo II había estado casado y tenía un hijo. Se había casado con una de las *femme fatale* más infames de la historia, la reina Isabel, la Loba de Francia. Eduardo III era su hijo y había sido considerado el rey más perfecto.

—¿Diferente? —le preguntó mientras se cuestionaba si esa era la palabra que había escogido para determinar si era homosexual.

—Sí, muchacho. Algunos hombres prefieren la compañía de otros hombres. En especial cuando son tan jóvenes y atractivos como tú.

El pánico la embargó. Eso iba a ser un desastre. Debía largarse de allí y rápido.

Debía pensar en algo inteligente y diplomático para salir de esa situación, pero tenía el cerebro entumecido.

—Disculpe, Alteza. —Dio un paso al costado para intentar esquivarlo, pero el rey le sujetó el brazo.

La miró duro. Era la mirada de un rey enfadado. Un rey que le había ordenado a alguien que violara a la reina de Escocia delante de su hijastra para que Colum se pasara a su bando. ¿De qué más era capaz? Danielle contuvo el aliento.

—Nadie me rechaza, muchacho. Siempre obtengo lo que quiero. El día de San Juan Bautista, obtendré Escocia, pero esta noche, te tendré a ti.

Jaló a Danielle contra su pecho y la observó con ojos voraces y lujuriosos.

—Mírate. Eres tan dulce e inocente. Casi delicado. Y sé que eres como yo. ¿Te quieres entregar a mí, dulce muchacho? ¿Me dejarás descargarme antes de marchar a la mayor batalla de mi vida?

Danielle no sentía ni los pies ni las manos.

—Alteza, no soy lo que usted cree.

El rostro del monarca perdió la expresión de anhelo y se tornó amenazador.

—Sí que lo eres. Aunque aún no lo sepas, aunque lo niegues, eres exactamente lo que creo. Te lo demostraré. Mañana te sentirás agradecido de que te haya tomado tu rey.

Le tomó la mano y la empujó contra la mesa. Con un brazo fuerte la sostuvo en esa posición mientras que con la otra mano le bajaba los vaqueros por las caderas y dejaba al descubierto el trasero para apretarle la erección dura contra él.

CAPÍTULO 23



COLUM ESPIÓ desde el otro lado del borde de la tienda de campaña. Los sonidos que provenían del pabellón del rey hicieron que se le formara un nudo en el estómago y se le subiera la bilis a la garganta.

Tras arrojar un puñado lleno de morillas en el caldero de Aymer de Valence, regresó a la tienda de campaña del rey. El horror le recorrió las venas como agua congelada cuando vio entrar a Danielle.

Con cautela, se acercó. Los dos centinelas del rey se habían unido a los cuatro soldados que estaban sentados alrededor de la fogata, pero lo verían si intentaba ingresar al pabellón. Se había escondido en la sombra de la tienda de campaña más cercana y observaba el pabellón rojo mientras rezaba por que la muchacha saliera.

Pero pasaron varios minutos y nadie salió. Con las piernas rígidas del pánico, avanzó en silencio hacia el otro lado de la estructura. Detrás de la pared de lona gruesa, oyó las voces amortiguadas, pero no logró discernir qué estaban diciendo. Luego oyó los sonidos de una pelea.

Al reconocer los gimoteos y el llanto lleno de pánico de Danielle, extrajo la *claymore* del escudo y cortó la lona. El sonido de la tela al desgarrarse fue como un trueno.

Lo que vio hizo que una capa de sudor frío le cubriera el cuerpo entero. Era como si lo hubieran transportado al castillo de Berwick, a la habitación en la que habían empujado a la reina sobre la mesa para que *sir* Henry de Bohun se inclinara sobre ella cuando estaba a punto de violarla. Solo que, en esta ocasión, no estaban ni la reina de Escocia, ni *sir* Henry en la escena.

Danielle estaba estirada sobre la mesa con el trasero al descubierto, y Eduardo la sostenía allí con un brazo mientras intentaba introducirle la erección dura. La muchacha tenía el rostro rojo por la presión. El rey volvió la cabeza hacia él y abrió la boca anonadado.

Una rabia caliente y mortal le circuló por la sangre. Alzó la *claymore* y corrió hacia Eduardo.

—¡Aléjate de ella!

El rey tenía los pantalones bajos y se apartó de Colum trastabillando para tomar una espada del arsenal. Luego miró a Danielle.

—¿Ella? —preguntó.

Pero Colum no le prestó atención. Iba a asesinar al bastardo. Bajó la *claymore* contra la espada del rey, y el golpe produjo un estrépito metálico. Por el rabillo del ojo, vio que Danielle se subía los extraños pantalones azules.

El rey también lo vio. Y debió ver lo que tenía entre las piernas. El rostro se le puso pálido.

—Creyó que era un hombre —escupió Danielle con amargura.

El rostro del monarca reflejó furia al reconocer a Colum.

—¡Tú! —exclamó apretando los dientes—. Colum MacDonald. El traidor. ¡Centinelas! —

gritó—. ¡Centinelas!

Colum tenía que actuar. Con un rugido de furia, alzó la *claymore* por encima de la cabeza y la blandió una y otra vez contra la espada de Eduardo. El pabellón se llenó de ruidos metálicos.

—¡Tú me cambiaste, maldito violador! —gritó entre gruñidos—. Me convertiste en un traidor. Pero no te traicioné a ti, bastardo. ¡Traicioné a mi clan!

Eduardo se rio energéticamente.

—No te convertí en nada que no fueras.

Colum blandió la espada desde abajo y apuntó a un lateral, pero no dejó de encontrar la espada del rey.

—¡Vete al infierno!

—¿Y quién es esta mujer? —le preguntó Eduardo—. ¿La enviaste para fingir que era un muchacho? ¿Para distraerme?

—No es asunto tuyo. No hables de ella.

—¿Es inglesa? ¡Entonces, si está contigo, también es una traidora!

Colum le echó un vistazo rápido a Danielle. Tenía que huir. Debía marcharse antes de que llegaran los centinelas.

—¡Danielle, vete!

Pero la muchacha no se movió. Lo observaba con los ojos abiertos de par en par y llenos de pánico. El rey se valió de ese momento de duda para devolver el ataque, y Colum se vio obligado a dar un paso hacia atrás para bloquear la espada. Por desgracia, Eduardo era buen espadachín.

—¿Qué estabas haciendo cerca de mi tienda de campaña, con mi comida? —le preguntó Eduardo al tiempo que la epifanía le ablandaba los músculos del rostro—. Querías envenenarme. ¡Centinelas! —volvió a gritar a todo pulmón.

De pronto, oyeron exclamaciones y gritos que provenían del exterior y el eco de varios pasos. La cortina de la entrada de la tienda de campaña se alzó. Los dos centinelas del rey entraron con las espadas en alto, seguidos de los otros cuatro.

La única oportunidad que tenían de escapar, era tomar al rey de rehén. Colum amenazó con hacer un movimiento hacia un costado, pero atacó por el otro, que estaba sin proteger. Se las ingenió para apretar la punta de la espada contra el cuello del rey.

—Suelta la espada —le ordenó—, o te corto la garganta.

Eduardo lo fulminó con la mirada y respiró entre jadeos. Los ojos del rey se enfocaron en Danielle.

—¡La espada! —rugió Colum.

Eduardo soltó la espada, que cayó con un ruido amortiguado contra las pieles que cubrían el suelo. Colum sintió el triunfo. Si tan solo pudiera estirar el brazo y sujetarlo...

Pero hubo un movimiento a sus espaldas y, cuando se volvió a mirar, el corazón se le cayó a los pies. Uno de los centinelas sostenía a Danielle y le apretaba una espada contra la garganta.

—Suelta al rey —le dijo el centinela pronunciando cada palabra con detenimiento—, o el muchacho muere.

Colum gruñó.

Danielle negó con la cabeza al tiempo que unas lágrimas le caían por las mejillas.

—No, Colum.

—Por cierto, no es un muchacho —señaló Eduardo—. Es una mujer; una traidora, al igual que este hombre. No tiene demasiado valor, pero, al parecer, Colum se preocupa por ella. De modo que, ten por seguro, MacDonald, que la matará si no me sueltas.

Había estado muy cerca. Podría haber asesinado al rey. Podría haber cobrado su venganza. Y

ayudado a ganar la batalla y la guerra. Podría haber dejado a Inglaterra sin el jefe de estado.

Pero nada de eso valía la vida de Danielle. Si le cortaba la garganta al rey, la matarían. También lo matarían a él, pero ya estaba preparado para eso.

Danielle no se lo merecía.

Por eso, bajó la espada y, al siguiente instante, varias manos lo sujetaron y lo empujaron contra Danielle. Por fin, Eduardo se subió los pantalones y se cerró el cinturón.

Miró a Colum y Danielle con los ojos llenos de odio.

—Por la mañana, decapitaremos al escocés junto a esta inglesa traidora. Llévenselos a la celda.

CAPÍTULO 24



DANIELLE ESTABA TEMBLANDO. La celda de madera en la que los habían arrojado la estaba sofocando. Cuando por fin había pensado que era libre, había terminado encerrada en otra celda. El campamento seguía tranquilo alrededor de ellos. Era difícil de creer que todos durmieran en paz mientras Danielle y Colum iban a morir por la mañana. Un centinela estaba sentado al lado de la celda, apoyado contra los barrotes, con la espalda relajada.

—Una decapitación... —murmuró Danielle.

Colum estaba sentado al lado de ella envolviéndose las rodillas flexionadas con los brazos. Tenía el mentón tenso, paseaba la mirada por el campamento y tenía una expresión taciturna. Se volvió a mirarla, y se le suavizó la mirada.

—Lo siento. Nunca debería haberte traído conmigo.

Danielle negó con la cabeza.

—No, no debería haberte dejado hacer esta tontería. Era evidente que iba a ser un desastre.

—¿Te encuentras bien? Después de lo que intentó ese bastardo, tomarte de ese modo...

La recorrió un escalofrío de repugnancia. Ahora comprendía lo que habían atravesado algunas víctimas de violación. La humillación, la impotencia, la ira descomunal hacia ese bastardo. La sensación de no ser más que un trozo de carne para él, de no tener voluntad propia.

Sabía que Colum había estado preocupado por ella. Podría haber matado al rey, pero la había escogido a ella. Sintió una calidez en todo el cuerpo al comprender que eran un equipo, que se cubrían las espaldas, y sonrió.

—Estoy bien. Qué hombre más patético. Pero faltaría mucho más para quebrarme. Gracias por haberme escogido. Me has devuelto lo que perdí cuando Sebastian me encerró en el sótano. La creencia de que puedo confiar en la gente. Que puedo permitir que se me acerquen. Que quizás... quizás pueda encontrar el amor y la felicidad.

Se miraron a los ojos. A pesar de que estaban sentados en la celda, de solo mirarlo a los ojos respiraba con más facilidad. Colum la calmaba. Le devolvía la esperanza.

—Muchacha, siento lo mismo. Ni el amor ni las mujeres estuvieron en mi mente luego de lo que me pasó en Berwick. Pensé que iba a morir solo. Antes de que me llevaran a Berwick, tenía una prometida, pero el compromiso se deshizo en mi ausencia. Me gustaba. Quizás hasta estaba enamorado de ella, pero jamás creí que conocería a una mujer como tú.

Danielle sonrió y lo besó. Colum tenía los labios suaves y compartieron un beso lento y tierno en lugar de uno apasionado. Danielle inhaló su esencia y se empapó de su sabor. Luego apoyó la frente contra la del *highlander*.

—Si morimos mañana —le dijo—, quiero que sepas que todo valió la pena porque te conocí. Y lo volvería a hacer de nuevo.

—Tengo el corazón lleno por ti, muchacha.

Lo volvió a besar. Si moría al día siguiente, al menos moriría sabiendo lo que era el amor verdadero. Lo que era confiar en alguien, amar a alguien y que la amaran.

De seguro, a esa altura ya la habían despedido. Pero lo más curioso era que ya no le parecía importante porque ese hombre había cambiado la perspectiva que tenía de sí misma. Ya no era una mujer frígida que necesitaba utilizar el trabajo como excusa para mantenerse alejada de todos. Era una mujer común que podía tener a un hombre atractivo como Colum amándola. Una mujer que se derretía con sus caricias. Una mujer que podía amar con todo su corazón. Esa aventura le había enseñado que era más resistente de lo que había pensado. Sin importar quién la cautivara, jamás dejaría de luchar, jamás dejaría de intentar escapar.

—Bueno —comenzó—, tú no te diste por vencido luego de las cosas horribles por las que te hizo pasar Eduardo. Sigues luchando para reclamar tu honor, para volver a caerles en gracia a los miembros de tu clan. Así que no deberíamos darnos por vencidos ahora.

—Pero ¿cómo escaparemos?

—Todavía no lo sé.

El centinela, que se encontraba en la puerta de la celda, soltó un gruñido largo y dolorido y se aferró al estómago. Danielle y Colum intercambiaron una mirada anonadada.

—Oh, por todos los cielos —gruñó el centinela—. ¿Qué diablos...?

Luego oyeron las tripas revueltas y una flatulencia larga y alta.

—Oh... —gruñó el hombre.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó Danielle acercándose a él a pesar del hedor.

—Vete al día... —Se inclinó hacia un costado y vomitó.

Danielle se apartó y vio las arcadas del hombre mientras vaciaba el estómago. Luego se volvió hacia Colum.

—¿Cuántos calderos lograste envenenar? —le preguntó en voz baja.

—Quizás unos doce... o quince. Casi vacié la bolsa.

—¡Oh! —exclamó sorprendida—. Yo envenené siete u ocho. ¡Bien hecho! ¿Crees que ha comido de uno de esos?

—¡Ay! —exclamó el hombre aferrándose al estómago—. ¡Ay! Tengo una bestia comiéndose mis entrañas... ¡Oh, diablos!

Soltó otra flatulencia larga seguida del sonido de la diarrea.

Danielle y Colum se apartaron asqueados.

—¡Ay, no! —exclamó el centinela mientras se bajaba los pantalones y se acucillaba para vaciar los intestinos al lado de la celda.

Mientras tanto, comenzaron a oír otros gruñidos y gritos que provenían de varios puntos a su alrededor. Y luego, tres hombres pasaron corriendo por delante de la celda aferrándose los pantalones. Alguien más comenzó a vomitar a unos metros de distancia. El aroma del bosque quedó reemplazado por el hedor de la diarrea y el vómito.

Danielle y Colum intercambiaron una mirada.

—Tenías razón. No debemos darnos por vencidos. —Los pantalones del centinela estaban tirados en una pila al lado de la pared de la celda. Y cerca del borde, yacía el llavero.

—Oh, por Dios —dijo Danielle—. ¿Crees que tiene... caca?

—Me importa una mierda —repuso Colum mientras se acercaba a los pantalones—. Valga la redundancia —añadió al tiempo que miraba al pobre hombre que sollozaba en el suelo mientras su cuerpo intentaba expulsar todo el veneno.

—¡Ay! —volvió a gritar al hombre.

Danielle se acercó a la puerta al tiempo que Colum sacó la mano por el hueco entre los barrotes de madera y tomaba los pantalones. Con cuidado de no tocar las partes manchadas, extrajo el llavero y se acercó a Danielle. El ruido metálico de las llaves les pareció ensordecedor, y hasta el centinela alzó el rostro para mirarlos con una mueca de dolor.

—¿Qué hacen? —les preguntó.

—Disculpa, amigo —le dijo Colum mientras pasaba el brazo por los barrotes de la puerta e introducía la llave en el cerrojo.

Cuando la giró y la cerradura cedió, la puerta se abrió. Danielle contuvo el aliento al ver la libertad.

Y luego se marcharon a toda prisa.

CAPÍTULO 25



MIENTRAS COLUM CORRÍA al lado de Danielle esquivando tiendas de campaña, barriles y bolsas, la persecución a sus espaldas era como un maremoto. Los soldados que no se habían enfermado se habían despertado por los ruidos y se apresuraban a tomar las armas para ir tras los prisioneros fugitivos. Pero como el caos los ayudaba, Colum y Danielle corrieron a toda prisa. A Colum le dolían los pulmones, tenía el estómago tenso y las piernas y los brazos cansados le pesaban mientras los movía sin cesar. En ningún momento apartó la mirada de Danielle, sino que la siguió todo el tiempo.

Cuando por fin dejaron atrás las luces de las fogatas del campamento, se adentraron en la oscuridad. Corrieron colina arriba y se valieron de las matas de césped, los arbustos, las ramas y las raíces para seguir subiendo. En el momento en que Colum miró hacia atrás, vio a muchas personas con antorchas corriendo en todas las direcciones. A pesar de que no sabían dónde estaban los fugitivos, los seguían buscando, y algunas luces comenzaban a subir la colina a sus espaldas.

Al llegar a la cima, comenzaron a descender por el otro frente y el camino se tornó más fácil. Tras oír el suave relincho del caballo, a Colum se le encendió la llama de la esperanza en el pecho. Ayudó a Danielle a montar y, acto seguido, se subió de un salto. Cogió las riendas y vio las primeras antorchas que llegaban a la cima de la colina.

Con Danielle a salvo entre sus muslos, espoleó al caballo sabiendo que eso probablemente alertaría a los soldados que iban a pie. El caballo emprendió el galope, y lo volvió a espolear. Aún en la oscuridad, el animal se movía lo más rápido que podía entre los árboles y los arbustos.

Al amanecer, cuando tuvo la certeza de que habían dejado atrás a los ingleses, pudieron descansar. Se detuvieron en lo profundo del bosque, cerca de un arroyo, y tras desmontar, condujo al caballo cerca del agua para que bebiera. Colum y Danielle también bebieron; se pararon sobre el agua que borboteaba con suavidad y se miraron a los ojos.

—Estás a salvo... —susurró la muchacha—. Has hecho lo que querías... casi. Te saqué de allí. Lo logramos.

Al oírla, algo se le tensó en el pecho. Hablaba en serio. Estaba preocupada por él y por su seguridad.

—Yo nos rescaté, muchacha —la corrigió—. Yo fui el que tomó los pantalones cubiertos de mierda.

La tensión de las horas anteriores y de los días anteriores explotó en su interior con una profunda carcajada. Danielle también se rio. Pronto, las risas compartidas se convirtieron en carcajadas histéricas. Y no dejaron de reírse por un buen rato. Colum no se había reído de ese modo desde que era un muchacho.

Al cabo de varios minutos, las risas se fueron apagando. Colum sintió liviandad en el estómago al mirarla. Esa mujer no era de su clan, ni de su época, ni era nadie que conociera... y había ido a su rescate. Lo había acompañado a enfrentarse a su peor enemigo. Y lo había arriesgado todo por él. Esa mujer conocía su dolor de la manera más íntima.

No se rio más. Y ella tampoco, sino que los ojos le brillaban ardientes en la penumbra. El borboteo del agua le resultaba ensordecedor. Apenas notó que el caballo se alejó del arroyo para pastar sobre el abundante césped que crecía entre los árboles.

Lo único en lo que podía concentrarse era en los ojos de Danielle. Esos ojos hermosos estaban tan oscuros como los zafiros. Y no se apartaban de él. Lo cuestionaban, brillaban y lo deseaban.

Se unieron como dos animales. Danielle le envolvió los brazos alrededor del cuello y le aplastó los labios suaves contra los suyos. La lengua de Colum bailó con la de ella, acariciándola, empujándola y adorándola. Sabía como un festín hecho tan solo para él luego de haber estado hambriento durante cien años.

El miembro le palpitaba por ella, sobre todo, al sentir su piel sedosa y cálida. Los sentidos se le exaltaron; el deseo doloroso, dulce e insaciable que sentía por ella se intensificó. Y luego, sin saber si se debía al peligro que habían pasado durante los últimos días o al hecho de que había ido a lo que debería haber sido su muerte y había regresado con vida, no pudo contener las palabras.

—Te amo, muchacha. Te amo.

Porque eso era lo que el condenado y tonto corazón le decía.

—Te amo —le repitió a través de los besos, entre las caricias de las manos y el aroma del cabello de ella pegado contra el rostro.

—Y yo te amo a ti —le respondió, y el corazón se le soldó al pecho y se le derritió por el calor de su cuerpo para sanar por la calidez de las palabras—. Te amo.

La desvistió y la recostó sobre la bolsa de dormir. Se concentró en los labios suaves y los senos delicados que tanto adoraba, en los pezones dulces que sabían a mantequilla y fresas. Danielle se retorció y se arqueó bajo su peso; era tan sensual que podía acabar de oírla gemir.

—Danielle... —susurró su nombre como si fuera su perdición y por fin sintió que tenía permiso para ser él mismo.

—Colum... —susurró ella también, como si decir su nombre fuera un hechizo que pudiera llevarla a un nuevo reino. Un reino en el que ambos fueran libres para amar y ser amados.

Le observó el rostro mientras le acariciaba los hermosos senos. Danielle soltó un jadeo y arqueó el torso contra sus manos. Por los clavos de Cristo, le encantaba observarla. Se llevó un pezón a la boca y lo lamió hasta endurecerlo. Se aferró a los senos y fue succionándolos y acariciándolos con los dedos.

—Oh, cielos —susurró—. Oh, Colum...

Alzó la mirada hacia ella sin dejar de acariciarle los pezones.

—Oh, muchacha. Podría acabar de solo oírte decir mi nombre así.

Danielle le subió la túnica, y Colum se la quitó por la cabeza. Le frotó el pecho con los dedos, recorrió las heridas de batalla e hizo que la sangre le ardiera en las venas. Mientras le recorría el estómago con los dedos y se detenía en el borde de los pantalones, el miembro le palpitó tan fuerte que casi le dolía. El deseo de hundirse en su interior húmedo era una necesidad que le recorría la sangre.

—Muchacha... —gruñó.

—¿Te gusta eso? —le preguntó sin aliento. Tenía los ojos abiertos, oscurecidos y clavados en

su estómago—. Eres magnífico, Colum. Me podría perder en los valles de esta tableta de chocolate.

—No tengo ni idea de qué es una tableta de chocolate, muchacha, pero deseo que te pierdas más abajo. —Se rio.

Le sonrió y se mordió el labio inferior, que se había tornado del color del vino por los besos. Le abrió el cinturón que le sostenía los pantalones y se los bajó. La erección saltó libre, y Danielle soltó un gemido de apreciación al observarla.

—La tienes muy grande, Colum...

Estaba lista para él. Lo sabía. Pero Colum seguía yendo despacio con ella, aunque hubieran dormido juntos varias veces en los últimos días, porque sabía que no había disfrutado mucho el sexo antes. Sin embargo, con él, era una gata salvaje. Una sirena lujuriosa que lo llamaba, lo invitaba a darle placer hasta que se olvidaba de sí mismo y se chocaba contra las piedras.

—Sí —susurró y lo empujó para que yaciera de espaldas.

Se abrió esos extraños pantalones azules. Mientras la ayudaba a bajárselos por las hermosas piernas largas, sintió que ardía. Le temblaron los dedos al ayudarla a quitarse la prenda pequeña que llamaba «bragas» hasta que quedó completa y gloriosamente desnuda y sentada sobre él. La erección se le estremeció contra la entrepierna de ella, y los vellos púbicos le produjeron un cosquilleo.

—Cabálgame, muchacha —le pidió con la voz ronca—. Úsame como te plazca. Toma mi miembro y mi cuerpo y acaba.

Sonrosada, Danielle asintió con la cabeza. ¿Se daría alguna idea de lo magnífica que se veía así de excitada? El cabello largo y el cuerpo esbelto eran material para la canción de un trovador, el sueño de cualquier hombre con sangre en las venas.

Cuando se alzó sobre él y tomó el miembro en la mano suave, tuvo que sofocar un gemido de placer. Cerró la palma de la mano y comenzó a moverla hacia arriba y abajo dándole mucho placer. Colum tragó con dificultad; el pulso se le aceleró mientras la observaba con temor de perderse siquiera un instante. Luego tomó la punta del miembro, se alzó y la apoyó contra los pliegues. No fue capaz de contener un gruñido.

—Eso es, muchacha.

Lo utilizó para dibujar círculos alrededor del clítoris y recorrer los labios del sexo. Se arqueó hacia atrás, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para soltar un largo gemido de placer. Colum le apoyó las manos en las caderas, pero no las movió. Solo quería sentirla en todos lados. Pero le encantó cuando la muchacha comenzó a mover las caderas en círculos en busca de más placer y sin vergüenza alguna.

Colum quería que siguiera haciendo eso. Le encantaba ver lo libre que se mostraba con él. Le encantaba que fuera ella misma. Porque él también lo era con ella.

Al poco tiempo, tenía el miembro más duro de lo que jamás lo había tenido y chorreaba los jugos de la excitación por ella.

—Te quiero dentro, Colum —le dijo.

—Sí, muchacha. Úsame.

Le colocó los brazos en el pecho y apoyó el peso sobre él. Cuando descendió sobre el miembro, Colum creyó que estallaría. El sexo estrecho, cálido y húmedo lo tomó como un guante. Danielle arqueó el torso y le clavó los dedos en los músculos del pecho. Colum tuvo que contenerse de embestirla, de penetrarla hasta hacerla olvidar dónde se encontraba y quién era.

Porque eso se trataba de ella. Quería saber más acerca de qué cosas le gustaban y cómo le gustaba hacerlo, porque quería llevarla a la cima del placer muchas veces... Aunque

probablemente no podría hacerlo.

No podía permitirse pensar en eso en ese momento. Y cuando comenzó a moverse sobre su erección, todos los pensamientos se evaporaron. No le quedó ni uno solo.

Observó cómo los hermosos senos se balanceaban mientras se movía y vio cómo se le endurecían y oscurecían los pezones. Tenía los ojos cerrados y soltaba gemidos de placer por la boca. Esos sonidos... Cielos, lo volvía loco con esos gemidos.

Pronto, el mismo Colum estaba delirando de lujuria, y no pudo dejar de embestirla siguiendo el ritmo de sus movimientos. Le colocó el pulgar contra el clítoris y comenzó a frotárselo.

—Oh, sí, Colum —jadeó y abrió los ojos para mirarlo.

Observó los párpados pesados y nublados de placer, así como también el cuello y el pecho sonrosados. Se concentró en los gemidos que fueron incrementando y supo que estaba cerca, muy cerca...

Y él también.

—Acaba, muchacha —gruñó—. Acaba por mí.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, se deshizo. Los músculos internos se le tensaron alrededor de su miembro y se quedó quieta, con la boca abierta y la expresión de placer tortuoso más hermosa que le había visto en el rostro. Luego puso los ojos en blanco, y se estremeció entera. Por último, soltó un gemido que lo deshizo a él. Se salió de su interior, y el mundo se encogió y se expandió mientras acababa sobre su estómago sin quitarle las palmas de las caderas.

La sostuvo en sus brazos durante un buen rato, y hablaron y se rieron con pereza, sin pensar en la persecución, o en la guerra o en el futuro. Luego comieron y durmieron.

Colum se despertó con el retumbo de muchos cascos que sonaban contra el suelo. Se incorporó de un salto y llevó la mano a la *claymore*. Danielle seguía dormida sobre la bolsa de dormir.

No podía ver a nadie, ni oír nada. Pero cuando volvió a apretar el oído contra el suelo, lo oyó y lo sintió. Un retumbar profundo que parecía un terremoto distante. Eso significaba una cosa: el ejército inglés estaba en movimiento. La distracción no había funcionado... al menos, no por completo.

Soltó una maldición y acarició la cabeza de Danielle. La muchacha se volvió a mirarlo adormilada.

—¿Está todo bien? —le preguntó.

Oh, cielos, le encantaba verla por la mañana. Era dulce, vulnerable y deliciosa. Y era suya. Aunque no por mucho tiempo más. El trozo de cielo en el que había vivido se había acabado.

—Debemos marcharnos, muchacha, y debemos darnos prisa. Los ingleses están avanzando. Tenemos que advertirle a Roberto antes de que lleguen.

CAPÍTULO 26



LLEGARON al campamento de Roberto tres días más tarde. Como no habían tenido que esconderse en el bosque, ni se habían visto perseguidos o detenidos por nadie, habían ahorrado mucho tiempo. Habían tomado el camino de Falkirk y habían cabalgado a toda velocidad, y apenas le habían dado tiempo para descansar al caballo.

A Danielle le temblaban las rodillas de la debilidad y el cansancio. Le dolían los muslos y el trasero de cabalgar tanto tiempo.

Mientras se acercaban al campamento, notó el paisaje que distaba mucho de como se veía en el año 2022. El bosque que ocultaba el campamento escocés se encontraba delante de ellos tras cruzar el arroyo de Bannock. A la derecha, vio un campo rodeado por el arroyo en forma de U. Recordó que Jamie le había dicho algo acerca de los hombres de Roberto; habían cavado varias canteras a ambos lados del camino y las habían cubierto con ramas. Eso había sido clave para la victoria de Roberto el primer día de la batalla, porque los ingleses no pudieron flaquear las fuerzas escocesas cuando intentaron atacarlos de ambos lados. La caballería se fue hundiendo sin cesar en las canteras. Los caballos se cayeron y se quebraron las piernas. Y el ejército de Eduardo se vio obligado a atacar de frente.

El enemigo no logró romper las formaciones militares de Roberto. ¿Cómo se llamaba eso que había mencionado Jamie? No lo podía recordar, pero era algo acerca de grupos de hombres apretados con picas. Jamie habían dicho que parecían puercoespines.

Danielle no veía ninguna rama al costado del camino, solo césped y una zona medio pantanosa. A lo mejor Roberto seguía planificando las canteras. O quizás ya las habían cavado y estaban tan bien ocultas que ni Danielle las podía ver.

Pero eso no era asunto suyo. Miró hacia la colina, donde yacían las ruinas. Era el camino de regreso a casa. Unas piedras pesadas se le clavaron en el pecho. Debía regresar a su época, pero ¿cómo podía dejar a Colum? ¿Cómo se podía imaginar una vida sin él?

¿Qué había esperado? Sabía que terminaría lastimada si se enamoraba de él. Siempre había sabido que no había futuro para ellos. Y ahora había llegado el día en el que por fin podría regresar a casa.

Colum le siguió la mirada, y se le oscurecieron los ojos.

—¿Cuándo te marchas?

No pudo soportar el dolor en la voz del *highlander*; reflejaba el dolor que sentía ella misma en el pecho.

—No estoy segura. Pero debo marcharme lo antes posible.

Colum asintió con la cabeza.

—Por favor, si tienes tiempo, quédate un poco más, muchacha.

Danielle sonrió.

—Un poco más.

Cuando entraron en el campamento, vieron al rey montado sobre su caballo y ladrando órdenes a las formaciones de *highlanders* que sostenían picas. Desde la distancia, parecían una bestia extraña y magnífica con púas gigantes. Los hombres se movían y respiraban como si fueran uno solo.

Se acercaron a caballo al rey y desmontaron. Colum llevó al animal a la zona cercada donde el resto de los caballos de caballería pastaban, bebían y descansaban. Luego, él y Danielle se acercaron a Roberto. El monarca estaba con la espalda erguida, el rostro oscuro y tenso y movía un brazo en el aire al tiempo que gritaba:

—¡*Schiltrons*, retrocedan! ¡Retrocedan, retrocedan!

«*Schiltrons*». Ese era el nombre de esas formaciones. Como perros leales y disciplinados, los *schiltrons* retrocedieron, y los hombros de los soldados no se separaron unos de otros ni por un instante.

—Alteza —lo llamó Colum al acercarse más al rey.

Roberto lo miró y, por un instante, se le relajó el rostro.

—Colum. Estás vivo.

Se volvió al hombre que se encontraba al lado de su caballo.

—James, entrénalos. Debo hablar con MacDonald.

—Sí, Alteza —respondió el hombre que Danielle reconoció como James *el Negro* Douglas.

Roberto desmontó y, cuando se encontró sobre tierra firme, abrazó a Colum.

—Me has asustado, muchacho. ¿Fuiste al campamento inglés?

Entonces los ojos de Roberto se posaron en Danielle, y todo indicio de amistad se le evaporó del rostro. Dio un paso hacia atrás, desenvainó la espada y le apuntó la punta contra las costillas.

—¡Alteza! —exclamó Colum interponiéndose entre el rey y Danielle y apoyando la mano sobre la espada—. La muchacha está de nuestro lado.

Los ojos de Roberto se agrandaron mientras la estudiaba.

—¿Muchacha?

—Sí. Danielle. Es una mujer.

—No. Ella o él, o quién quiera que sea, no está de nuestro lado. ¡Es una espía!

—No, Alteza. Me salvó la vida. Me ayudó a crear una distracción en el campamento inglés. No es una espía... bueno, al menos no del modo que cree.

Una capa de sudor le humedeció la espalda a Danielle. Ahora había enfurecido a dos reyes en esa época, al inglés y al escocés.

—Estoy de su lado, Alteza —le aseguró, alzando las manos en gesto de rendición.

—Hay una preocupación mayor, Alteza —añadió Colum—. Hemos cabalgado lo más rápido que pudimos. Fuimos al campamento inglés para sabotearlos y posponer la marcha, pero no funcionó y están en camino. Vienen hacia aquí.

Roberto bajó la espada y miró a Colum.

—¿De verdad? Bueno, era de esperar. Tienen que llegar en tres días si quieren honrar el acuerdo que teníamos y reclamar el castillo de Stirling.

—Sí —sostuvo Colum—. Pero debe saber que son un ejército enorme. Seis mil hombres en la caballería, incluidos caballeros famosos de Alemania, Francia y Europa del Este. Son hombres de armas. También cuentan con trece mil soldados de infantería y arqueros galeses con sus arcos de largo alcance. Nos superan tres veces en números.

El rostro de Roberto se puso cada vez más pálido. Aún no dejaba de apuntarle la espada a

Danielle.

—No te atrevas a decirle esto a nadie. De momento, la moral está bien, y este tipo de información podría acabar con el espíritu de los hombres. No se lo merecen.

—Sí, Alteza, por supuesto.

—¿Y qué hicieron allí? ¿Qué tipo de sabotaje?

Mientras Colum le contaba todo, los ojos de Roberto pasaron de Danielle a Colum. Cuando acabó de hablar, el monarca negó con la cabeza y una expresión de furia le cubrió el rostro. Luego se volvió hacia Danielle.

—Estoy consternado de lo engañosa que eres. Has seducido a Colum para que traicionara a su gente y fuera al campamento inglés. Podría haber muerto.

—No, fui yo quien la sacó de la celda. Pensaba que podría saber cómo moverse en el campamento inglés. Bueno, en ese entonces, creí que era un muchacho. Pero me ayudó, y podemos confiar en ella. Es cierto que me salvó la vida.

Danielle estaba agitada. No tenía manera de demostrar que no era su enemiga.

Roberto negó con la cabeza.

—Eres un tonto por confiar en una mujer que se escabulle en un campamento de ese modo. Deberíamos encerrarla. ¿Quién sabe si no creará una distracción entre nosotros? Eduardo podría usarla para atacarnos y destruirnos.

Colum abrió la boca para contradecir al rey, pero Danielle se apresuró a hablar.

—Mire, Alteza, su desconfianza es comprensible. Si me permite marcharme, me iré a casa, y jamás me volverá a ver. Me puedo ir ya mismo...

La mirada de dolor en el rostro de Colum casi la mató. Le acababa de decir que se quedaría un poco más, y ahora decía que se marcharía de inmediato. Pero no podía soportar que la volvieran a encerrar, y tampoco quería meter a Colum en problemas peores.

—No lo dices en serio, muchacha. De seguro... —comenzó en voz baja.

Pero dejó de hablar al ver un grupo de tres hombres y una mujer que se acercaban a ellos. Uno de ellos era joven, quizás de unos veinte años, y tenía el cabello rubio oscuro. La mujer tenía la tez morena, y a Danielle le pareció de lo más curioso en la Escocia medieval. Iba vestida con armadura escocesa, el *lèine-croich*, y llevaba una espada en la espalda. Era alta y asombrosa. Al lado de ella, iba un hombre alto y rubio con el cabello hasta el mentón y una barba corta. Y al lado de él, un hombre con el cabello demasiado corto, algo que también era extraño en la Edad Media, y le hizo acordar a un hombre moderno.

—¿Qué sucede, Alteza? —preguntó el guerrero rubio.

—Owen Cambel, tenemos una espía inglesa entre nosotros —respondió el rey—. Ha hechizado a Colum y le ha nublado el juicio, pero yo veo con claridad.

Las cuatro personas la recorrieron de pies a cabeza con la mirada y fruncieron el ceño. Cuando repararon en los vaqueros y los zapatos, adoptaron expresiones anonadadas e intercambiaron miradas entre ellos.

—Alteza —comenzó la mujer, y el acento extraño le resultó familiar. ¡No podía ser estadounidense!—. Le creo a Colum. No es una espía. Créame. No trabaja para Eduardo.

—Estoy de acuerdo con Amber —dijo el joven guerrero, con un acento similar al de la mujer.

El rostro de Roberto registró dudas, pero aún no bajaba la espada.

—David, ¿tú también? Pero ¿cómo lo saben?

Colum los observó con la boca abierta y el ceño fruncido.

El hombre con el corte de cabello moderno se aclaró la garganta.

—Lo sabemos porque la conozco de casa. De Oxford. De hecho, es una pariente lejana. Soy inglés, y no sospecha que yo sea un espía, ¿no?

Roberto lo estudió.

—Por supuesto que no. Hemos luchado juntos. Pertenece al clan Mackenzie, James. Pero no conozco a esa mujer. La encontramos hace más de una semana espiando cerca de mi tienda de campaña. Todos pensamos que era un hombre, y luego dijo que había un asesino en el campamento que había venido por mí. A juzgar por su acento y el hecho de que la atrapamos espiando, nadie dudó de que era una espía que había enviado Eduardo.

Danielle no podía creer lo que oía. ¿Por qué todas esas personas la protegían?

—Sí —repuso James—, me estaba buscando a mí. Nos separamos con el transcurso de los años, y cuando me contactó, la invité a unirse a mí aquí y luego en Eilean Donan. Vino a buscarme a mí. ¿No es cierto, eh...?

—Danielle —añadió Colum para ayudarlo—. La muchacha mencionó a Jamie cuando la descubrimos. ¿Se acuerda, Alteza?

—Bien, eso lo aclara —sostuvo James, ocultando cualquier indicio de sorpresa detrás de su cara de póker.

Roberto tomó una profunda bocanada de aire y los observó a todos. Luego, a regañadientes, bajó la espada.

—Confío en ti, James —dijo el monarca y miró a Danielle—. No entiendo por qué no dijiste antes que eras una pariente lejana de James. No tendríamos que haberte encerrado. Y ¿por qué nos hiciste creer que eras un hombre?

Danielle se aclaró la garganta nerviosa. No podía creer lo que estaba pasando. Aún debía entender por qué la habían ayudado todos esos desconocidos.

—Fue un malentendido —le dijo—. Ojalá hubiera sido más clara acerca de quién era. Pero ¿me pueden culpar? Este no es el sitio más seguro para una mujer.

—Sí, bueno... —reconoció Roberto—. Te dejaré hablar con tu familia.

Se volvió y comenzó a alejarse, pero Danielle lo llamó.

—Alteza... ¿tenía pensando cavar canteras al costado del camino?

El monarca frunció el ceño.

—¿Qué canteras?

Miró hacia atrás, en la dirección de la que habían venido ella y Colum.

—Pídales a los soldados que caven canteras en el suelo a lo largo del camino cerca de la entrada del bosque, entre el arroyo y el bosque. Cúbralas con ramas y hojas. Cuando llegue el ejército inglés, se verán obligados a luchar desde un solo frente. Utilízelo a su ventaja para reforzar las fuerzas de anticaballería. Puede que los ingleses los superen en números, pero eso no quiere decir que vayan a ganar.

Amber se volvió hacia Roberto.

—Me gusta. Es un plan astuto, Alteza.

El rey la observó pensativo.

—Lo voy a considerar.

Mientras Danielle observaba cómo la espalda ancha desaparecía en la distancia, una epifanía se le asentó en los huesos. Era libre de marcharse.

CAPÍTULO 27



LAS CUATRO PERSONAS que habían protegido a Danielle, la rodearon a ella y a Colum. Tenían los ojos destellantes de alegría mientras la observaban.

—¿Por qué me protegieron? —les preguntó mientras miraba los rostros de todos.

—¿Tú qué crees? —le respondió James con un perfecto inglés moderno.

Danielle frunció el ceño. ¿Inglés moderno? Los rostros de todos habían registrado cierto nivel de reconocimiento al reparar en sus vaqueros y zapatos.

—Sí, Danielle —intervino Amber con una risa suave—. Creo que ya lo sabes, aunque sea difícil de creer.

Tanto Amber como David tenían acento estadounidense. No tenía dudas al respecto.

Tragó con dificultad.

—¿Todos atravesaron la piedra? —Miró hacia la colina que se veía más allá de las copas de los árboles.

—Piedras —la corrigió David—. Hay varias.

El rostro de Colum se tornó pálido.

—David... ¿tú también vienes del futuro?

David asintió con la cabeza.

—Sí, y mi hermana Rogene también.

Danielle tragó con dificultad.

—¿Hay más gente del futuro aquí?

—Sí —le respondió James—. Tenemos una pequeña sociedad secreta. Y ahora tú y Colum también forman parte de ella.

—Oh, por Dios —susurró Danielle—. Pero puedo regresar, ¿no?

—Sí, claro —le respondió Amber con una sonrisa y miró a Owen con tanto amor que Danielle se quedó sin aliento—. Nosotros escogimos quedarnos aquí por nuestros seres amados.

James se cruzó de brazos.

—Yo soy... bueno, era un detective de la policía de Oxford. Estoy casado con Catriona Mackenzie de Eilean Donan.

David se rio.

—James estaba investigando mi desaparición y la de Rogene.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—Me acuerdo de eso. Una estudiante y su hermano desaparecieron en Eilean Donan. Estaba en todos los medios de noticias... ¿Fue hace un año?

—Sí, éramos nosotros. Pero para nosotros han pasado cuatro años. Rogene viajó en el tiempo y se enamoró de Angus Mackenzie. Yo intenté detenerla de regresar a su lado y viajé con ella.

Ahora estoy casado con Anna MacDonald, que es la prima de Colum y la hija de Roberto.

Danielle abrió la boca anonadada.

—No, ¿esto es en serio?

David asintió orgulloso.

—¿Y tú, Amber? —le preguntó Danielle.

—Era una oficial del ejército de los Estados Unidos. Estaba huyendo porque me querían culpar de un crimen que no había cometido y viajé en el tiempo... y me enamoré de este bombón. —Le guiñó un ojo a Owen, quien le pasó un brazo por la cintura y se la acercó al cuerpo para darle un beso largo y apasionado en los labios.

—Consigan un cuarto —les dijo David, y todos se rieron.

Colum los observó negando con la cabeza.

—No sabía nada de esto. Siempre creí que había algo diferente en ti, David... Pero no lo sabía. ¿Y todos se quedaron aquí por amor?

Los tres viajeros en el tiempo asintieron con la cabeza. Cuando Colum se concentró en Danielle, su mirada estaba tan llena de anhelo que se le cerró la garganta. Sabía lo que estaba pensando porque ella estaba pensando lo mismo. Si había personas que se habían quedado en el pasado por amor... ¿podía quedarse por él?

Tragó con dificultad mientras el corazón le latía desbocado en el pecho. No tenía idea de si podría. De hecho, sabía que no podía quedarse. Su vida estaba en el futuro. Su familia. Su trabajo... si podía recuperarlo de alguna manera. ¿Cómo podía desenraizar su vida por un hombre que había conocido hacía menos de dos semanas, un hombre que la había mantenido amarrada durante la mitad de ese período de tiempo?

Estaba enamorada de él, pero era algo pasajero, ¿no? La idea de comprometerse con él y dejar atrás todo lo que conocía la llenaba de temor. El mismo temor que había sentido luego de lo que había pasado con Sebastian: el motivo por el que jamás había tenido novio y había evitado las citas.

Pero no podía confiar en la gente. Ni siquiera podía confiar en sí misma por completo.

—¿Cómo llegaste aquí, Danielle? —le preguntó Amber.

Danielle les contó la historia de que había ido a visitar a su hermana, Jamie, que era la coordinadora de la recreación de la batalla de Bannockburn, y todos asintieron entusiasmados. También les contó que conoció a Sineag y que habían hablado un rato. Acto seguido, viajó en el tiempo y pensó que aún se encontraba en la recreación de la batalla. Así fue como Colum la encontró escuchando a escondidas y pensó que era una espía. Colum la interrumpió para contarles que la había llevado con él hasta el campamento inglés y que Danielle le había salvado la vida cuando los ingleses los atraparon. Luego les contó cómo lograron escapar de la ejecución, y todos intercambiaron miradas elocuentes.

—Y ahora —siguió Amber—, los dos son parte del club.

Danielle quería explicarle que no lo eran, pero no quería lastimar a Colum.

—Quizás —repuso—. Pero no me quedaré. Estoy asombrada de que ustedes, que vivían en la época moderna, hayan decidido quedarse en este siglo y construir una vida aquí. Que hayan abandonado trabajos importantes, vidas buenas y personas queridas.

—Para ser felices con quienes amamos —le aseguró Amber—. Jamás me arrepentí de mi elección.

—Ni yo —añadió James.

—Yo tampoco —dijo David—. Bueno, me arrepentí durante los primeros tres años. Pero no desde que Anna accedió a casarse conmigo.

—¿Qué vas a hacer, Danielle? —le preguntó Amber.

Danielle miró a Colum. Sabía que no se quedaría, pero tampoco podía marcharse todavía, mucho menos sabiendo que jamás lo volvería a ver. Mientras el *highlander* la miraba a los ojos, sintió que aún no habían acabado. Había palabras sin decir, decisiones que no habían tomado y cosas importantes que no habían discutido.

—No lo sé. Pero sé que los escoceses necesitan toda la ayuda posible, así que me quedaré para ayudar en lo que pueda.

Amber le dio una palmada en el hombro.

—Okey. Gracias. Hay más viajeros en el tiempo en el campamento. Ven a buscarnos más tarde. Creo que ustedes tienen cosas de las que hablar.

Luego se volvió con el resto de los hombres, y se alejaron.

Cuando Danielle y Colum quedaron a solas, el silencio entre los dos cobró vida.

—Vamos a buscar algo de comer, muchacha —sugirió Colum—. Estás exhausta.

Incluso en ese momento se preocupaba por ella y quería asegurarse de que se encontrara bien. El corazón se le derritió mientras caminaban juntos hacia una fogata.

—¿Te puedes quedar hasta mañana, muchacha? —le preguntó—. No soporto la idea de no volverte a ver nunca más.

La confesión la hizo derretirse aún más. Colum le tomó la mano y se la apretó.

—Me quedaré hasta mañana. Ayudaré como pueda. Y... yo tampoco soporto la idea de no volverte a ver nunca más.

Los ojos de Colum reflejaron una profunda tristeza cuando se sentaron frente a la fogata y miró el caldero que hervía sobre el fuego. No había nadie cerca, y la comida del campamento era para todos, de modo que tomó dos cuencos limpios y los llenó de estofado. Le entregó uno a Danielle, que sopló sobre la comida que echaba vapor, y susurró:

—Oh, qué rico. Recién ahora me doy cuenta del hambre que tenía por una buena comida caliente. Hicimos lo correcto al ahorrar tiempo y comer lo que teníamos en la bolsa. Pero estoy muy feliz de poder comer esto.

Colum se rio y abrió una cantimplora con *uisge*.

—*Slàinte*.

Mientras lo observaba beber, le vio tanta tristeza en los ojos, que se le rompió el corazón.

—Puedes quedarte unos días más, muchacha —le dijo—. Los días que puedas. Pero por más que me rompa el corazón, es bueno que te marches. No querría que te quedes para la batalla y arriesgues tu vida. Es mejor que estés lejos y viva que a mi lado y muerta.

CAPÍTULO 28



—¿A dónde crees que vas? —preguntó alguien a espaldas de Danielle, que se dirigía hacia el sendero con una pala en la mano. Varios hombres y mujeres de las Tierras Altas se dirigían al mismo lugar. Era el día siguiente al que habían regresado al campamento y esa misma mañana, Roberto había anunciado que debían cavar canteras en los campos que se extendían a ambos lados del camino de Falkirk antes del bosque New Park. La zona que debían cavar tenía cientos de metros cuadrados. Colum había recibido la orden de formar una unidad que cavara las canteras, y Danielle se había ofrecido a ayudar.

El bosque terminaba a unos tres metros, y el camino de Falkirk se extendía ante ella. Bajo la sombra de los pinos, los abedules y los álamos estaba oscuro, y la luz del sol se colaba por entre los huecos entre las copas de los árboles como rayos láser. Alrededor del bosque, se abría un campo de césped alto y malezas, con algún que otro arbusto y flores silvestres.

Danielle se volvió. Por el tono de voz, dedujo que le hablaban a ella, aunque estaba segura de que no había hecho nada malo.

Podía ver la colina con la piedra para viajar en el tiempo a unos doscientos metros a la derecha. Si echaba a correr, podía llegar allí en pocos minutos. Pero no podía dejar a Colum. Todavía no.

—Sí. —Se volvió con el estómago tenso. La voz no había sonado nada amistosa. En cualquier oportunidad que había hablado con alguien más allá de los viajeros en el tiempo, se había encontrado con una actitud de animosidad. Al oír su acento, las personas se petrificaban como un animal que no sabía si debía huir o atacar.

La voz sonaba como la de alguien que había decidido atacar.

El hombre que se encontraba de pie ante ella también llevaba una pala en la mano. Era un guerrero alto, casi de cuarenta años. Tenía la barba oscura, como la mayoría de los Mackenzie; Danielle lo había aprendido en las últimas doce horas. ¿Sería otro Mackenzie?

La estudió con una mirada cautelosa y antagonista.

—Voy a cavar canteras como ordenó el rey —le dijo.

—No lo harás —la contradijo el hombre y avanzó hacia ella a grandes zancadas y con el ceño fruncido—. Ni siquiera deberías estar aquí.

Se detuvo ante ella y le quitó la pala de las manos sin mayor protocolo.

—Pero ¿qué haces? —exclamó. Los otros hombres y mujeres que llevaban palas hacia los campos echaron una mirada curiosa hacia ellos.

—¿Crees que puedes ir allí y hacer lo que quieres? —le preguntó el escocés enfadado.

—¿Qué es lo que quiero?

—Cosas típicas de *sassenach*.

—Bien dicho, Marcos —añadió otro hombre que se acercó al primero. Sostenía la pala en gesto amenazador y la miró con ojos sombríos bajo unas cejas oscuras y pobladas—. ¿Qué crees que haces?

Enfadada, Danielle estiró la mano para tomar la pala, pero el sujeto alzó el brazo para dejarla fuera del alcance.

De a poco, Danielle tomó consciencia de los otros hombres y mujeres que se detenían y se volvían hacia ella. Sintió las miradas que la quemaban como antorchas.

Eso era justo lo peor que le podía pasar a alguien que quería mimetizarse y hacerse amiga de la gente.

—Debo ir a cavar canteras —señaló.

—No lo creo —la contradijo Marcos.

A Danielle se le aceleró el corazón. Los ojos oscuros del *highlander* destellaron con una amenaza clara.

—¿Por qué?

Se preguntó si había hecho algo para ofender a ese hombre, además de ser inglesa. Pero luego de hablar con Roberto el día anterior, se había limitado a ayudar a Colum a colocar la tienda de campaña y luego había ido a recoger alimentos y hierbas útiles para Catriona, así como también algunos hongos y bayas para Kate. Luego había cocinado con las viajeras en el tiempo, y habían hecho comida suficiente como para alimentar a treinta hombres.

Más tarde, había pasado la noche con Colum, besándose, dándose baños con esponjas y dejándole aprovecharse de ella... ¿o había sido ella la que se terminó aprovechando de él? Con el cuerpo bien satisfecho y negándose rotundamente a pensar en la piedra que yacía en la cima de la colina, se quedó dormida en sus brazos. Se rehusó a pensar en sus padres y en su hermana, que de seguro estaban muertos de preocupación.

Danielle hizo a un lado los pensamientos que la habían distraído e hizo el intento de sonar civilizada.

—Por favor, devuélveme la pala.

No les tenía miedo a esos hombres. Podía ver que Marcos tenía una pierna herida y sabía que le podía causar mucho dolor con una patada. El segundo hombre era más bajo y más esbelto, y podría dejarlo inconsciente si quería.

Pero ¿la atacarían las personas que los rodeaban si luchaba contra esos hombres? En el campamento, muchas personas la habían mirado con animosidad y hasta habían hecho comentarios en voz alta para que los oyera: «Cerdos *sassenach*», «Los *sassenach* no son bienvenidos aquí», «La *sassenach* debería regresar a casa». Nunca se dirigían a James Murray, que también era inglés, porque él ya se había ganado la confianza de los guerreros.

—Miren —continuó—, parecen gente razonable...

—Devuélvanle la pala a la muchacha.

La voz dura y masculina tenía un tono de autoridad absoluta.

Danielle se dio la vuelta y vio a Colum con los hombros erguidos y el ceño fruncido como una suerte de declaración.

—Claro que la vas a defender —se mofó Marcos, sin soltar la pala de Danielle—. Es la única que abre las piernas para ti. Todas las muchachas MacDonald son más listas.

Las venas del cuello sonrosado de Colum se tensaron. El rubor le subió hasta las mejillas y, con una gran zancada, sujetó a Marcos del cuello.

—No te atrevas a insultarla —le ladró—. Lo que hace no es asunto tuyo.

A Danielle se le tensó el estómago. Se estaba enfrentando a su propio clan por ella, para

proteger su honor... Nadie nunca había hecho nada similar por ella.

Marcas le mostró los dientes.

—Si hay una traidora en el campamento que nos podría traicionar durante la batalla, sin dudas es asunto mío. Y, más aún, es asunto de mi clan y de mi rey.

Colum lo fulminó con la mirada.

—Pídele disculpas.

Danielle se acercó a ellos.

—Colum, no hace falta, de verdad...

Pero Colum no cedió. Se quedó de pie como un oso, listo para destrozar a Marcas.

Marcas se mofó.

—¿Crees que el clan la aceptará? ¿A una *sassenach*? ¿De ti, el traidor?

A Danielle se le rompió el corazón en dos.

—Colum, por favor, no intentes...

—No, Danielle. Marcas no ha confiado en mí desde hace ocho años.

—Es porque yo fui uno de los primeros que fue a rescatarte de Berwick. Imagínate mi sorpresa cuando vi que casi le cortas la cabeza a Aulay. Tu propio tío, el que siempre había sido tu héroe.

El rostro de Colum perdió cualquier rastro de furia. Soltó a Marcas y lo empujó antes de alejarse varios pasos.

—Sí, el tío Aulay siempre me defendió porque sabe...

—¿Qué es lo que sabe? —le preguntó Marcas.

A Colum se le tensó la mandíbula.

—No importa. Deja en paz a Danielle.

—Es mi enemiga. Jamás tendrá un lugar entre los MacDonald. —Marcas arrojó la pala de Danielle hacia los arbustos y se alejó.

Danielle sintió gran pesar en el corazón de saber que Colum la había protegido. Sintió la sangre cálida como la miel recorriéndole las venas. Mientras la gente se dispersaba a su alrededor y seguía andando, Colum se acercó a ella y se detuvo a un solo paso de distancia.

La miró con esos ojos cálidos, líquidos y oscuros.

—Muchacha, no te preocupes por él...

—Pero tiene razón, ¿no? —le preguntó—. Jamás me aceptarán. Quizás no me aceptarán por ser quien soy. Y ser aceptado y perdonado es todo lo que has deseado desde que regresaste al clan.

A Colum se le tensaron más los músculos de la mandíbula, y los rasgos puntiagudos se le acentuaron.

—Muchacha, no...

—Pero soy algo que siempre te alejará de eso, ¿no?

—No, muchacha...

Danielle asintió con la cabeza. Lo cierto era que no había pensado en lo devastadoras que eran las diferencias entre ella y Colum para una pareja en esa época. En el siglo XXI, un escocés y una inglesa no causarían ni un ápice de conmoción. Pero en ese siglo, todos creían que Colum estaba durmiendo con el enemigo solo por su lugar de nacimiento y su acento.

Considerando la historia que Colum intentaba superar, jamás podría ser una ventaja para él. Siempre sería una carga. Un obstáculo que se pondría en el camino de lo que más deseaba.

Buscó la pala y pasó todo el día ayudando a cavar canteras a lo largo del camino. Luego las cubrió con césped y ramas.

A pesar del día largo y duro, ella y Colum hicieron el amor, y la hizo acabar dos veces. Luego se quedó dormida en sus brazos. Temprano por la mañana siguiente, se despertó para encontrarlo observándola. Tenía el rostro totalmente relajado y le sonreía con placer y admiración. Le acarició el cabello con suavidad.

—¿Me estabas viendo dormir? —le preguntó Danielle con la voz ronca.

—Sí —le respondió—. Pronto te marcharás. No me quiero perder ni un instante contigo.

Sin añadir más nada, Danielle se acurrucó en sus brazos. A través de la lona de la pequeña tienda de campaña, los rayos del sol se colaban por entre las ramas de los árboles. Los sonidos del campamento al despertarse comenzaron a llenar el aire. Oyeron a los que se valían de utensilios para revolver calderos de hierro, los que cortaban comida sobre tablas de madera y los que conversaban e impartían ordenes, así como también los relinchos de los caballos y las pisadas de los guerreros. Alguien puso algo delicioso a hervir en un caldero, y a Danielle le gruñó el estómago.

—Colum... —comenzó.

—No, muchacha —la interrumpió y le dio un beso suave en los labios—. Solo nos queda poco tiempo juntos. Pretendamos que tenemos todo el tiempo del mundo.

Le había derribado todas las paredes. Había estado a su lado para protegerla, para deshacerla, para demostrarle cómo debió de haber sido siempre.

¿Cómo podía pretender que solo tenían ese momento cuando lo que quería era la eternidad?

CAPÍTULO 29



AL DÍA SIGUIENTE...

—¡VIENEN LOS INGLESES! —EL GRITO DE ADVERTENCIA SE OYÓ EN LAS PRIMERAS HORAS DE LA madrugada, y Colum se puso de pie a toda prisa.

Todo el campamento se congeló y le clavó la mirada al centinela que acababa de entrar cabalgando entre los árboles. El hombre jadeaba al tiempo que el caballo sacudía la cabeza como un animal salvaje.

El campamento se había expandido un poco desde el día que Colum había atrapado a Danielle espiando. Habían llegado muchos hombres más a unirse al campamento de Roberto y entrenaban sin cesar.

Ese día era la víspera de San Juan Bautista y era el último día en que podían llegar los ingleses para luchar, porque de lo contrario, el castillo de Stirling pasaría a manos escocesas. Desde que el campamento se había despertado, el ambiente había estado tenso y agitado. Todos sabían que la batalla ocurriría en unas pocas horas de distancia.

Y, aun así, el anuncio conmocionó a todos. Las formaciones de *schiltrons* se dejaron de mover. Los que entrenaban con espadas dejaron las armas pendiendo en el aire. Los que pulían las *claymores* y las hachas se petrificaron.

Durante unos instantes, reinó el silencio. Tanto así que Colum pudo oír la respiración de seis mil hombres, así como también los sonidos de los huesos de los dedos cuando los guerreros tensos cerraron los puños en los mangos de las espadas y el latido de los corazones que tomaban consciencia.

Había llegado el día para el que se habían estado preparando durante todo el último año, pero también en cada batalla que habían tenido, con cada guerrero que habían perdido y cada castillo que habían recuperado de las garras de los ingleses. Esa sería la batalla que definiría lo que significaba ser un *highlander*, la lucha por la independencia y la libertad.

Al momento siguiente, todos se movieron. Todos conocían sus puestos y sabían a qué *schiltron* pertenecían, a qué comandante obedecían y cuál era su lugar en el campo de batalla. Los sonidos se reanudaron: las pisadas pesadas, los gruñidos desesperados de los hombres que se apresuraban a colocarse la armadura y a tomar las armas, y los armeros que les distribuían picas a quienes no tenían.

Colum había pasado los últimos tres días entrenando con su clan y el resto de los hombres para sostener la formación de *schiltron* y practicar diferentes tipos de formaciones diagonales. Roberto y sus comandantes, entre ellos Aulay MacDonald, James *el Negro* Douglas y Thomas

Randolph, los habían entrenado para que los guerreros de las formaciones se movieran rápido por el campo de batalla sin despegar los hombros.

Por las noches, había regresado con Danielle y le había hecho el amor con desesperación y dulzura. Estaba agradecido de que siguiera allí, de que aún no se hubiera marchado. Estaba agradecido de tener todo lo que estuviera dispuesta a darle.

Pero esa mañana, tras oír el grito, se volvió hacia ella. La muchacha estaba de pie y se había olvidado del cuenco de gachas que sostenía en las manos.

—Colum... —le dijo con urgencia.

Aún llevaba puestas las prendas de hombre y, a veces, Colum se imagina lo hermosa que se vería con un vestido de dama que le abrazara la figura esbelta y con el cabello dorado derramado por los hombros.

Pero necesitaba esas prendas masculinas para cavar las canteras en los campos, al lado del sendero que conducía al bosque New Park porque había insistido en ayudar, y Colum no había podido hacer nada para detenerla. Hasta la había visto entrenar en esgrima con Owen. Lo cierto era que la amaba sin importar lo que llevara puesto. Le encantaba que pasara la mayor cantidad de tiempo posible con él. Le encantaba que estuviera haciendo todo lo posible para ayudar a los escoceses.

Bien sabía que el final siempre había estado a la vista. Y ahora, acababa de llegar.

Recogió el cinturón con la vaina para la espada.

—Danielle, muchacha. —Le tomó el rostro entre las manos, y le vio los ojos humedecidos—. Debes marcharte.

Danielle abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Colum, yo...

—¿Qué?

Para su sorpresa, la muchacha lo envolvió en sus brazos y se aferró a él como un cangrejo. Colum la abrazó con tanta fuerza que le pareció oírla chillar. Le enterró el rostro en el cabello e inhaló su aroma sin vergüenza.

A su alrededor, comenzó a asentarse el pánico controlado que siempre predecía a una batalla. Los comandantes ladraban órdenes, los guerreros envainaban las espadas y, cuando se movían por el campamento, las pisadas parecían los redobles de un tambor.

El sudor le permeó la piel. Tenía que marcharse. Su clan lo necesitaba. Su rey lo necesitaba.

—Debo dejarte marchar —le dijo con la voz ronca contra el cuello y se apartó para mirarla a los ojos. Era la última vez que vería ese color aguamarina celestial. El único color que quería ver por el resto de su vida—. Ve, Danielle, o no lograré dejarte marchar.

Ella asintió con la cabeza.

—Siempre te amaré, Colum. —Sollozó casi en silencio.

Colum le sujetó el rostro con las dos manos.

—Cuídate. Sé feliz. Te amo, muchacha.

Pero no lo soltó. Con las muñecas pequeñas se aferró al cuello de la túnica al tiempo que las lágrimas le caían por las mejillas, y Colum se las besaba.

—No te mueras, ¿me oyes? —le susurró desesperada—. ¡No te atrevas a morir!

«Morir...».

—Muchacha.

—¡Prométeme que no morirás!

Le dolía mucho. ¿Cómo le podía importar tanto que viviera o muriera si no iba a estar allí? ¿Y qué motivo tenía para vivir sin ella?

El clan. Tenía el clan. Por más que no quisiera admitirlo, Danielle tenía razón: el clan jamás la aceptaría. Siempre pensarían que era un traidor fraternizando con una enemiga. Eso le dolía mucho. No podía esperar más. Le depositó un beso rápido en los labios y se apartó.

—Adiós, muchacha —le dijo.

Vio a los otros MacDonald que tomaban las hachas Lochaber, que constituían excelentes armas contra la caballería y varios clanes de las Tierras Altas estaban orgullosos de utilizarlas. Eran como picas altas y tenían una hoja larga y angosta con un extremo afilado en la punta.

—Ya no me pides que me quede —susurró la muchacha.

Se colocó la cofia de cota de malla, y sintió el material frío y pesado sobre los hombros.

—Es lo que los dos habíamos entendido, ¿no?

Colum envainó la espada, tomó el hacha Lochaber y echó a correr hacia su puesto.

Roberto estaba montado a caballo y gritaba órdenes a las dos formaciones *schiltron* que había al sur del final del bosque New Park, donde el sendero de Falkirk conducía hacia un claro que se abría entre el arroyo y el bosque.

Colum se unió al *schiltron* de los Cambel que estaba formado al inicio del bosque. Sabía que el tío Aulay estaba al mando del *schiltron* de los MacDonald, donde debería haber luchado Colum. La misión de Aulay era contener y proteger la parte posterior del campamento, en dirección al norte, donde yacía el castillo de Stirling.

Y ahora que Danielle se iba a marchar, Colum tenía que ponerse en movimiento. Tenía que hacer algo para distraerse y no salir corriendo tras ella para detenerla. Debía luchar y ser útil.

Se paró entre Craig e Ian Cambel, apretando los hombros con los dos guerreros, e intercambió una mirada con ellos. Ambos tenían una pica en las manos. Craig tenía unos cuarenta años, e Ian también, pero los dos eran guerreros gigantes y poderosos.

—Colum MacDonald —lo saludó Craig—. ¿Te has perdido, muchacho?

—Es Danielle —le dijo Colum con la garganta tensa—. Se marcha.

Los dos sabían lo que significaba eso. Amy y Kat se encontraban allí y habían conocido a Danielle.

—Lo siento —le dijo Craig.

Pero eso fue todo lo que logró decir. Colum y los Cambel estaban en la primera línea del *schiltron*. Detrás de ellos, había varios guerreros con picas. Colum sintió los hombros, las espaldas y los pechos de sus compatriotas apoyándolo. Debían moverse como uno. Un solo ser, unido por el honor y la lealtad, luchando por la vida.

Delante de ellos, se abría el camino de Falkirk. A ambos lados, Danielle y muchos otros habían cavado canteras que habían cubierto con ramas y césped.

—¡Avancen! —tronó la voz poderosa de Roberto, y el *schiltron* se movió hacia adelante.

Marcharon en esa formación ceñida, y Colum sintió codos y pies rozándole los suyos. Llevaban las picas en alto, apuntando hacia el cielo como los árboles que había a su paso. Colum inhaló el olor acre a sudor. Los árboles quedaron atrás y llegaron a una zona abierta, pero siguieron marchando hacia el sur del camino. Roberto iba delante de ellos, y tanto a la izquierda como a la derecha, había tres *schiltrons* más que los seguían. Parecían rectángulos con lomos de puercoespín.

Cuando Roberto sostuvo el brazo en alto e hizo un gesto para que se detuvieran, Colum vio el ejército inglés que se aproximaba. El destello del sol reflejado sobre la armadura de cientos de caballeros lo cegó y lo hizo entrecerrar los ojos para ver mejor. Las espadas brillaban como rayos de luz y le lastimaban los ojos. Podía sentir el retumbar de miles de cascos de caballos contra el suelo, junto con los miles de pies que marchaban para impartir la muerte.

Luego aparecieron los estandartes rojos con tres leones dorados. El rey de Inglaterra iba montado sobre un gigante caballo de guerra blanco, y una cantidad de guerreros incontable marchaba y cabalgaba detrás de él. Lo seguía la caballería orgullosa y poderosa, que estaba compuesta de cientos de caballeros con costosas armaduras de hierro sólido. Sin embargo, los caballos parecían cansados, sudados y poco cuidados. Arrojan las cabezas y cojeaban. Los rostros sombríos que miraban a los escoceses desde detrás de los cascos no reflejaban la furia de la batalla, sino que también se veían cansados. A pesar de eso, exhaustos o no, superaban en número a los escoceses casi cuatro veces. Y contaban con la caballería.

—¡Esperan que regresemos al bosque! —gritó Roberto mientras observaba al enemigo avanzar—. ¡Pero no lo haremos, muchachos! No saben lo que les espera cuando intenten flaquearnos. —Abrió la boca y miró hacia atrás—. ¡Resistan, muchachos! ¡Resistan!

Ese era el momento para el que se habían estado preparando, para el que se habían estado entrenando en ese condenado bosque durante meses, y por el que habían luchado tantas batallas en los últimos años. Pero además era el momento en que la mujer a la que amaba regresaba a casa y nunca más la volvería a ver.

Detrás del rey Eduardo II, ondulaban los estandartes de varios nobles importantes que, sin lugar a dudas, estaban al mando de sus unidades. Todos iban montados sobre caballos de guerra, que eran animales muy diferentes a los palafrenes que se solían utilizar para cabalgar grandes distancias. Un caballo de guerra costaba ocho veces más que un caballo normal; de hecho, el costo equivalía al salario anual de cuatro caballeros.

De pronto, Colum vio al hombre que había estado presente en el calabozo hacía ocho años y se había ceñido amenazante sobre la reina de Escocia listo para violarla: *sir* Henry de Bohun.

Marchaba cerca de Eduardo a lomos de su caballo y se acercó al monarca para decirle algo al oído. Llevaba una armadura costosa que Colum jamás había visto. Las placas del pecho y los brazos eran pesadas y brillaban como dos monedas de plata nuevas. Llevaba un pesado casco con plumas azules y amarillas, que eran sus colores, en la parte posterior de la cabeza.

Eduardo asintió con la cabeza sin apartar los ojos de Roberto. Luego, Henry se bajó el casco y condujo al monumental caballo de guerra vestido con armadura a un lado del camino para apartarse de la caballería inglesa. Apuntó la lanza a Roberto y espoleó al caballo de guerra, que se lanzó al ataque.

Mientras el animal levantaba piedras y tierra bajo los cascos, todos los hombres que conformaban el *schiltron* de Colum contuvieron el aliento y miraron a Roberto sobre el palafrén gris que pisaba fuerte contra el suelo.

¿Qué iba a hacer Roberto? Observó al caballero que se había lanzado al ataque sin moverse bajo la armadura simple de cota de malla, sin ninguna pieza de hierro, y tan solo un casco simple bajo la cofia de cota de malla. ¿Estaba conmocionado como el resto de los guerreros? Una bestia se acercaba contra él para impartirle la muerte. Sin dudas, al igual que Colum hacía unos días atrás, Henry sabía que, si lograba acabar con el rey, ganaría la guerra.

Pero Roberto también lo sabía. Y tenía que escoger. Podía darse la vuelta, huir y salvarse la vida. O confrontar a la bestia que se lanzaba a todo galope contra él, tan inevitable como una tormenta, e intentar derrotar al caballero, por imposible que pareciera.

Roberto echó un vistazo por encima del hombro para ver a sus tropas. Los ojos oscuros del monarca brillaban con determinación. Y reflejaban muerte. Abrió la boca y soltó un grito.

No fue el grito de guerra de su clan. Ni el de ningún clan escocés. Era un rugido que los unió a todos. Combinó a todas las familias y todos los clanes en una nación. El rugido de Roberto le causó un escalofrío en todo el cuerpo, y Colum abrió la boca para replicarlo.

—¡Aaahh! —gritó junto a Craig e Ian, que iban a su lado, y Owen, a sus espaldas. Y hubo otra voz que no le pareció real. Y cuando miró hacia atrás, vio a la esposa de Owen, Amber.

Todos le hicieron eco al rey como uno solo. Fue así que Colum lo supo.

—¡Alteza! —lo llamó. Cuando Roberto se volvió hacia él, añadió—: ¡Tome el hacha! —Y le arrojó el hacha Lochaber.

Roberto la atrapó y midió el peso del arma en la mano arrojándola en el aire. Acto seguido, espoleó al caballo gris y se lanzó al encuentro con el caballero.

La tierra retumbó bajo los pies de Colum mientras los contrincantes cabalgaban al encuentro. Los escoceses que los rodeaban soltaron vítores y rugidos.

Roberto tenía un caballo más pequeño. Además, llevaba una armadura muy simple que no lo protegería como la de Henry. No tenía una lanza. Todo parecía indicar que el caballero inglés lo ensartaría en la lanza como a un jabalí.

Pero en el último instante, cuando los caballos se deberían haber encontrado, Roberto giró el palafrén a un lado para esquivar la lanza, se incorporó sobre los estribos y le clavó la hoja del hacha en la cabeza a *sir* Henry. El arma perforó el casco, pero la empuñadura se quebró por el impacto.

El caballero cayó como una peña; no cabían dudas de que estaba muerto antes de tocar el suelo. Un rugido de triunfo resonó en el aire alrededor de Colum. Roberto se acercó a Eduardo. Durante un momento, los dos se fulminaron con la mirada. Eduardo estaba conmocionado, mientras que Roberto se veía triunfante. El monarca escocés alzó un puño en el aire y volvió a rugir, pero en esta ocasión más fuerte, antes de girar el caballo y regresar cabalgando hasta donde se encontraba el *schiltron* de Colum.

Mientras se aproximaba a ellos, los ingleses rugieron con enfado e incredulidad y se lanzaron tras él como una tormenta.

—¡En sus puestos, muchachos! —rugió Roberto cabalgando hacia ellos—. ¡Prepárense! —Cabalgó detrás de los cuatro *schiltrons*—. ¡Prepárense!

Colum apretó los dedos alrededor del mango de la pica. Una tormenta se avecinaba. Era una tormenta de bestias de guerra, acero y lanzas. Una tormenta de espadas y de los cascos retumbantes de los ojos salvajes de los caballos que eran cabalgados hacia la muerte. Los destellos metálicos que se aproximaban cegaron a Colum.

—¡Bajen las picas! —rugió Roberto.

Todos bajaron las picas; tanto Colum, Craig e Ian en la primera fila, como Owen, Amber y los otros en las filas de atrás. Ahora se convirtieron en una bestia. Un puercoespín de metal y madera. Un solo ser. Un ser que se paraba entre la libertad de Escocia y la esclavitud.

Cuando la primera ola de bestias impactó contra el *schiltron*, la fuerza del golpe lo dejó sin aliento. Y lo único que pudo pensar fue: «Que Danielle esté a salvo».

CAPÍTULO 30



DANIELLE NO PUDO APARTAR la mirada del sendero que pasaba por entre los árboles, el sitio por el que Colum se había marchado junto con los Cambel y otros clanes tras Roberto.

Un grupo de mujeres se acercó a ella.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Amy.

La esposa de Craig Cambel, Amy, era una mujer hermosa de casi cuarenta años y con el cabello rojizo lleno de mechones plateados. Llevaba un vestido simple tejido en casa, el cabello sujeto con una suerte de bandana, como las que habían usado las enfermeras durante la Segunda Guerra Mundial. Al lado de ella se encontraba Jenny, una pediatra de la ciudad de Nueva York que se había casado con Aulay MacDonald. Catriona Mackenzie también estaba con ellas, al igual que Kate Cambel, la esposa de Ian Cambel, uno de los guerreros que luchaban al lado de Colum.

—No lo sé —logró responder Danielle—. Lo único que oigo son gritos y... rugidos y...

Se detuvo antes de romper en lágrimas. En el transcurso de los últimos días, había conectado con esas mujeres y con Amber, que estaba luchando al lado de los hombres, y se habían vuelto sus amigas. A diferencia de su vida en el siglo XXI, allí no necesitaba usar el trabajo como excusa para mantener a las personas alejadas. A esas viajeras en el tiempo no les interesaba juzgar su personalidad ni su apariencia.

Las cinco mujeres entendían como nadie lo que había atravesado. Todas excepto Catriona habían nacido en su siglo y habían escogido vivir en el pasado, con el cuidado médico mínimo y menos comodidades. Todas habían escogido eso por los *highlanders* que amaban.

El marido de Catriona, James Murray, el detective de la policía de Oxford, ahora era parte del clan Mackenzie y se encontraba en el frente oriental del campamento junto con David y al lado del clan MacDonald, donde Colum debía estar de no haber escogido marchar a la batalla como un demente y unirse al clan Cambel.

—Está bien —le aseguró Catriona mientras le frotaba los hombros—. Rogene es una historiadora de tu época y nos contó cómo saldría todo. Si no estuviera embarazada de su siguiente hijo y a punto de dar a luz en Eilean Donan, estaría aquí para repetírnoslo. Todo va a ir bien.

—Puede ser —acordó Danielle—. Todos sabemos que los escoceses ganarán la batalla de Bannockburn. Pero ninguna sabe si nuestros hombres saldrán vivos.

Las mujeres intercambiaron miradas de preocupación. Sabía que no dejaban de pensar en eso.

—Danielle, ¿por qué sigues aquí, tesoro? —le preguntó Amy con delicadeza.

Danielle echó una mirada hacia el oeste, hacia la colina donde se encontraba la piedra.

—Mis pies se rehúsan a ir allí. Estoy muerta de preocupación por Colum. Y... no me puedo marchar hasta no saber que está a salvo.

Todas la miraron con simpatía.

—Si estás segura de eso —dijo Jenny.

—No estoy segura de nada —confesó Danielle—. Ni siquiera sé si me quiero marchar. Todas ustedes decidieron que la vida aquí era más importante... Es decir, para mí, jamás hubo nada más importante que mi trabajo. Pero lo más probable es que lo haya perdido. Así que ¿qué más me queda? Solo mi familia. Y los quiero muchos a todos. Mis padres y mi hermana deben estar muertos de preocupación por mí.

—¿Sabes que tienes tres pases por la piedra? —le preguntó Kate.

Danielle frunció el ceño.

—No, no lo sabía.

—Ya la cruzaste una vez, ¿no? —le preguntó Amy, y Danielle asintió—. Bueno, aún tienes dos pases más.

A su alrededor, el campamento estaba silencioso. En comparación con el inglés, ese era más pobre. Había menos tiendas de campaña, y la mayoría consistía de unos cobertizos con un techo simple de lona, de pieles de ciervo o sencillamente de ramas de pino que formaban una capa gruesa. A diferencia de los ingleses, si hacía tiempo agradable, los *highlanders* preferían dormir bajo las estrellas. De los seis mil guerreros, solo un tercio poseía cofias de cota de malla, y muchos menos eran los que tenían verdaderas placas de armadura. La mayoría utilizaba *lèintean-croich*, pero muchos ni siquiera tenían eso para escudarse.

El campamento estaba casi vacío; solo quedaban las mujeres, que eran las esposas, las hijas y las hermanas de los guerreros, para cuidar de las provisiones y realizar tareas simples alrededor del campamento. La mayoría de los hombres estaban en sus puestos.

Había cuatro *schiltrons* en el extremo sur del bosque enfrentándose a los ingleses. Los otros diez *schiltrons* ya se habían formado y aguardaban en la línea este del bosque New Park. Al igual que los guerreros en el frente, eran formaciones unidas de hombres, pero en lugar de adoptar una forma rectangular, eran más ovaladas o circulares, y cada hombre sostenía una pica o un hacha Lochaber. En ese momento, los hombres estaban de pie con las picas apuntando al cielo. Pero Danielle los había visto entrenar y adoptar una posición de defensa con las picas y las hachas Lochaber apuntadas a un enemigo imaginario y sabía que se veían como alfilereros gigantes llenos de agujas.

Vio a Aulay MacDonald sentado a lomos de un caballo frente a uno de los *schiltrons*. Los hombres permanecían en silencio y observaban el bosque. Aulay estaba tenso, miraba hacia el este a través de los árboles. Aunque se encontraba a casi veinte metros de distancia, Danielle supo que algo iba mal. Aulay se quedó petrificado con la espalda más recta que una tabla. Luego hizo un movimiento abrupto a sus espaldas para indicarles a los hombres que guardaran silencio absoluto.

A Danielle se le subió el corazón a la garganta. Algo iba terriblemente mal. Se le tensaron los puños. Supo que todas las mujeres miraban a Aulay como halcones.

Luego lo oyeron emitir una sarta de maldiciones antes de que se volviera hacia sus hombres.

—¡Los ingleses! —gritó—. Mil soldados de caballería se están escabullendo para atacarnos por detrás. Sin dudas, intentan cortar la línea de retirada. No puedo creer que casi me lo pierdo. ¡Prepárense, muchachos!

Por un momento, cundió el pánico entre los hombres. Se expandió como un temblor de terror entre ellos. El enemigo, la muerte, ya no se encontraba en el otro extremo del bosque, donde los

Cambel y Roberto luchaban. Todo lo contrario. Se aproximaba a ellos. Y casi los había alcanzado. Podían perderlo todo y la guerra acabaría, sin importar lo bien que estuvieran luchando los hombres en el frente.

James *el Negro* Douglas cabalgó hacia él, le dijo algo en voz baja y asintió con la cabeza.

—¡Muchachos! —exclamó Aulay—. Clifford se acerca con su contingente. Casi me percaté demasiado tarde, pero aún tenemos tiempo. ¡Tomemos las picas y veamos cómo sabe la sangre inglesa!

—¿Quién es Clifford? —preguntó Danielle en voz alta.

—*Sir Robert Clifford* —le respondió Catriona—. Es uno de los comandantes ingleses más prominentes. Se lo conoce por la mente maliciosa que tiene.

Sin dudas, Danielle no podía dejar a Colum. Ni podía quedarse sentada allí sin hacer nada. Si no estaba de camino a Londres, lo mejor sería ayudar y hacer todo lo posible para asegurarse de que Colum tuviera una oportunidad de sobrevivir. Se volvió hacia las mujeres.

—Voy con ellos. Denme cualquier armadura y arma que haya, por favor.

El *schiltron* de Aulay ya estaba en movimiento, y las mujeres asintieron. Amy tomó un *lèine-croich* y ayudó a Danielle a colocárselo. Kate le puso una cofia de cota de malla, y Catriona le entregó una pica. Danielle las envolvió en un cálido e incómodo abrazo grupal y salió corriendo hacia el *schiltron*. Chocando los hombros con los guerreros, se abrió paso entre los MacDonald, que la miraron anonadados. Muchos la reconocieron como la extraña mujer inglesa que estaba con Colum y que no le agradaba a nadie, pero no le importó. Ese día arriesgaría la vida por ellos.

Avanzaron. Danielle sintió como si fueran un animal gigante y salvaje. Quizás un dragón o una ballena enorme con innumerables pinchos. La fuerza la movió y no le quedó más opción que seguirlos. Quizás así era como se sentía Colum al ser parte de su clan. Esa sensación de pertenencia a una fuerza imparable que era poderosa mientras todos se cubrieran las espaldas. Los MacDonald se la cubrían a ella. Lo podía sentir a nivel físico: estaban espalda contra espalda, hombro contra hombro, y las piernas rozaban las de otros guerreros mientras atravesaban el campo a paso lento para ir al encuentro de la caballería que avanzaba hacia ellos.

Al poco tiempo, salieron del bosque al campo abierto y siguieron avanzando. A unos cien metros de distancia, la fuerza de la caballería montaba enormes caballos de guerra e iba a su encuentro. El suelo repiqueteaba con los cascos de los animales que iban cubiertos de armaduras; llevaban placas metálicas que les protegían la cabeza, el cuello, el pecho y los cuartos traseros. La mayoría tenían prendas coloridas con patrones cuadriculados en tonos azules y amarillos; quizás era el escudo de armas de Clifford. El metal destellaba mientras cabalgaban por el campo, y los caballeros apuntaban las lanzas hacia el *schiltron* de Danielle.

Había muchas decenas de ellos... ¡No, eran centenas!

Danielle contuvo el aliento mientras avanzaba con el resto del clan MacDonald. De repente, se quedaron sin tiempo, porque los jinetes cabalgaban al ataque a una velocidad fenomenal.

—¡Preparen las picas y las hachas! —ordenó Aulay.

Todos colocaron las picas en el ángulo correcto, y, como la fila de hombres que se encontraba a sus espaldas hizo lo mismo, adoptaron la forma de un puercoespín gigante.

Al siguiente instante, oyeron el choque de la carne y el relincho doloroso y los ruidos de tortura que producían los caballos antes de caer uno tras otro junto con los jinetes. Danielle clavó los pies en el suelo con firmeza, inspiró hondo y absorbió los impactos de los ataques, una ola tras otra. El estómago le dio un vuelco y sintió náuseas.

Sabía que los otros *schiltrons* que los rodeaban hicieron lo mismo. Los ingleses seguían intentando atacarlos desde diferentes frentes, pero con cada intento caían y sufrían grandes

pérdidas. El aire se llenó de olor a sangre, estiércol y desesperación. Danielle perdió la noción del tiempo. Con cada ataque, las espadas y lanzas de los caballeros ingleses le pasaban por delante de los ojos, pero jamás la alcanzaban, porque las picas de todos los que la rodeaban las detenían.

Luego, cuando la luz cambió y el día oscureció, se sorprendió cuando los ingleses comenzaron a arrojarles mazas, espadas y piedras a los *schiltrons* al tiempo que soltaban gritos de desesperación. Y fue entonces cuando por primera vez vio a un hombre que cabalgaba a su lado caer con un hacha clavada en la cabeza.

—¡Resistan! —gritó Aulay—. ¡Resistan! —Se encontraba en la primera fila del *schiltron*.

Una espada pasó volando por encima de la cabeza de Danielle y le rozó la cofia de cota de malla. Los jinetes comenzaron a formar círculos a su alrededor, desesperados por embestirlos, lastimarlos y abrirse paso entre la muralla de picas. Y, tras varias horas de mantenerlos a distancia, Danielle comenzó a sentir cansancio en las rodillas. Estaban comenzando a ceder. Le dolían los hombros, le temblaban los brazos del agotamiento de sostener la pica durante tanto tiempo y de ensartar un caballo tras otro.

De pronto, los jinetes parecieron distraerse, y sonó un cuerno de guerra.

—¡Es James Douglas con sus hombres! —gritó Aulay para que lo oyeran todos.

El contingente inglés que ahora contaba con muchos menos soldados, por fin se dio la vuelta y se alejó al galope.

Cuando regresó al campamento, le temblaba todo. Le fallaban las rodillas y tenía las piernas debilitadas. Pero siguió avanzando entre las fogatas. Vio a muchos hombres heridos, y a Catriona, Amy y Jenny atendiéndolos con ayuda de otros curanderos.

Cuando vio a Colum, el estómago le dio un vuelco. Estaba sentado frente a una de las fogatas, con el rostro enterrado entre las manos, el torso desnudo y los descomunales hombros iluminados por las llamas. Jenny estaba sentada al lado de él y le suturaba el hombro. Danielle se apresuró a su lado.

Alzó la mirada para verla con mucha tristeza en los ojos. Pero, al reconocerla, se mostró aliviado. Ignoró a Jenny y se puso de pie para tomarla entre sus brazos. Danielle se hundió en la calidez de su cuerpo y dejó que la envolviera con la dureza de sus músculos y en su aroma almizcleño, masculino y tan querido.

Luego la besó, y Danielle sintió como si hubiera llegado a casa. Se olvidó de todos los músculos cansados y exhaustos por las últimas horas. En lo único que pudo pensar fue en lo bien que se sentía su boca sobre la de ella. En lo mucho que quería seguir besándolo.

Cuando se apartó de ella, la miró a los ojos, y Danielle se hundió en la profundidad oscura de los suyos.

—Cuando me enteré de que estabas en un *schiltron* casi me muero. ¿Por qué no te marchaste?

Danielle le tomó el rostro entre las manos.

—No me podía marchar hasta no saber que estabas a salvo. ¿Qué pasó allí?

—Ustedes dos necesitan privacidad —masculló Jenny—. Pero antes déjame terminar de suturar la herida, Colum. Luego se pueden besar todo lo que quieran. Ven aquí.

Colum asintió y se volvió a sentar.

—La caballería no dejaba de atacarnos —le respondió Colum mientras Jenny le suturaba el hombro—. Intentaron atacarnos desde los campos y desde los laterales, pero los caballos se cayeron en las canteras. Gracias a tu sugerencia, solo pudieron tomar el sendero y se vieron obligados a encontrarnos de frente. Y Roberto nos había entrenado bien para resistir en los

schiltrons, que fueron fuertes contra la caballería. Sin importar cuántos hombres nos enviara Eduardo, todos terminaban ensartados contra las picas o las hachas Lochaber. Sufrieron pérdidas mucho más grandes que las nuestras. Y luego se retiraron al campamento hacia el este a pasar la noche. Pero las pérdidas que sufrieron hoy no son nada para el ejército que tienen. Siguen siendo poderosos. Tendremos que atacarlos con todo lo que tenemos por la mañana.

Cuando Jenny por fin acabó, levantó a Danielle en sus brazos y la llevó hacia su tienda de campaña.

CAPÍTULO 31



COLUM SALIÓ de la tienda de campaña y vio a Danielle sentada frente a su fogata abrazándose las piernas largas. A su alrededor, el campamento se veía inmerso en la oscuridad de la noche. Olía a leña, comida y pinos. En varios puntos, las fogatas brillaban con intensidad, y varios hombres se sentaban alrededor de ellas charlando, bebiendo, comiendo y cantando canciones tristes para los caídos en batalla. Pero estaba tan oscuro bajo las ramas gruesas de los árboles, que parecía que un gran vacío negro separaba cada fogata. A pesar de que estaban rodeados por el resto del campamento, era como si fueran las únicas dos personas en el mundo.

Entró en la tienda de campaña para buscar la manta de lana. Cuando se la llevó a Danielle afuera, la muchacha lo miró, y el corazón le dio un vuelco al verle la tristeza en los ojos. La envolvió con la manta y se sentó a su lado. Danielle se acurrucó en la manta y le apoyó la cabeza contra el hombro.

—¿Qué sucede, muchacha? —le preguntó.

—No te quiero dejar —le respondió en un susurro.

Cerró los ojos y tensó la mandíbula. Él tampoco quería que se marchara, pero tenía que regresar a su vida. A su familia. No la podía atrapar en esa época en la que no pertenecía. El tiempo que había compartido con ella había sido el más feliz de su vida, y atesoraría los recuerdos y el dolor de su ausencia por el resto de la vida.

—No pensemos en ello ahora, muchacha. —Le colocó los dedos bajo el mentón y, con delicadeza, le hizo volver el rostro hacia él. Lo miró con los ojos bien abiertos y llenos de lágrimas. Colum sabía que debía de estar conmocionada y exhausta luego de la batalla y también por el temor que había sentido por él. Esa mujer estaba hecha de acero. ¿Cómo lograría vivir sin ella?

No podía sumirse en esos pensamientos.

—No estés triste, mi amor —le susurró—. Sé cómo hacerte olvidar el dolor.

Supo que entendió el significado de las palabras, porque el dolor desapareció y dio paso a una sonrisa torcida.

—Ah, ¿sí? —le preguntó.

—Solo mira —le dijo y la besó.

Saboreó los labios suaves, se los mordisqueó y succionó antes de deslizarle la lengua en la boca. Sabía a delicias de otro mundo, y a ese sabor tan único que tenía y que no podía comparar con nada más.

Cuando la sintió temblar y emitir esos sonidos guturales desde el fondo de la garganta, supo que ardía de deseo por él, y la hizo recostar sobre la manta en el suelo. El fuego crujía y tiraba chispas en el aire que le iluminaban el hermoso rostro. Se ciñó sobre ella y observó maravillado

los pómulos altos, la nariz recta, los ojos grandes y preciosos que se veían oscuros y brillantes. Tenía los labios hinchados por los besos, y el cabello sedoso desparramado por la manta como hebras de oro.

Los envolvió a los dos en la manta para ocultarlos del mundo. Luego le fue depositando besos por la garganta e inhalando su aroma. Danielle arqueó el cuello hacia él para permitirle deleitarse en la piel suave.

Cuando llegó a los pechos y los acarició, la muchacha se quedó quieta y sintió que lo miraba.
—¡Colum! —susurró—. Aquí no.

Colum se rio y los envolvió bien en la manta para dejar el mundo afuera de su capullo oscuro.

—Nadie te verá, muchacha. Mi cuerpo te cubrirá.

Danielle soltó un dulce gemido de sorpresa, y Colum le sonrió de oreja a oreja. Le gustaba verla de ese modo: encantada y excitada. Por todos los cielos, deseaba poder pasar el resto de su vida haciéndola feliz cada día.

Mientras la manta y el fuego los mantenían cálidos, Colum le abrió el cinturón y le quitó la túnica por la cabeza. Más temprano, habían ido al arroyo de Bannockburn y se habían dado un baño en una parte apartada para quitarse toda la suciedad y el sudor de la batalla. Ahora pudo inhalar el aroma limpio mientras le quitaba la prenda a la que ella se refería como «blusa» por la cabeza. Observó asombrado el cuerpo precioso y esbelto y sintió que se endurecía aún más al verla.

La estudió queriendo recordar cada parte de ese cuerpo hermoso; en especial, el modo en que los pezones pálidos se oscurecían y endurecían de deseo y la forma en que la cintura angosta serpenteaba hacia las caderas. Esas caderas se podían mover con una dulzura única para encontrarse con las suyas en un ritmo perfecto.

Le besó un pezón y luego se llevó el otro a la boca y jugueteó con la punta endurecida mientras le cubría el otro seno con la mano y repetía el mismo juego. Le succionó el pezón hasta hacerla jadear y retorcerse bajo su cuerpo. Por todos los cielos, le encantaba sentir a esa mujer retorcerse y gemir de excitación. ¿Cómo podría haber llegado a pensar que no podía sentir placer? No lo podía comprender. Estaba hecha de placer, con ese cuerpo hermoso y sensible que cantaba bajo sus manos.

Le abrió los extraños pantalones y se los bajó por las piernas antes de quitarle esas pequeñas «bragas» seductoras. Luego, sin apartarle la boca ni los dedos de los senos, le acarició el sedoso muslo con la otra mano y llegó hasta su monte de Venus. Cuando se detuvo allí, la muchacha volvió a jadear y estremecerse.

—¿Me deseas allí, muchacha? —le preguntó con la voz ronca alzando la mirada hacia ella.

—Sí...

—¿Cómo?

—Quiero todo —le dijo.

—No, esa no es una respuesta. Sé concreta.

—Eh... Quiero tus manos. Tu boca. Tu miembro.

—Mmm, de acuerdo.

Se estaba abriendo. Mientras le separaba los pliegues y le buscaba el clítoris con el dedo, un temblor la recorrió y se cubrió la boca con la mano para reprimir un gemido. La sintió suave, cálida y húmeda y... Oh, por todos los cielos, cómo la deseaba. Pero tenía que ser paciente. Era posible que esa fuera su última vez juntos, de modo que estiraría esos momentos y los disfrutaría por el resto de la vida.

Le dibujó círculos con los dedos mientras se movía al otro seno con la boca y comenzaba a succionar y lamer el otro pezón. Danielle le envolvió las piernas por la cintura y comenzó a acercarle las caderas. Colum la siguió provocando durante unos instantes más hasta que la sintió cada vez más húmeda.

—Qué muchacha más impaciente —murmuró mientras le depositaba besos por el torso, por el estómago duro que subía y bajaba por la respiración agitada y, finalmente, se detenía en la unión de los muslos.

Le separó las piernas y la observó maravillado.

—Colum... —le suplicó.

—¿Qué sucede, muchacha?

—Estoy...

—Eres la mujer más hermosa que he conocido, muchacha. Y quiero verte por completo. Entera.

Porque nunca más la volvería a ver pasado el día siguiente.

Luego fundió la boca contra su sexo y comenzó a provocarla y a jugar como a ella le gustaba. Oyó lo que le pedía su cuerpo y succionó y lamió el punto sensible hasta que le arrancó los sonidos que le decían que estaba a punto de llegar a la cima. Pero tenía muchas cosas más planeadas para ella. Quería que acabara una y otra y otra vez. Por eso, se apartó y la observó unos instantes. Cuando Danielle por fin alzó la cabeza, le ofreció una sonrisa traviesa.

—Ten paciencia, muchacha.

Porque esa sería su última vez.

—Colum...

—Shh... —le dijo.

Sin apartarle la mirada de encima, se acomodó sobre ella, y la manta se le deslizó de la espalda. Se quitó la túnica y los pantalones para que nada se interpusiera entre ellos. Danielle le recorrió el cuerpo con una mirada de aprecio y se mordió el labio. Esperaba que la muchacha estuviera disfrutando de lo que veía. Esperaba que lo recordara por el resto de la vida, así como él la recordaría a ella.

—Con las manos —le dijo mientras se acercaba a ella—. Con la boca. —Los volvió a envolver con la manta para ocultarlos del mundo—. Y con el miembro.

Le separó los muslos, y Danielle alzó las caderas para recibirlo. La deseaba tanto que estaba temblando. Se acomodó en la entrada y, cuando se deslizó lento en la profundidad húmeda y cálida, Danielle se arqueó hacia él para acercarlo más mientras le envolvía las piernas por las caderas.

Colum soltó un gruñido silencioso al tiempo que se hundía más y más en ese delicioso sexo estrecho. Por todos los cielos, el placer de estar en su interior podría acabar con él. Se quedó quieto unos instantes y, cuando lo miró a los ojos, le dijo:

—Te amo, muchacha.

Danielle tragó con dificultad y le ofreció la sonrisa más hermosa del mundo.

—Y yo a ti, Colum.

Luego comenzó a moverse. Quería que ese momento durara para siempre. Quería que durara la vida que jamás compartirían. La embistió lento sin quitarle los ojos del rostro. Sin embargo, Danielle era demasiado dulce, la presión demasiado intensa y, al cabo de unos minutos, no pudo recordar lo que se había prometido porque solo existía el cuerpo de ella y el de él, fundidos en uno. Y, como eran uno, se movieron al mismo ritmo, las caderas se encontraron y se apartaron al tiempo que respiraban entre jadeos y alcanzaban cimas de placer como un único ser.

Demasiado pronto, ella llegó a la cima, y Colum sintió cómo las paredes se estrechaban alrededor de su miembro y oyó los gemidos que significaban que estaba a punto de deshacerse. Tenía el pecho y el cuello sonrosados y sudados. Y pronto él también llegó allí e hizo un movimiento para salirse antes de derramar su semilla en ella, pero Danielle no se lo permitió y le mantuvo las piernas alrededor de las caderas.

Al verla a los ojos, lo supo. Ella también había sabido desde el comienzo que esa sería su última noche juntos y quería sentirlo acabar en su interior por esa sola vez.

Con una embestida más, explotó como una ola feroz y cálida de placer. Se estremeció y luego se quedó quieto, sintiendo cómo se derramaba entre las paredes estrechas que lo contenían. La muchacha le mordió el hombro para amortiguar los gemidos de placer mientras todo su cuerpo convulsionaba.

Al cabo de unos instantes, se dejó caer sobre ella antes de girarse a un costado para abrazarla con fuerza, apoyarle una mano en la cintura y darle un beso en la espalda mientras inhalaba su aroma.

Oían los crujidos pacíficos de la fogata. Las hojas de los pinos se mecían con suavidad por encima de ellos. Y Colum se deleitó con el placer de tenerla en sus brazos. De estar tan cerca de ella y sentir su cuerpo cálido, el modo en que el estómago se le inflaba y desinflaba mientras respiraba.

Tras varios minutos, estiró un brazo hasta el cinturón que yacía al lado de los pies. Buscó algo en la pequeña bolsa que llevaba colgada de él y regresó a acostarse a su lado. Le buscó la mano y le deslizó el anillo de su madre en el dedo. Danielle se quedó congelada hasta que logró darse vuelta para mirarlo.

Se observó la mano con los ojos abiertos como platos. El anillo que llevaba en el dedo era de plata con una piedra de aguamarina que hacía juego con sus ojos.

—Colum, ¿qué es esto? —le preguntó.

—Mi padre le dio ese anillo a mi madre antes de que se casaran. En su lecho de muerte, mi madre me lo dio a mí, para que se lo diera a la mujer que amo.

—Pero...

—Tú eres la mujer que amo, muchacha. Quiero que lo tengas.

Danielle negó con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No, es demasiado.

—Por favor, muchacha. Quiero que mires este anillo y sepas que es de un hombre que te amará hasta su último aliento. Quiero que recuerdes que lo que te has dicho que es cierto, no lo es. Que puedes confiar en la gente. Porque a pesar de lo que te he hecho, un día fuiste valiente y decidiste confiar en mí. Y lo más importante de todo es que puedes confiar en ti misma.

Danielle se llevó la mano al corazón.

—No sé qué decir...

—Solo di que aceptas mi regalo.

La muchacha asintió con la cabeza y se dejó caer sobre sus brazos.

—Lo atesoraré por siempre.

CAPÍTULO 32



DANIELLE OCULTÓ el rostro en el cuello de Colum e inhaló su aroma. Era la mañana del día siguiente, el veinticuatro de junio, y era el último día de la batalla de Bannockburn. A través de las paredes de lona de la tienda de campaña, oyó a los guerreros que se preparaban para la batalla. Oyó las voces apagadas y tensas, los sonidos metálicos de las armas y los relinchos de los caballos. Los gritos y los gruñidos de los heridos la hicieron estremecer de empatía.

Colum le recorrió el lateral del rostro con los nudillos. La noche anterior, luego de hacer el amor, la había arrullado hasta que se quedó dormida oyendo lo mucho que la amaba. Lo mucho que iluminaba su mundo y cómo le había devuelto la capacidad de asombrarse por la vida y de amarla.

—Debes marcharte, muchacha —le dijo—. No soporto la idea de que te lastimen en esta guerra.

Danielle tragó con dificultad y bajó la mirada. ¿Cuánto tiempo había pospuesto la partida? Varios días. Y si se moría allí, su familia jamás sabría lo que le había pasado. Podrían vivir el resto de sus vidas preocupados y tristes. En especial sus padres, que jamás se habían recuperado del secuestro cuando era adolescente.

Pero la idea de regresar a esa vida la llenó de tristeza. Era una vida en la que regresaría a casa todos los días para encontrar un apartamento vacío. Quizás ni siquiera tendría un trabajo que le permitiera mantenerse alejada de las relaciones.

Por otra parte, la vida en la Edad Media, con toda su intensidad y sus peligros, le brindaba amor. Le llenaba el corazón de alegría. Además, tenía amigos allí, otros viajeros en el tiempo. Y a pesar de que los miembros del clan MacDonald la veían como a una traidora antes, después del día anterior, cuando había luchado hombro a hombro con los guerreros y arriesgado la vida junto a ellos, habían cambiado su actitud hacia ella.

—Quiero asegurarme de que salgas vivo, Colum —susurró—. No me puedo marchar hasta no saber que te encuentras a salvo.

Negó con la cabeza. Los ojos suaves y oscuros como la noche líquida se tornaron de acero.

—Te llevaré yo mismo si es necesario. No te puedes quedar.

Danielle se sentó.

—Colum, creí que querías que me quedara... para siempre.

Él también se sentó. Era tan alto, que la cabeza le rozó el cielorraso de la tienda de campaña.

—No de esta manera, muchacha. No te retendré en un sitio en el que no quieres estar. Ya te lo hice cuando no sabía quién eras en realidad; no volveré a hacerlo.

Las lágrimas le nublaron la vista. Ese hombre era noble, honorable y muy atractivo.

—Te mereces lo mejor, muchacha, y quiero que estés a salvo, saludable y feliz. Y si tengo

que vivir el resto de mi vida sin ti, lo haré. Quiero que tengas lo que quieres.

Pero entonces, ¿por qué tenía la sensación de que lo que quería hace un par de semanas no era lo mismo que ahora?

—Vístete y te llevaré a la piedra yo mismo. Ayer te dejé sola y, en vez de irte, fuiste a la batalla. No permitiré que suceda lo mismo hoy.

Danielle no quería discutir ni contradecirlo. Colum tenía razón. Eso era lo que le había estado diciendo desde que la capturó, que quería regresar a casa. Y ahora se lo permitía. Pero... ¿por qué sentía que el pecho estaba a punto de estallar?

Los dos se vistieron en tenso silencio. Ayudó a Colum a ponerse el *lèine-croich*, la cofia de cota de malla y, por último, el cinturón con la funda de la espada. Colum le dijo a Aulay que iba a llevar a Danielle a la piedra y regresaría para luchar. Era posible que se perdiera la oportunidad de ser parte del *schiltron*. El plan de ataque de ese día era enviar a la mayoría de los *schiltrons* hacia el campamento inglés en una formación en escalones. Avanzarían en filas diagonales con unidades a la derecha o a la izquierda del *schiltron* trasero. También contaban con una pequeña unidad de caballería y varios arqueros, que aguardaban para lanzar ataques rápidos e inesperados. Colum se uniría a la caballería.

Avanzaron por el bosque hacia la colina con las ruinas. En esta ocasión, no vieron ninguna oveja pastando. Cuando comenzaron a subir la colina, Danielle sintió las piernas cada vez más pesadas con cada paso que daba.

Al llegar a la cima, al sitio en el que había hablado con Jamie y Liam mientras observaban los preparativos para la recreación de la batalla, sintió que habían transcurrido varios siglos. Y, de cierto modo, así era. Aunque entonces se hubieran encontrado a varios siglos en el futuro.

La piedra se encontraba allí, oculta entre los arbustos y el césped, bajo las copas de los árboles. Se le formó un nudo en el estómago. Con cada paso que daba, sentía que esa no era la decisión adecuada. Cuando se detuvieron frente a la piedra, sintió el poder que zumbaba en el aire. Colum le clavó la mirada como si fuera un nido de víboras.

—¿Esta es la piedra? —le preguntó y sonó como si se hubiera tragado un puñado de gravilla.

Se paró con los pies separados, y Danielle notó su altura y sus hombros anchos. Detrás de él se veía el bosque New Park y el campamento de Roberto. Danielle podía ver el campamento inglés que yacía en el valle donde el arroyo de Bannockburn tomaba un gran giro en U. En ese sitio, en el campo que había entre el bosque y el campamento inglés, Colum podría morir.

El viento jugueteó con unos mechones oscuros del cabello de Colum. El guerrero tenía una expresión de orgullo en el rostro fuerte de rasgos entallados. Era tan hermoso que la dejaba sin aliento. Era la imagen de la masculinidad y la fuerza... y nunca más lo volvería a ver.

—Sí —respondió—. Es esa.

Colum asintió solemne y eliminó la distancia que los separaba con tres zancadas antes de tomarle el rostro entre las manos.

—Gracias por haber venido a esta época, muchacha, y por haberme mostrado que aún puedo amar. Que, a pesar de mis pecados y mis traiciones, hay alguien que me ama por ser como soy. Te recordaré y te amaré hasta mi último aliento.

Cuando se inclinó para besarla, a Danielle le dio vueltas la cabeza. Le pasó los brazos por el cuello y se apretó contra él con toda su fuerza. El beso fue largo y lento, y no quiso que acabara jamás. Había tanta ternura en él, que se podría ahogar.

Al cabo de unos instantes, Colum se apartó de ella y le hizo una reverencia como si fuera una reina.

—Adiós, muchacha dulce. Eres el amor de mi vida. Cuídate.

Danielle abrió la boca para despedirse, pero no pudo hacerlo. Colum se dio la vuelta, se colocó la cofia de cota de malla en la cabeza y comenzó a descender por la pendiente.

Con el estómago dado vuelta, Danielle se quedó de pie observando la figura del guerrero hasta que desapareció entre los árboles del bosque. No pudo moverse. No pudo obligar a los pies a avanzar hasta la piedra.

Abajo en la distancia, las formaciones de diez *schiltrons* escoceses marchaba en dos formaciones diagonales con miles de picas levantadas en el aire. A sus espaldas, las seguían dos *schiltrons* más, comandados por Roberto. Los arqueros y un pequeño contingente de caballería escocesa los seguían de cerca, y Colum se uniría a ellos pronto.

Debía marcharse. Estaba desperdiciando tiempo valioso, y cuanto más tiempo se quedara allí, más tiempo se preocuparía su familia.

Entrecerró los ojos para ver si podía divisar a Colum entre los guerreros de la caballería desde allí, pero se encontraban tan lejos, que parecían hormigas.

Se obligó a mover las piernas y se sentó al lado de la piedra. Los tallados se iluminaron y, cuando pasó la mano por encima de la huella, sintió una ráfaga de aire frío que la quería succionar y una vibración.

Sin embargo, no logró apoyar la mano sobre la huella. Colum jalaba de su corazón como un imán gigante. Lo amaba. La verdad era más clara que el agua. Pero entonces ¿por qué se iba a marchar? ¿Por qué no había decidido quedarse y pasar el resto de su vida con el hombre que amaba?

Aún tenía la esperanza de recuperar su trabajo, aunque las chances de que eso ocurriera fueran muy bajas. Pero ¿de verdad seguía queriendo recuperar su trabajo? No era la misma Danielle que había llegado por esa piedra. Ahora amaba. Y era amada. Confiaba en Colum y en sí misma. La Danielle del siglo *xxi* jamás se hubiera imaginado que eso fuera posible.

Ahora comprendía que el trabajo había sido una excusa para mantenerse alejada de las relaciones y no resultar herida. Para no confiar en la gente y luego terminar siendo utilizada y engañada, como le había ocurrido con Sebastian, el vecino dulce y amable. Él le había enseñado que no importaba lo mucho que uno creyera conocer a una persona, que nunca se podía confiar en nadie.

Y por eso había escogido una profesión en la que su trabajo requería no confiar en nadie. Creyó que lo había escogido para proteger a la gente, para buscar señales de peligro y evitar crímenes antes de que ocurrieran. Porque siempre deseó haber podido ver las señales con Sebastian.

Así y todo, ahora había cambiado. Confiaba en Colum, el guerrero medieval que le había demostrado en varias ocasiones que podía confiar y que moriría protegiéndola. Le había demostrado que Sineag no se había equivocado, que era el amor de su vida.

No supo cuánto tiempo pasó allí sentada pensando y dudando. Debieron de transcurrir varias horas antes de que oyera a alguien que la llamaba.

—¡Danielle! ¡Danielle!

Se volvió y vio a Kate, con el cabello dorado ondulando al viento mientras subía corriendo la colina.

Danielle se puso de pie con el corazón latiéndole dolorosamente en las orejas.

—¿Qué sucede?

—¡Oh, menos mal que aún estás por aquí! Sabía que no te... no importa. —Kate se apoyó las manos sobre las rodillas e intentó recuperar el aliento mientras respiraba entre jadeos—. Ven, es Colum. Va a hacer que lo maten.

Tras oír eso, Danielle echó a correr a toda velocidad.

CAPÍTULO 33



COLUM GRUÑÓ mientras alzaba la *claymore*. Tenía una herida profunda en el lateral y le producía un dolor fuerte y latente. Como le habían disparado a su caballo, avanzaba a pie. Bajo el comando de *sir* Keith, Colum y la infantería habían cabalgado hacia el encuentro con los arqueros galeses que se habían convertido en un gran peligro en el frente norte de la batalla.

Habían logrado lidiar con la mayoría de ellos, y eso había permitido que la gran formación de *schiltrons* avanzara hacia el campamento inglés. Pero tras varias horas de batalla, Colum comenzaba a sentirse débil.

¿Y qué motivo tenía para vivir? Su clan no lo quería. La mujer que amaba acababa de dejarlo para siempre. El dolor que llevaba en el corazón era demasiado intenso, incapacitante e incluso más fuerte que la herida que le habían infligido en el cuerpo.

Cinco arqueros galeses lo habían rodeado hacía unos momentos. Y no solo eran excelentes con el arco, sino que también eran habilidosos guerreros. Llevaban espadas y dagas para una lucha más cerca, pero ya había matado o herido a cuatro. El último era el más alto y llevaba una liviana espada inglesa que podría provocarle la muerte.

No le importa. ¿Por qué debería importarle? Ese hombre le pondría fin a una vida miserable, y Colum moriría protegiendo a su país y a su gente, como debería haber muerto junto a sus hermanos de armas luego de la batalla de Methven.

Por fin, el décimo nudillo tendría nombre.

—Rob MacDonald —dijo y alzó la espada en alto ignorando el dolor intenso en el lateral—. Ianatan MacDonald. Frangan MacDonald. Alexander Fraser. David de Inchmartin. Hugh de Haye. John Somerville. Alexander Scrymgeour. James Barclay.

Parpadeó para deshacerse de la sangre que le cayó de un corte en la cabeza.

Había llegado el momento del golpe final.

—¡*Clann Domhnaill!* —rugió antes de lanzarse contra el enemigo.

El arquero también estaba herido, pero alzó la espada delgada más alto y corrió hacia Colum soltando un grito de batalla.

Las espadas chocaron y produjeron un estrépito metálico. Colum la apartó y volvió a atacar al hombre sintiendo que las fuerzas lo abandonaban y el cuerpo se le debilitaba más. Se debatieron con la misma fuerza, y el impacto de los golpes le produjo un estremecimiento.

En algún lugar en la distancia, en una época que ni siquiera podía concebir, Danielle se encontraba sana y salva, y esperaba que encontrara la felicidad al lado de su familia. Quizás hasta lograba recuperar el trabajo.

—¡Colum! —oyó su voz. La imaginación lo estaba engañando, pero la voz era tan dulce y hermosa que sonrió.

El otro hombre aprovechó el momento para alzar la espada y asestarle el golpe mortal.

—¡Colum, defiéndete! —Oyó la voz más de cerca y desde un costado—. ¡Defiéndete!

Alzó la espada por instinto y bloqueó el golpe. Por el rabillo del ojo, vio una figura alta y esbelta con el cabello rubio que corría hacia él.

Bloqueando la espada del enemigo con la suya, se permitió echar un vistazo rápido. Se quedó sin aliento. Era ella y corría hacia él con una pica en la mano.

—No te atrevas a morir. ¡Lucha! Defiéndete, mi amor.

No sabía si era una visión o si de verdad se trataba de ella. A lo mejor no importaba. Se llevó la mano libre a la espalda y extrajo una daga. Con un movimiento rápido, se la clavó entre las costillas al arquero, que cayó soltando un gruñido.

Colum se dejó caer como una bolsa de piedras, y todo se tornó borroso y oscuro. En ningún momento dejó de oír su voz, aunque la escuchaba como si estuviera sumergido en el agua.

—¡Colum! ¡Colum! ¡Despierta, mi amor!

Tenía una mano cálida y suave apoyada en la cabeza, y alguien le limpiaba el rostro con un trapo seco. Alguien le acercó una cantimplora con agua a los labios, y bebió.

Cuando abrió los ojos vio el cielo gris y las nubes que se movían rápido. Un rayo de sol se coló por entre un par de nubes oscuras e iluminó la figura que se ceñía sobre él. Entrecerró los ojos para enfocarse mejor.

—Danielle... —murmuró.

La muchacha le llenó el rostro de besos tiernos.

—Regresa a mí —le susurró—. Regresa a mí. Sé que querías morir, tonto. Regresa a mí, no me iré a ningún sitio.

Al oírla, dejó de respirar.

—¿Qué dices? No, Danielle, eso no es lo que quiero. Debes marcharte. Es demasiado peligroso...

—No me importa. Te amo. El amor vale cualquier riesgo. Y cualquier peligro. Mi vida aquí contigo, con tu clan y esta guerra estúpida es mil veces más feliz que mi vida vacía en casa.

No lo podía creer. El corazón le iba a estallar de amor y gratitud. Como si le hubiera aplicado una pócima mágica sanadora en el corazón roto, sintió que sanaba y volvía a estar bien. Se sentó y la recorrió con la mirada. No estaba lastimada. A su alrededor, los rodeaba la muerte. La batalla estaba en auge a unos cien metros, y los *schiltrons* seguían avanzando, aunque la caballería los atacaba de varios frentes.

—Escojo a tu clan —le dijo—. Iré a la guerra contigo. ¿Puedes seguir luchando?

Colum asintió y tomó la mano que le ofrecía. Danielle lo ayudó a levantarse y la envolvió en sus brazos para besarla como era debido. Sabía a algo frutal y delicioso, y también a sangre, que de seguro venía de su rostro, y a la vida misma.

—Iré a luchar, pero si crees que te permitiré...

Danielle se apartó de él, tomó la pica y echó a correr hacia la batalla.

—¡Intenta detenerme! —lo desafió.

Era una guerrera. Estaba en su naturaleza, pensó mientras la observaba correr alta y fuerte a través del campo. El cabello ondulaba como una bandera al viento y las piernas se movían rápido mientras corría.

De repente, no sintió más cansancio. Fue como si el amor le hubiera sanado el cuerpo físico. Supo que aún estaba exhausto y adolorido, pero no lo sintió porque la felicidad lo invadió por completo. Sin perder más tiempo, recogió la pica de un guerrero caído y corrió tras ella.

Cuando llegó a la pared de escoceses que alzaban las picas para contener los ataques de los

ingleses, supo que ellos también estaban exhaustos. Habían pasado muchas horas moviéndose por el campo abierto para llegar al campamento inglés.

Un ataque tras otro, los *schiltrons* se las ingeniaron para resistir y combatir a la caballería. Paso a paso, fueron avanzando y ahora, tras dejar a cientos de ingleses muertos a su paso, se encontraban cerca del campamento enemigo.

Vio que las rodillas de los hombres en las primeras filas de los *schiltrons* comenzaban a ceder. Además, les temblaban los brazos y tenían los rostros grises como las cenizas. La determinación pura y la terquedad escocesa, sumadas a los meses de entrenamiento y los años de esa guerra devastadora, les brindaron el poder del espíritu para seguir adelante.

Colum y Danielle se apretaron contra las espaldas de los guerreros que tenían adelante para brindarles sus fuerzas a aquellos que se enfrentaban cara a cara con el enemigo.

Los guerreros del clan MacDonald los vieron y reflejaron apreciación en los ojos cansados. Colum vio a Marcos, que tenía el rostro grisáceo, los ojos oscuros y una mirada feroz. El guerrero vio a Colum y Danielle y asintió con la cabeza en señal de aprobación. Sintió varias manos apretadas contra los hombros.

¿Acaso lo perdonaban? ¿Al menos en parte? ¿Veían ahora que Danielle estaba de su lado?

En lo más profundo de su alma, se cerró una herida que jamás creyó que sanaría.

Se pararon como uno solo y siguieron resistiendo y avanzando hasta que Colum sintió que le dolían las piernas y le empezaban a ceder. No supo cuánto tiempo había transcurrido.

Roberto se desmontó del caballo y se apretó contra las espaldas y los hombros de su ejército.

—¡Resistan, muchachos! —rugió—. ¡Sigán avanzando, sigan presionando! ¡Ya casi lo logramos!

Y así hicieron. Colum oyó el relincho de unos caballos más adelante, seguidos de los gritos de los caballeros y guerreros heridos. Luego, unas exclamaciones de pánico y desesperación. Y, de pronto, hubo un gran alivio, y Colum sintió que la pared de escoceses avanzaba.

—¡Retirada! —gritaron los ingleses—. ¡Retirada! ¡Protejan al rey!

Colum intercambió una mirada de victoria con Danielle y luego con Roberto, cuyos ojos cansados brillaban con una esperanza nueva. El monarca regresó al caballo, se montó y alzó un puño en el aire sosteniendo la espada en alto.

—¡Síganlos! ¡Atrapan a esos bastardos!

Mientras el ejército inglés corría y la caballería escocesa lo seguía, Colum se volvió hacia Danielle y la envolvió en sus brazos. Tenerla así era celestial.

—Muchacha, hemos ganado.

Danielle se rio.

—¡Lo sé! ¡Ganamos!

—¿De verdad te vas a quedar? —le preguntó al tiempo que un cosquilleo le recorría el cuerpo.

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí, Colum. Te amo. Te escojo. Nos escojo a nosotros. Escojo amar.

—Yo también te amo, muchacha. Sineag tenía razón. Eres mi destino.

EPÍLOGO



COLUM LE PASÓ un brazo por la cintura a Danielle para acercársela más en el banco.

A las dos semanas de la batalla de Bannockburn, el gran salón del castillo de Stirling estaba atestado de gente. Sobre las mesas, había exquisitas velas de cera y no las altas de sebo. Habían colocado varias filas de mesas largas con bancos para albergar a la mayor cantidad de huéspedes posible. El escudo de armas de Roberto colgaba de las paredes, que estaban revestidas con paneles de madera. También habían colocado varios escudos y espadas con los blasones de todos los clanes que habían luchado para lograr la independencia de Escocia durante los últimos ocho años.

El gran salón estaba abarrotado de clanes de las Tierras Altas y las Tierras Bajas que apoyaban a Roberto. A pesar de que la mayoría de los presentes eran hombres, también había varias mujeres sentadas a las mesas charlando, riendo, bebiendo y comiendo. Sobre las mesas había un festín de comida: jabalíes asados, pescados, pastelillos, bollos de pan, estofados, frutas y varias hormas de queso. Cinco músicos tocaban en una esquina, y uno de ellos tocaba la gaita. El rey estaba sentado a la mesa de honor al final del gran salón. Allí también estaban sentados sus comandantes con sus esposas. Aulay MacDonald estaba sentado con Jenny, al igual que James *el Negro* Douglas, Eduardo Bruce, *sir* Robert Keith, Walter Stewart y Thomas Randolph.

Los clanes estaban sentados en las mesas largas cerca de la mesa de honor en orden de importancia. El clan MacDonald tenía el honor de estar más cerca del rey, lo que sin dudas era una señal de aprecio del monarca. Había muchos clanes presentes que Colum conocía, incluidos los Cambel, los Mackenzie, los MacDonald y los Ruiadhrí.

Sin embargo, Colum y Danielle estaban en una mesa que pertenecía a otro clan. Un clan secreto, maravilloso y muy especial. El clan de los viajeros en el tiempo. Allí estaban Amy, Kate e Ian Cambel, así como también Rogene, Catriona y James Murray del clan Mackenzie, y la prima de Colum, Anna, y su marido, David. Tras disculparse con Roberto, Aulay y Jenny también se unieron a la mesa.

—Siento como si fuéramos parte de una sociedad secreta —dijo Danielle—. Una red secreta de viajeros en el tiempo. Me siento más espía aquí que en mi propia época.

Amy se rio.

—Ya lo sé, pero echo de menos a mi marido. —Eché un vistazo anhelante hacia las puertas del gran salón.

—Y a Amber y Owen —añadió Kate.

—Y a mi esposo —dijo Rogene—. Pero llegarán pronto. No podría haber un motivo más importante por el que no estén aquí. Y es un gran honor que Roberto les haya pedido ayuda a ellos.

—¿Por qué no están aquí? —preguntó Danielle—. La batalla ha cambiado el trascurso de la guerra. ¿Qué más queda por hacer ahora que Inglaterra está dispuesta a reconocer a Escocia como un reino independiente?

Rogene acababa de abrir la boca para responder cuando las puertas del gran salón se abrieron de par en par y, como invocados por las hadas, se materializaron todos. Craig Cambel, Amber y Owen Cambel y Angus Mackenzie rodeando a tres mujeres de manera protectora.

Al ver a una de ellas, Colum sintió como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago. Era la mujer hermosa y menuda, de cabello caoba, por la que había abandonado su honor hacía ocho años. La reina Isabel, la esposa de Roberto.

Una mujer más joven de cabello oscuro le sostenía la mano, y Colum jamás la hubiera reconocido. La pequeña muchacha que había protegido solo tenía once años cuando casi tuvo que presenciar algo que la hubiera atormentado durante toda su vida.

La princesa Marjorie ya no era una pequeña muchacha. Era una mujer joven, con el cabello largo, oscuro y ondulante que le caía por los hombros que llevaba cubiertos con una capa larga.

La tercera mujer debía de ser la hermana de Roberto.

—¿Son la reina Isabel y...?

—Marjorie —susurró Anna—. Es mi hermana.

—Y esa es Christina, la hermana de Roberto —susurró Colum—. También fue una rehén de la guerra, aunque no la vi en Berwick.

Rogene se inclinó para decir en voz baja:

—¿Sabes algo? Tengo un hecho curioso, Anna. Tu hermana, Marjorie, será la madre del primer rey Estuardo de Escocia y comenzará una nueva dinastía de reyes escoceses.

Colum tragó con dificultad.

—Tu sacrificio no ha sido en vano, Colum —susurró Danielle—. Al proteger a Marjorie e Isabel, puede que hayas salvado una línea de reyes y reinas escocesas.

Una sonrisa débil le asomó a los labios al guerrero y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Eso parece. Por todos los cielos, me alegro de que la muchacha y la reina estén a salvo. Que hayan sobrevivido a una encarcelación de ocho años.

Hubo un movimiento entre las filas de las mesas, y una sombra grande se apresuró a recorrer el pasillo. El monarca echó a correr hacia su esposa y se arrodilló delante de ella, abrazándola junto a su hija.

En el gran salón reinó el silencio. Un rey no debería caer de rodillas y sollozar. Pero era como si todos los presentes fueran parte de una gran familia. Cada uno de ellos sabía lo que significaba ese momento. La mayoría había estado al lado de Roberto durante los últimos ocho años.

Algunos lo habían visto en sus momentos más bajos. Los Cambel, los MacDonald y los Mackenzie lo habían ocultado y protegido durante el peor invierno, cuando era un forajido y no tenía nada. Lo habían visto cuando recibió la noticia de que sus enemigos habían asesinado a sus hermanos. Habían estado a su lado cuando quiso abandonarlo todo para salvar a la reina, a su hija y a su hermana.

Y les resultó reconfortante ver a ese hombre poderoso que había movido montañas y había recuperado la independencia de Escocia piedra a piedra y castillo a castillo en un estado tan vulnerable. Nadie lo juzgó.

Isabel se arrodilló delante de él y lo abrazó. Ambos lloraron con los hombros temblorosos.

A Colum se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No sé cómo sobreviviría si alguien te apartara de mi lado de ese modo durante ocho años.

Estaría hecho un desastre.

Danielle lo abrazó.

—Yo también.

Cuando la reina Isabel por fin se incorporó, el rey la siguió. Acto seguido, condujo a su esposa, a la princesa Marjorie y a su hermana hacia la mesa de honor, mientras Craig, Owen y Amber Cambel, seguidos de Angus Mackenzie, avanzaban hacia la mesa de Colum. Las parejas reunidas se abrazaron y se besaron.

Cuando le dieron la silla de la reina a Isabel, la monarca recorrió el salón. Todos los presentes guardaron silencio y la observaron con los ojos abiertos de par en par. Luego se detuvo en Colum, y una sonrisa lagrimosa de agradecimiento le iluminó el rostro. Sin apartar los ojos de él, se puso de pie y alzó el cáliz.

—Ocho años —comenzó con la voz temblorosa—. Durante ocho años, mi marido, el rey de los escoceses, luchó por recuperar la paz y la independencia de este país. Durante ocho años luchó al lado de todos ustedes por sus familias. Por sus esposas. Por sus madres y sus padres, sus hermanas y sus hermanos, sus hijas y sus hijos. No les puedo decir lo difícil que ha sido ser la rehén del enemigo porque la lucha ha sido mucho más difícil para ustedes. Todos arriesgamos la vida, la cordura y hasta el alma por este momento. Y hoy, de pie ante ustedes, mi primer día de regreso a casa, me gustaría agradecerle a un hombre en especial. Un hombre que fue tomado prisionero conmigo y Marjorie en el castillo de Berwick.

Colum sintió frío en la espalda. La mirada de agradecimiento del rey aterrizó sobre él al tiempo que Isabel alzaba el cáliz hacia Colum.

—Un hombre que renunció a su propio honor para salvar el mío. Y protegió a Marjorie de los horrores que un hombre fuerte le puede provocar a una mujer.

Todos siguieron la mirada de la reina y se concentraron en Colum, que apretó la mano contra la copa. ¿De verdad iba a contar eso? ¿Iba a revelar el secreto que le habían pedido guardar durante tanto tiempo?

—Hace ocho años, en el castillo de Berwick, Eduardo II le ordenó a un hombre que me violara. Era un gesto, un mensaje para Roberto, para humillarlo y demostrarle hasta qué punto Escocia había perdido. Marjorie era una pequeña muchacha en ese entonces y la iban a obligar a mirar. Pero Colum MacDonald, el guerrero fuerte y honorable que está sentado allí —señaló con el cáliz, y todos miraron fijo a Colum con los ojos abiertos de par en par— negoció jurarle su alianza a Inglaterra a cambio de que no me violaran.

Jadeos de asombro y furia llenaron las paredes del gran salón. Colum sintió los ojos de todos los MacDonald sobre él.

—Traicionó a su clan para que su reina no perdiera su honor y su princesa no creciera siendo la sombra de una mujer. Colum, gracias a ti, me paro hoy con mi honor y mi dignidad intactos. Si Colum no hubiera escogido protegerme al costo de su honor, quizás no hubiera sobrevivido el encarcelamiento. Gracias a él, ese acto innombrable no ocurrió y nadie me quebró el espíritu. Brindemos por Colum MacDonald, uno de los hombres más honorables y leales que he tenido el privilegio de conocer.

Todos irrumpieron en vítores, pero solo se pudo concentrar en los ojos de los miembros del clan. Por fin lo miraban con respeto y gratitud. Por fin comenzaron a acercarse a él desde las otras mesas para apretarle los hombros, felicitarlo y decirle palabras de aprobación.

—No tendremos un *laird* mejor cuando Aulay ya no esté entre nosotros, aunque eso sea dentro de muchos años —dijo Marcas.

Todos bebieron, y la celebración continuó. Al cabo de un tiempo, Roberto se puso de pie e

hizo un brindis. Dio un discurso acerca de que por fin habían logrado alcanzar el gran escalón de esa guerra. Les recordó a todos lo derrotado que se había sentido hacía ocho años, al igual que sus seguidores, y lo mucho que habían superado. Las pérdidas. Los sacrificios. Las tragedias.

Y todo por su rey. Por Escocia. Por la libertad.

—La libertad está casi al alcance. Inglaterra no logrará recuperarse de esta derrota. El rey Eduardo II está humillado. Sus nobles no lo perdonarán fácilmente. Y todo gracias a ustedes, mis guerreros y caballeros leales y valientes. Los *highlanders* de los clanes Cambel, Mackenzie y MacDonald que me escudaron en el peor momento de mi vida y me ayudaron a regresar y reunir un ejército. —Miró a Colum a los ojos—. Y, en especial, te agradezco a ti, Colum MacDonald, por haber protegido a mi esposa cuando yo no pude. Te ha costado mucho mantener la promesa de guardar el secreto para proteger el honor de Isabel. Pero te prometo que no me olvidaré de esto. El destino no siempre ha sido amable contigo, pero las cosas están a punto de mejorar, muchacho. Por tu servicio a la reina y al país, te nombraré caballero.

Todos los presentes jadearon, y a Colum le dio vueltas la cabeza oír que recibiría ese increíble honor.

—Estoy muy orgullosa de ti —le dijo Danielle—. Eres mi caballero.

A continuación, Roberto se volvió hacia Anna MacDonald.

—También es un honor que mi hija mayor, Anna, pertenezca al clan MacDonald y se haya casado con David del clan Mackenzie.

Alzó la copa, y los miembros de todos los clanes lo imitaron.

—Es una victoria. Así que bebamos y seamos felices. Por Escocia. Por la libertad. Por el derecho humano a vivir en un país seguro.

Todos soltaron vítores y risas de alegría antes de reanudar el festejo.

—Al final lo entendieron —le dijo Danielle—. Qué bueno que el rey y la reina te hayan mencionado.

Colum nunca se había sentido más apoyado, amado o aceptado que en ese momento. Ahora había logrado todo lo que había deseado y ni siquiera sabía que tanto necesitaba. Su clan lo había perdonado. El rey lo había reconocido. La mujer que amaba lo había escogido.

Cuando se puso de pie y alzó la copa, todos en el gran salón volvieron a guardar silencio.

—Si me lo permite, Su Alteza —comenzó—, me gustaría decir algunas palabras.

Roberto asintió con la cabeza, le ofreció una sonrisa y tomó su cáliz.

—Lo que ha dicho acerca del destino, Su Alteza, no podrían haber sido palabras más ciertas. El destino no nos ha tratado bien a muchos de los presentes. Ni a Escocia, ni a usted, ni a la reina tampoco. Pero ha hecho algo bien. —Miró a Danielle y se quedó sin aliento. La muchacha alzó la mirada a él con un cáliz de vino en la mano. Llevaba puesto un vestido hermoso, y no podía quitarle los ojos de encima de lo hermosa que estaba. Tenía el cabello amarrado en la nuca. El vestido era de color rojo, con mangas sueltas e imágenes de flores y hojas bordadas con hilo verde. Los colores le resaltaban los ojos celestes, dándole un aspecto suave e iluminándole a la piel. Nadie tenía ninguna duda de que era una mujer. La mujer más hermosa que había visto—. Ha hecho algo bien —repitió—. Ha traído a esta mujer a mi vida. Danielle Field de Londres. Y si bien es una *sassenach*, no permitiré que nadie comience a discutir nada. Porque sin importar dónde haya nacido, es la mujer más leal, honorable y valiente que he conocido. Me salvó la vida en varias ocasiones y luchó al lado de todos ustedes en la batalla. Te amo, muchacha, y me quiero casar contigo.

Se oyeron varios jadeos en el gran salón.

—¿Aceptas ser mi esposa?

Ya no le importó si los miembros del clan lo querían o si el rey lo aceptaba o si la reina lo ayudaba a limpiar su nombre. Lo que le importaba era que los ojos de la muchacha brillaban como el mar en un día soleado. Que las mejillas se le sonrojaron y le ofreció la sonrisa más intensa y hermosa que había visto en la vida. Y luego dijo la única palabra que le importaría por el resto de su vida.

—Sí.



SI TE GUSTÓ LA HISTORIA DE DANIELLE Y COLUM, SIGUE LEYENDO EL EPÍLOGO DE LA SERIE “AL tiempo del highlander” titulado “Reencuentro Navideño” para presenciar cómo todas nuestras hermosas parejas se reúnen nuevamente.

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER

Sineag

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

[El amor del highlander](#)

[La navidad del highlander](#)

[El deseo del highlander](#)

[La promesa de la highlander](#)

[La novia del highlander](#)

[El protector de la highlander](#)

[El reclamo del highlander](#)

El destino del highlander

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

En Inglés

DUKES AND SECRETES (REGENCY ROMANCE)

[All Duke and Bothered](#)

[Her Rake Fiancé](#)

[Project Duke](#)

[Betting Against the Scoundrel](#)

CALLED BY A VIKING SERIES (TIME TRAVEL):

[Viking's Temptation \(prequel\)—grab for free!](#)

[Viking's Desire](#)

[Viking's Claim](#)

[Viking's Bride](#)

[Viking's Love](#)

[Viking's Captive](#)

FATED (URBAN FANTASY):

[Age of Wolves](#)

[Age of Ice](#)

[Age of Fire](#)

A CHRISTMAS REGENCY ROMANCE:

Her Christmas Prince

GLOSARIO DE TÉRMINOS

bannock: pan plano típico de Irlanda, Escocia y el norte de Inglaterra

birlinns: bote de madera propulsado por velas y remos que se utilizaba en las islas Hébridas y en las Tierras Altas del Oeste en la Edad Media

Clann Domhnaill: clan Donald/MacDonald

claymore: espada ancha de empuñadura larga y de doble filo que se blande con las dos manos y utilizaban los *highlanders*

coif: cofia o gorro que usaban los hombres y las mujeres en la Edad Media

gaisgeach: guerrero

highlander: habitante de las Tierras Altas de Escocia

laird: título que se le da al jefe de un clan

lèine croich: abrigo largo y acolchado

lèintean-croich: plural de *lèine croich*

lowlander: habitante de las Tierras Bajas de Escocia.

sassenach: inglés o inglesa

slàinte mhath o *slàinte*: salud

uisge beata o *uisge*: agua de la vida o aguardiente

ACERCA DEL AUTOR

Cuando Mariah Stone, escritora de novelas románticas de viajes en el tiempo, no está escribiendo historias sobre mujeres fuertes y modernas que viajan a los tiempos de atractivos vikingos, *highlanders* y piratas, se la pasa correteando a su hijo o disfruta noches románticas con su marido en el Mar del Norte. Mariah habla seis idiomas, ama la serie *Forastera*, adora el sushi y la comida tailandesa, y dirige un grupo de escritores local. ¡Suscríbete al boletín de noticias de Mariah y recibirás un libro gratuito de viajes en el tiempo!

